

Brian W. Aldiss
BANG, BANG
y Donde las líneas
convergen

«Un elocuente símbolo de todo lo que de temible alberga nuestro subconsciente.» – *Sunday Times*

«Una refinada fábula punk... un vigoroso híbrido.» – *The Observer*



Barry y Tom, dos hermanos siameses con una tercera cabeza, durmiente pero siniestra, que surge del hombro izquierdo de Barry, viven apartados del mundo junto con su padre y su hermana, en un desolado paraje de la costa inglesa. A raíz del interés que su peculiaridad despierta en un empresario del mundo del espectáculo, la turbulenta relación que los dos hermanos mantienen y su demoníaca violencia son encauzadas en la formación y posterior trayectoria triunfal de un grupo de rock, los *Bang-Bang*.

Enzarzados en las celosas batallas que libran por su amante compartida, los nuevos astros llegan casi a olvidar a su silencioso compañero, pero no ocurrirá así con éste. Barry y Tom nunca dejarán de ser los hermanos de la cabeza.

Lectulandia

Brian Aldiss

Bang, Bang y Donde las líneas convergen

ePub r1.0

Moro 06.11.13

Título original: *Brother of the Head*

Brian Aldiss, 1977

Traducción: Víctor Conill

Diseño de portada: Antoni Garcés

Editor digital: Moro

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

BANG, BANG

Introducción de Roberta Howe

Este volumen es un recuerdo a la desdichada vida de mis hermanos, a su extraña y frustrada vida dual. Aunque acabó en asesinato, y mucha gente a quien le gusta pronunciarse sobre tales hechos ha dicho que toda su existencia fue una forma lenta de asesinato, vivieron épocas más felices. No es tarea fácil para ninguno de nosotros sopesar el equilibrio entre alegría y tristeza que pueda darse en la vida de otro, ni siquiera en la de alguien tan próximo como mis hermanos lo eran para mí. Tal vez al hacernos mayores deberíamos dejar de preocuparnos tanto por juzgar tales cosas y dedicarnos sencillamente a arrimar el hombro.

Cuando Tom y Barry eran todavía unos chiquillos, no se daban cuenta de que eran distintos a todos los demás niños. Todo resultaba para ellos igual de extraño y lo aceptaban sin preguntar. Nuestro padre nos llevó a vivir a L'Étrange Head cuando nuestra madre murió; entonces yo tenía tan sólo tres años de edad y mis hermanos no eran más que unos bebés. Como niños que éramos, nos sentíamos completamente a nuestras anchas en aquellos agrestes parajes. Nos encantaba este hermoso lugar, en el que yo aún permanezco. Agradezco a mis hermanos que volvieran aquí al final, antes de que fuera representado el último acto de su tragedia.

Gracias a las enseñanzas de mi padre, sabíamos los nombres de todas las plantas que crecían en los alrededores. En las marismas, donde las mareas bañan regularmente la tierra, crece una planta llamada *zostera marina*. La *zostera* suele quedar sumergida en el mar durante largos períodos. Puede llegar incluso a florecer en tales condiciones, pues la naturaleza ha dispuesto que su polen pueda propagarse por el agua. Con frecuencia relaciono a esta humilde planta con mis hermanos muertos. Ellos también tuvieron su floración, por más sumergida que ésta fuera.

Nadie puede negar que nuestra familia, los Howe, y nuestros vecinos de la costa tenían a los pobres Tom y Barry por un estigma, un monstruo de la naturaleza. A mis hermanos, pobres chiquillos inocentes, nunca se les perdonó del todo que mi madre —persona muy querida por todos— muriera al darles a luz. En la cumbre de su fama, cuando eran universalmente populares, la hostilidad se tornó orgullo. Pero no hubo preocupación real por su terrible situación y, cuando el fin llegó, de vuelta vino la vieja desgracia. Desde entonces inútil es negarlo, he vivido en el ostracismo.

Laura Ashworth, que desempeñó un papel muy positivo en la vida de Tom y Barry, diría tal vez que la única vergüenza residía en sentir vergüenza en una época culta e ilustrada como la nuestra. Pero debe recordarse que vivimos en un lugar remoto y apartado, y que los Howe tienen su origen aquí. Pocas cosas han cambiado en la costa de la que L'Étrange Head forma parte. En realidad ha habido más retroceso que progreso, pues mi tía Hetty me ha contado que Deepdale Staithe era un hermoso puerto en su juventud, hasta que el canal se cegó. A un barco de grano le

sería imposible navegar ahora.

Naturalmente, con las vidas de mis hermanos siempre junto a mí, por así decirlo, aún me desgarran la emoción cuando me dejo embargar por ella. Yo no podía escribir la historia por mí misma, y no sólo por la intensidad de los sentimientos que en mí suscita sino también debido a mi incapacidad como escritora, de modo que me he limitado a reunir lo dicho por los demás implicados en el drama.

Revisando las páginas que resultan, no puedo por menos que concluir que Tom podría haber llegado a ser un hombre feliz de no ser por el último giro de la fatalidad. Tenía aún toda la vida por delante. En cuanto a Barry..., había en él mucho más que la ira y la violencia en las que tanta gente ha insistido. Barry odiaba su suerte aún más que Tom; pero el odio no era de ningún modo el único rasgo de su naturaleza.

En cuanto a «el otro»... Mi horror ha quedado atrás, y pienso en ello como en otro barco de grano que nunca llegó a zarpar. El canal de «el otro» hacia el mar se cegó antes de llegar a serlo. La lástima parece más apropiada que el temor o la vergüenza.

Desde aquí quisiera dar las gracias a todos los que han contribuido a la narración, con especial reconocimiento a Laura Ashworth por su consejo y al señor Henry Couling por la ayuda económica prestada. Agradezco a Paul Day que me haya permitido publicar extractos de sus canciones.

Tengo también que agradecer a John James Loomis de la *Canadian Broadcasting Authority* el que me haya permitido incluir parte de la entrevista efectuada en relación con la biografía de mis hermanos que realizó para la televisión, *Bang Bang, sois mortíferos*.

1

Relato de Henry Couling

Soy uno de los socios de Beauchamp-Fielding Asociados, un bufete de abogados de Londres que ha logrado establecer una muy estimable conexión con lo que habitualmente se conoce como el «mundo pop», es decir, que se ocupa de los problemas legales y de gestión relacionados con la explotación de la música ligera y de la gente joven. Mi primer encuentro con los gemelos Howe, Barry y Tom, llegó como resultado de dicha conexión. Yo intervenía en representación de Bedderwick Walker Entertainments.

Dado que los hermanos Howe representaban un caso un tanto especial, yo había accedido a verlos —y particularmente a su padre y tutor legal— en persona. Tomé un tren interurbano en King's Cross con destino a Lynn, donde un coche me esperaba para llevarme a Deepdale Staithe, una aldea situada en la costa septentrional de Norfolk. Es ésa una región desolada. En los siglos que esas islas llevan pobladas, la civilización apenas ha logrado arraigar allí. No hay duda de que la permanente actividad del viento de levante tiene mucho que ver con dicha situación; sólo un imbécil vacilaría en salir a escape hacia la ciudad más próxima.

El punto más desapacible de este tramo de costa es presumiblemente L'Estrange Head, un accidente geográfico situado entre las estaciones veraniegas de Hunstanton y Sheringham. No es ni un verdadero cabo ni una verdadera isla. Para determinar su calificación geográfica ante la ley, habría que decidir si su desconcertante sistema de marismas, caletas y riachuelos lo unen o lo separan de la costa.

No había entonces, e imagino que sigue sin haberlo, camino alguno por el que llegar en coche a L'Estrange Head. Los senderos que parten de la carretera que une Deepdale Staithe con Deepdale Norton, para serpentear por la marisma de Deepdale y las de Overy, se desvanecen en el cenagal, o en los diques construidos tiempo atrás para contener las inundaciones con que la pleamar amenaza perpetuamente a esta infortunada franja costera. Me imagino que el atrincheramiento es algo tan arraigado en las gentes del lugar que su iniciativa puede dar para diques, pero en ningún caso para calzadas.

Sea como fuere, un frío día de abril me encontré retenido en Deepdale Staithe durante media hora, mientras mi chófer convencía a un lugareño llamado Stebbings de que me llevara en barca a L'Estrange Head, donde la familia Howe tenía su residencia.

Stebbing era lo que podría definirse como todo un carácter. Era un hombre joven —aún no habría cumplido los veinte años— y no poco atractivo, con rala barba bermeja y la costumbre de no mirarte nunca a los ojos. Gobernaba su bote y manejaba el ruidoso motor con aire indiferente. Durante toda la travesía insistió en

hablarme en el dialecto local. Yo apenas le escuchaba, ocupado como estaba en arrebujarme en mi abrigo y en esforzarme por mantener el calor. El viento llegaba helado del mar del Norte.

Tomamos un sinuoso canal que, según Stebbings, se llamaba El Paso. La marea baja nos hizo avanzar entre barrizales durante el primer trecho del recorrido. Así llegamos a las aguas del puerto y de ahí nos adentramos en piélagos más abiertos. La vista a todo nuestro alrededor era desolada en extremo. Pude distinguir un par de molinos de viento que se alzaban sobre las extensiones de hierba y cañas, pero entonces los ojos comenzaron a llorarme y me resigné a esperar. El movimiento de la barca hizo que me mareara.

Finalmente, Stebbings —que me había obsequiado nombrando cuanto pájaro cruzaba volando sobre nuestras cabezas— aminoró la marcha al acercarse a una playa que llamó Cockle Bight. Una corta pasarela de tablones hacía las veces de muelle. Me ayudó a desembarcar.

—He oído que va usted a comprarle los chicos al viejo Howe —dijo.

—Supongo que medio Deepdale Staithe conoce ya mi negocio, puesto que aquí no puede haber nada más de qué hablar.

—Un negocio repulsivo, si quiere mi opinión.

—No le he pedido su opinión, señor Stebbings. Gracias por traerme, de todos modos.

No dijo nada a eso, apartando la vista de mí. Le pregunté cómo llegar a casa de los Howe y señaló un pequeño bulto que aparecía en la distancia. Experimenté una ligera aprensión; le hice renovar su promesa de volver por mí en dos horas, antes de que las aguas de creciente demostraran ser un obstáculo demasiado formidable para su motor. Entonces hizo virar su bote y enfiló de vuelta a Deepdale Staithe agitando alegremente el brazo en señal de despedida. Me quedé solo en la playa.

L'Estrange Head era un lugar solitario, hecho de arena y guijarros, escasamente cubierto de vegetación, abierto a toda inclemencia que los cielos decidieran enviar sobre él. Era difícil imaginar por qué nadie desearía vivir ahí, pero imaginar no era mi trabajo. Los negocios me habían traído y los negocios me llevarían de vuelta.

Cockle Bight era una amplia bahía arenosa en forma de media luna que daba paso a una extensión de dunas bajas y grises. Bajé la vista y contemplé los guijarros y piedras que cubrían el suelo. Todos tenían, en la parte orientada a poniente, un diminuto abanico de arena, donde unos pocos granos habían encontrado resguardo del viento imperante. Ese mismo viento silbaba en mis oídos. Por todas partes había agua y tierra baja, divididos ambos elementos por franjas de arena o de cañas. Las cañas se hallaban siempre en movimiento. Apenas lograba distinguirse Deepdale Staithe a través de tierra y agua. Hacia un lado y enfrente se extendía el mar abierto, el inhóspito mar del Norte. Eché una mirada hacia aquella inmensidad y me puse en

camino hacia la casa de Howe, cerrándose las solapas del abrigo alrededor del cuello.

Cientos de charranes alzaron el vuelo en círculos desde una laguna oculta, pusieron rumbo al mar y desaparecieron. L'Estrange Head es un refugio ornitológico, preservado por el National Trust. Albert Howe es su guarda. No pude encontrar una sola mancha en su hoja de servicios. El suyo es un trabajo para los que prefieren llevar una vida solitaria, o tienen razones para desear evitar a la gente.

Charranes y gaviotas eran los únicos signos de vida. Ascendí entonces por una franja de dunas y vi a dos muchachos luchando a cierta distancia. Trabados, se alzaban sobre la hierba ondulante, recortadas sus siluetas contra las aguas de Deepdale Bay. Se golpeaban mutuamente con concentración.

Me detuve. El aislamiento confería a su violencia una cualidad sobrenatural. Al ponerme en marcha de nuevo, las oscuras siluetas se tambalearon y desaparecieron en un mar de hierba.

Al llegar a esta desolada Cabeza^[1], uno no ve más que una llana y desordenada extensión de tierra, inundada en su mayor parte por el mar del Norte. No obstante, un paseo por ella proporciona una imagen diferente. Yo estaba siguiendo un sendero casi imperceptible que ascendía y descendía a través de montículos y depresiones de muy poca altura y profundidad; me hallaba rodeado de un mundo de valles en miniatura, estrechos promontorios, peñascos diminutos y hondonadas secretas. Dunas de arena amarilla y gris, escasamente cubiertas de vegetación, marchaban hacia el horizonte. Estas características habían sido conformadas más por las fuerzas del viento y del agua que por el propio terreno pasivo, tal como el hueso cobra forma debido a la presión de los tendones y de la sangre.

Para salvar una depresión, tuve que saltar por encima de un arroyo arcilloso y trepar por una pendiente. Ahí estaban los dos muchachos, luchando en una hondonada, casi bajo mis pies.

Debido al constante rumor del viento, del agua y de las cañas, yo no había oído un solo ruido que procediera de ellos. Desconcertado, bajé la vista hacia donde yacían, luchando sin descanso con odio maquinal.

Tendrían unos dieciséis años de edad. Eran de constitución similar, robustos, de anchas espaldas, y vestían igual: llevaban los indefinibles pantalones vaqueros que por aquel entonces constituían la moda imperante entre los jóvenes de ambos sexos, y jerseys de lana. A pesar del frío reinante, iban descalzos.

La gran diferencia entre ambos estribaba en sus rostros. El muchacho que se debatía con la espalda pegada al suelo era de cabello claro y rostro alargado. Tenía la cara enrojecida por el esfuerzo y uno de los ojos medio cerrado a causa de un puñetazo, de modo que pareció mirarme con una expresión que en los tribunales se habría calificado de «malévola». Llevaba las mejillas manchadas de polvo y lágrimas

y el cabello lleno de arena.

Su hermano tenía el cabello negro y erizado. Su rostro era redondeado, incluso rechoncho, sus cejas bajas y la boca expresiva y lisa en contraste con sus mejillas. También me miró con cara de pocos amigos. Advertí inmediatamente que tenía una deformidad, una segunda cabeza que surgía de su hombro izquierdo.

Aquellos eran los hermanos Howe, Tom y Barry.

—Hola —dije—. He venido a buscaros.

Me dirigieron miradas idénticamente hoscas, poniéndose de pie de un salto con notable agilidad. Por un momento pensé que iban a atacarme, al alzarse desafiantes frente a mí. Pero se volvieron como un solo hombre, trabados aún, y se alejaron brincando a través de las dunas.

Entonces pude apreciar claramente que eran uno, unidos inseparablemente en su mitad, tal como mi cliente había afirmado.

Me quedé observando como se alejaban, asiéndome la garganta, azorado por habérmelos encontrado tan de repente. Se dirigían hacia el apiñamiento de construcciones bajas que Stebbings me había indicado, distante entonces unos ochocientos metros.

No había nada que hacer excepto seguirles, avanzando por la senda que ahora discurría a través de un césped recortado por los conejos.

Al acercarme a los edificios, llegué junto a un pedazo de tierra que alguien había intentado en cierto momento poner en producción. Unos cuantos tronchos de calabaza constituían la suma total de su cultivo. Siguieron a ésta otras pobres muestras de la vida rural: un viejo bote estropeado, puesto del revés en el suelo, nasas para pescar langosta abandonadas, un cobertizo derrumbado y un cercado que contenía un arriate y un gallinero con varias gallinas. Más allá se alzaba la casa y otra edificación.

La casa estaba construida en ladrillo estucado hasta el nivel de las ventanas y de yeso y listón a partir del mismo. Uno de sus lados aparecía pintado con brea o betún y apuntalado con una viga. La impresión general era de desmoronamiento.

El sol de la tarde convertía las ventanas en cristales opacos. Era una casa de aspecto ruinoso. La pintura se había desprendido tiempo atrás del porche, de la puerta y de los marcos de las ventanas.

Una singularidad del lugar era que la casa había sido construida directamente al sur de unas ruinas, de tal forma que las ventanas principales de aquélla no gozaban de vista alguna al mar. Era de suponer que el constructor había tratado de protegerla de aquellos temporales que, procedentes del mar, azotaban aquella costa con especial violencia. En los mapas del Servicio Topográfico del Ejército, las ruinas figuraban con el nombre de L'Strange Abbey.

Casi en el mismo instante en que llamé a la puerta, ésta se abrió y apareció la

cabeza de un hombre.

—Diga.

—Soy Henry Couling, de Beauchamp-Fielding Asociados. Estaba usted esperándome.

—Será mejor que entre.

Ni su cara ni su voz superaron por mucho en expresión a los cristales de las ventanas de su casa. No me había dicho su nombre, pero desde el primer momento se hizo evidente que era Albert Howe. Recién entrado en los cincuenta, Howe era un hombre enjuto que sugería al mismo tiempo fuerza física. La piel de su rostro era morena y curtida, y el color de su escaso cabello, castaño. Su indumentaria consistía en una camisa caqui con una holgada chaqueta de cuero encima, pantalones de montar de sarga manchados y un par de botas de hechura vagamente militar.

Se hizo a un lado para dejarme entrar. No era exactamente una bienvenida, pero me alegré de escapar del viento. La puerta se abría directamente a una sala de estar en la que ardía un fuego de maderos recogidos en la playa. Tan alentadora fue aquella visión que inmediatamente crucé la estancia hasta el hogar y me agaché para calentarme las manos.

—¿Siempre hace este frío en L'Strange Head? —pregunté, levantando la vista hacia él, que permanecía junto a la puerta. Atontado, pensé.

—No hace tan mal tiempo hoy —dijo—. Esta mañana hemos oído al cuclillo a través de las marismas.

Hizo un ademán con la cabeza para indicar la dirección de las marismas a las que se refería.

La suya era una sala de estar melancólica. Las ruinas de la abadía proyectaban permanentemente sombras sobre ella. Por encima de nuestras cabezas lucía una bombilla que resaltaba con enfermizo detalle los rasgos y formas de las aves y pequeños mamíferos que cubrían las paredes. Unas toscas estanterías albergaban los disecados recuerdos del mundo viviente exterior; ojos muertos refulgían en todas partes. En un rincón se alzaba una librería notablemente cargada. Mesa, sillas y dos viejos y maltrechos sillones completaban el mobiliario. A la habitación le faltaba, como suele decirse, un toque femenino; a pesar del fuego era fría y húmeda, y olía a algas pasadas, como si la marea hubiera llegado a crecer más allá del umbral de la puerta, suposición que, reflexionando, consideré no poco probable.

A un lado quedaba la cocina, cuya puerta permanecía medio abierta. Un perro ladró en su interior como si, atado, no tuviera esperanzas de mejorar su situación. Miré en su dirección, para encontrarme con dos pares de ojos observándome; dos cabezas fueron retiradas inmediatamente.

Al ponerme en pie, vi sobre la mesa una rebanada de pan y los restos de una exigua comida, junto con un ave marina muerta. El pájaro yacía extendido sobre una

tabla, con las alas desplegadas y sujetas con cinta adhesiva y la molleja abierta de un tajo.

Howe vino caminando desgarbadamente desde la puerta y se sentó a la mesa, donde procedió a terminar el revoltijo de pan, queso y pepinillos que tenía en el plato. Como tomando conciencia de que pudiera haber cierta falta de refinamiento en lo que estaba haciendo, levantó la vista hacia mí unos instantes e hizo un ademán con la cabeza, aunado a un esbozo de sonrisa y a un guiño, como queriendo decir «Yo soy así».

—Supongo que es usted el señor Albert Howe —dije, irguiéndome—, único progenitor superviviente de los hermanos Thomas y Barry Howe.

—Tom y Barry, así es. Los gemelos. Supongo que le apetecerá una taza de té. ¡Robbie! ¡Té!

A esta última llamada respondió como un eco un rumor de actividad en la cocina, y al cabo apareció una muchacha con una gran tetera marrón. Dejándola sobre la mesa, sirvió un tazón y tímidamente me lo ofreció.

Era una joven hermosa, de una hermosura rústica, con grandes ojos de color avellana y una tez tan morena como la de su padre. Tenía una abundante cabellera que le colgaba entre los omóplatos, recogida en una anticuada trenza. De figura bien formada, juzgué que contaría unos veinte años de edad.

Había menos hostilidad en su mirada que en la de su padre. Al aceptar yo el tazón de té y sentarme a la mesa, sin que me hubieran invitado, junto al ave empalada, dijo ella:

—De modo que usted es el abogado que ha venido a llevarse a mis hermanos.

Di unos golpecitos sobre el portafolio que había traído conmigo.

—Actúo en representación de Bedderwick Walker Entertainments, con quien su padre desea llegar a un acuerdo, según tengo entendido. Señor Howe, traigo aquí una copia del contrato y me alegraré de ponerle al corriente de su contenido. Podemos examinarlo cláusula por cláusula, si así lo desea, siempre que pueda reunirme con Stebbings en el embarcadero dentro de unas dos horas aproximadamente.

Howe se metió en la boca todo lo que le quedaba en el plato de aquella masa, masticó durante unos instantes y luego dijo:

—Te he dicho mil veces, Robbie, que lo hago por su bien. Los chicos no pueden pasarse la vida holgazaneando por aquí, ahora que ya son mayores.

—Eso es muy cierto —dije, al tiempo que abría el portafolios—. El contrato les garantiza a usted y a sus hijos un sustancioso salario mensual durante un período de tres años. Dicho contrato otorga a Bedderwick Walker la opción de renovarlo por dos años más, en cuyo caso los nuevos honorarios quedarían sujetos a negociación. Teniendo en cuenta que Bedderwick Walker invertirá una considerable cantidad de dinero en el aprendizaje y posterior propaganda de sus hijos, las disposiciones del

contrato son eminentemente generosas.

—No por ello deja usted de llevarse a mis hermanos de casa —dijo la muchacha—. Quisiera saber quién va a cuidar de ellos.

Ignorando su ruego, desplegué el contrato frente a Howe después de apartar la mantequilla y un tarro de pepinillos.

—Confío en que sus hijos estarán preparados para acompañarme a Londres.

—Están bien dispuestos, sí señor. —Levantó la vista con expresión desvalida y dijo a su hija—: Robbie, asegúrate que lo tienen todo preparado, ¿quieres?

Cuando Howe tomó el contrato para estudiarlo, vi que le temblaba la mano. Tenía unas manos bien formadas, con dedos largos y estilizados. Se quedó mirando a Robbie mientras ésta, sin rechistar, con el andar silencioso de sus pies descalzos, desaparecía por la puerta de la cocina.

—Es difícil saber qué es lo que más conviene, señor —dijo, con la mirada fija en el pájaro muerto, como si estuviera dirigiéndose a él—. A May y a mí nos iba tan bien... Nos ayudábamos mutuamente en cualquier problema que pudiera surgir. Es la de aquella foto...

Señaló una fotografía enmarcada de su esposa muerta, sobre el dintel de la chimenea. Un rostro de color sepia miraba al mundo desde debajo de un gran sombrero.

—Estoy seguro de que le complacería el contrato tal como está.

Seguía sin prestar atención al documento.

—May era una gran mujer —dijo—. Una de las mejores.

No hice comentario alguno.

—No fue mi culpa que muriera. Ni tampoco debo culpar a los chavales de su muerte, porque no podían evitar venir mundo tal como son. Aunque a veces me amarga todo esto... como le ocurriría a cualquiera. Cuando ella murió, me aficioné a la taxidermia. Prácticamente todo pájaro que visita L'Estrange Head está colgado de mis paredes... aunque me falta el charrán rosado, que últimamente es mucho mas escaso de lo normal.

Acompañó estas palabras de otra cómica mueca, dedicándome otro guiño y un gesto de la cabeza al desechar el tema de su esposa muerta, casi como si estuviera burlándose de sí mismo. El efecto fue tan siniestro como grotesco, y opté por dirigir su atención hacia el contrato.

Examinamos minuciosamente el documento, demostrando Howe ser menos tonto de lo que sus toscos modales sugerían. En mi profesión, acostumbro a tratar con gente que sirve únicamente para el dinero. Albert Howe, discerní, era indiferente a él; quería un porvenir favorable para sus hijos y creía habérselo asegurado; la remuneración era para él una cuestión menor. Este factor le hacía quedar aparte del noventa por ciento de la población.

Mientras firmaba las copias del contrato reapareció su hija, luciendo sobre los vaqueros un raído delantal de plástico. Comenzó a quitar la mesa.

—Los chicos están listos, papá —dijo, sorbiendo por la nariz como si hubiera estado llorando.

—¡Venid, chavales, no seáis tímidos! —dijo Howe en voz alta, agitando la cabeza.

El perro ladró en la cocina y aparecieron Tom y Barry.

Contrariamente a lo que me esperaba, pude llevar a los hermanos a Londres sin dificultades. De camino al embarcadero remolonearon un poco, pero no pusieron objeción alguna a embarcar en el bote de Stebbings cuando éste llegó. Se despidieron de su hermana agitando el brazo de forma bastante negligente.

Según lo dispuesto previamente, el coche que me esperaba en Deepdale Staithe nos llevó directamente a Londres; supuse que un viaje en tren podría haber tenido sus dificultades. Aparte de diversas visitas al hospital y de una aparición en un programa de medicina en la BBC TV —aparición que había inspirado a Zak Bedderwick la idea de contratarlos—, los hermanos Howe apenas habían salido de L'Estrange Head, y mucho menos de Norfolk. El viaje discurrió sin incidentes. Se interesaban por todo, especialmente cuando llegamos a los alrededores de Londres. Era de noche cuando los dejé en casa de Zak Bedderwick.

El coche me llevó entonces a mi apartamento, donde agradecí poder tomar un jerez y un baño caliente y escuchar las sonatas de Telemann.

Zak Bedderwick era un hombre de negocios de pies a cabeza. Tenía éxito en el competitivo mundo de la música pop, y lo mismo habría ocurrido de haberse dedicado a banca o al petróleo. La mayoría de los grandes nombres de su campo no comprendían ni el negocio ni el *rock & roll*. En aquella época, no había quien rivalizara con él en olfato ni el alcance de sus actividades.

Bedderwick había designado a una persona de nombre Nick Sidney para la tarea de ocuparse de los Howe y formarles hasta que alcanzasen un nivel que justificase la propaganda que en ellos se invertiría. Los hermanos pasaron en casa de Zak tan sólo la primera noche. A la mañana siguiente, Nick Sidney llegó puntualmente a las diez y se los llevó con él a Humbleton. Dudo de que Zak los volviera a ver en persona tras aquella ocasión; en un primer momento, como cualquiera, sentía una mórbida curiosidad por ver unos siameses; una vez la hubo satisfecho, su interés no pasó de ser puramente financiero.

El resto de la historia apenas me incluye. Bedderwick Walker no era el único asunto que tenía entre manos; en aquella época tuve que intervenir con dedicación creciente en un pleito relativo a las iniquidades cometidas por cierto Ministro de Asuntos Exteriores de cierto estado africano.

En cualquier caso, poco se propagaba de lo que ocurría en Humbleton. La

mansión había sido proyectada específicamente con tal fin.

Humbleden era una de las casas de campo que Zak poseía. Era una espléndida mansión georgiana que conservaba aún parte de una primera casa solariega estilo Tudor, y se alzaba en un terreno de ocho hectáreas, con su propio lago privado y su pista de aterrizaje, y una preciosa vista del Solent. Lo que ahí dentro sucedía no era asunto de nadie. No obstante, los rumores llegaban a filtrarse.

Los métodos de enseñanza de Nick Sidney tenían fama de ser bastante rigurosos. Era un hombre de edad próxima a los cuarenta, corpulento y tirando ligeramente a gordo, con melena rizada y grasienta. Había sido *manager* de un equipo de fútbol de segunda división antes de convertirse primero en *disc-jockey* y luego en parte del séquito de Zak Bedderwick.

Sidney comenzó a trabajar con los hermanos Howe de inmediato. Les hizo lavarse, acicalarse y vestirse adecuadamente y los bautizó oficialmente con el nombre de *Los Bang-Bang*. Tom y Barry Bang-Bang.

La instrucción musical dio comienzo al día siguiente de su llegada a Humbleden. Había uno o dos grupos de segunda fila de Bedderwick que Sidney podría haber utilizado para acompañarles, pero escogió para ello un grupo más duro, *Ruido*, que entonces dirigía el guitarrista y compositor Paul Day.

Ruido pasaba en aquellos momentos por un período de inestabilidad. El grupo andaba bajo de moral desde que su líder, Chris Dervish, se suicidara lanzándose con su Charger Daytona a la presa de Datchet, inmediatamente después de un concierto ofrecido en el Albert Hall. Los de Ruido querían una nueva imagen y una nueva dirección; los de Bang-Bang querían un nuevo ruido, y se unieron.

El éxito multimillonario de Ruido y el grupo mismo eran virtualmente obra de Nick Sidney, así como *Gibraltar* lo había sido antes que ellos, y éste se entregó con entusiasmo a la tarea de preparar a su nuevo equipo. Tuvo que empezar desde el principio y enseñar a los Howe a tocar unos pocos acordes de la guitarra y a proyectar sus voces. Afortunadamente, los hermanos —como cualquier otro joven del globo— estaban familiarizados con las convenciones del *pop*. Les disgustaba ser prisioneros de Humbleden, pero no ponían objeción a convertirse en prisioneros de la fama.

Nick Sidney se enfrentó a sus enojos y a sus frecuentes rebatos de terquedad con la decisión que ya mostrara en el *Nottingham Albion*. Por un lado empleaba mangueras de agua fría y una recién inventada pistola electrónica que dejaba fuera de combate a la posible víctima; por el otro, empleaba los tradicionales señuelos que atraían a los grupos *pop*: drogas, chicas y alcohol.

A pesar de estos incentivos, el progreso era lento. Vi a Zak en cierta ocasión, justo después de que hubiera vuelto de «la Mansión», como él la llamaba siempre. Aunque sosegadamente, echaba pestes de la falta de respuesta de los hermanos Howe. Le recomendé que enviara a alguien a por la hermana, Robbie o Roberta, a quien

evidentemente los gemelos apreciaban, para ver si aquello hacía que las cosas mejorasen, pero Zak rechazó mi sugerencia. Quería que los Bang-Bang se empaparan del nuevo papel que tendrían que representar, no que se les recordase el antiguo. Ya tenían programada una gira preliminar por una serie de ciudades del norte, con una aparición en la televisión escocesa incluida. Por lo que a Bedderwick Walker respectaba, la operación tenía que comenzar recuperando su inversión cuanto antes, y luego ya vendrían los refinamientos. Naturalmente, yo ya había oído muchas veces aquellas consideraciones. Enseñar a unos gamberros a aullar y a rasgar con violencia sus guitarras no era nada nuevo en el negocio de la música. Ni tampoco fracasar en ello constituía necesariamente un obstáculo para lograr un éxito sustancioso.

Pero llegó un día en que mi videófono sonó y apareció en él la cara de Zak, mirándome y manifestando una nueva queja.

—Hola, Henry. ¿Conoces una revista llamada *Opinión y Sociedad*?

—Sí. Forma parte del grupo de revistas de *Sensatez Humanística*. De izquierdas, por supuesto. Circulación: no más de veinticinco mil ejemplares al mes. Influyente en círculos socialistas moderados, diría yo. ¿Qué pasa?

—Acabo de recibir una llamada telefónica anónima. *Opinión y Sociedad* tiene previsto publicar en un futuro próximo un artículo sobre la explotación de los adolescentes, presentándolos como otra minoría desvalida. El artículo citará como ejemplo a los grupos *pop* y hará especial mención de la utilización de individuos deformes para atraer al público, junto con detalles referentes a los crueles métodos de preparación empleados, incluyendo el uso de armas electrónicas. ¿Cómo lo paramos?

—No tendría que ser difícil. La liquidez de *Sensatez Humanística* se basa en aportaciones voluntarias, entre las que se cuenta una muy sustancial por parte de la *Borghese Tobacco Corporation*, que resulta ser cliente nuestro. ¿Crees que la información del artículo en ciernes quedará lejos de ser precisa?

—Eso me temo. Lo escribe una mujer.

—En ese caso, estoy seguro de que te las puedes arreglar mucho mejor que yo.

—No se trata de una muñequita, Henry. Es mayor; treinta y cinco, y conoces su nombre: Laura Ashworth, la novia de Dervish. Hija del clérigo que salió en los periódicos hace unos años.

—Ya me acuerdo.

—Es colaboradora de *Opinión y Sociedad*, o como quiera que se llame esa maldita revista. Sabes perfectamente que me odia, la muy zorra. Si revela alguno de los detalles más sórdidos (y especialmente si cita el nombre de los Bang-Bang en relación con Chris Dervish, cosa que podría suceder), el negocio se nos va a hacer gárgaras en cuanto nuestra maquinaria de publicidad se ponga en marcha. Aunque relativo, podría causarnos cierto daño. Quiero que me la quites de encima, Henry.

Mientras él emitía ruidos amenazadores, yo reflexionaba. Laura Ashworth era una

mujer emotiva. Era capaz de discutir con claridad hasta que su adrenalina comenzaba a fluir, y había métodos para hacer que ésta continuara fluyendo, garantía segura de que nunca escribiera el artículo.

—No veo que haya necesidad de molestar a la *Borghese Tobacco*, Zak. Tienes problemas con los hermanos Howe y tienes problemas con Laura Ashworth. ¿Por qué no juntar las dos partes y ver si los problemas se resuelven por sí mismos? Te sugiero que atraigas a la Ashworth con una buena oferta, incluyéndola en nómina, y la envíes inmediatamente a Humbleden. No podrá resistir la tentación de revivir algunas de sus glorias pasadas.

Y así se solucionaron las cosas. Laura Ashworth aceptó la oferta de Zak. Cualesquiera que fuesen sus intenciones en cuanto a descubrir la verdad sobre Humbleden —lugar que conocía de su relación con Dervish—, es probable que no lleguen a conocerse. Un amigo mío escribió una carta al editor de *Opinión y Sociedad*, preguntándole si sabía que una de sus colaboradoras había aceptado un empleo en una organización derechista con considerables intereses en la Bedderwick Development Corporation, cuya explotación de la clase trabajadora en Africa y Ceilán era bien conocida. La conexión de la señorita Ashworth con la citada publicación se rompió de inmediato.

El pasado de Laura Ashworth guarda una enrevesada historia que no tengo intención de relatar aquí. Baste decir que era hija única de un pastor de la iglesia anglicana que posteriormente colgó los hábitos, y que no encontraba su lugar en la sociedad. Era uno de esos personajes errabundos tan característicos de nuestra época. De forma igualmente característica gravitó hacia el mundo *pop*, uno de esos hogares para marginados donde los internos se han hecho cargo del asilo.

En cierta época, Laura Ashworth había ocupado un puesto en el Departamento de Psicología Anormal de cierta universidad politécnica del norte del país, tras lo cual había obtenido las calificaciones necesarias para comenzar a trabajar, a título de prueba, con presos en régimen de prisión abierta, otro colectivo de marginados. Hallándose trabajando en la prisión, trabó conocimiento con Chris Dervish, que cumplía una condena por contrabando de estupefacientes: una considerable cantidad de heroína procedente de Bahrein.

Fue en esa etapa de su vida cuando Laura Ashworth se divorció de su marido —un tal Charlie Rickards, profesor de la universidad—, volvió a adoptar su nombre de soltera y se dedicó por entero a Dervish. Cuando Dervish salió de la cárcel —y, por supuesto, su temporada en chirona no hizo más que acrecentar su atractivo a los ojos de sus incondicionales— reunió de nuevo a su grupo Ruido y llevó a cabo una gira por los Estados Unidos y otra por los países escandinavos, obteniendo en ambas un éxito desorbitado. Laura Ashworth le acompañó. Como sus enemigos gustan de señalar, doblaba exactamente a Dervish en edad, pero tenía vigor y resistencia.

Sobrevivió al desenfreno de Los Angeles, de Estocolmo y de todas las ciudades que entre una y otra visitaron, y volvió con él a la relativa paz de Humbleton cuando las giras hubieron terminado. Nunca he logrado adivinar cómo evitó acabar con él en la presa de Datchet.

Unos afirman que la influencia que Laura Ashworth ejercía sobre Dervish tenía un efecto estabilizador; otros que había sido ella quien le había llevado a quitarse la vida. Nick Sidney me informó que su presencia producía un efecto perturbador en Ruido como grupo; para mí, con ello quería decir sencillamente que se mostraba exigente con aquel con quien dormía. Sea como fuere, y no tiene sentido aportar cargos donde las pruebas son insuficientes, Dervish se convertía en un psicópata en cuanto subía a un escenario. Con todo su desparpajo ante a los micrófonos, en privado era un merluzo, lo cual hace que la presa de Datchet resultara un final de trayecto bastante adecuado para él, estuviera Laura Ashworth implicada o no en el mismo.

Yo no tenía forma de juzgar cómo reaccionarían los miembros del grupo ante su reaparición. No era problema mío. La cuestión vital en dicha coyuntura era que ella no tenía que levantar publicidad adversa referente a los Bang-Bang mientras los planes de Zak se hallaran en período de maduración. Dejé que fuera Zak quien se hiciera cargo del asunto y volví a concentrarme en el pleito que me ocupaba. Él era el director del circo, no yo.

El caso de corrupción que yo estaba investigando no era entonces de dominio público. Por medio de algunos periódicos habían comenzado a trascender cuestiones relativas a uno u otro aspecto del escándalo: ciertas acusaciones imputadas a un ministro del gobierno británico, la destitución del director de cierta empresa internacional de contratación o la desaparición de un famoso arquitecto. Quedaban aún varios meses para el juicio cuando se me envió al estado de Kanzani, en el África occidental, en representación de Beauchamp-Fielding Asociados. Allí pude interrogar a varios políticos de Kanzani. El propio ministro de Sanidad me condujo en secreto hasta la prueba principal del caso.

A cincuenta kilómetros del río más cercano y a doscientos cincuenta de cualquier población que mereciera este calificativo, llegamos a nuestro destino. Ante nosotros se alzaba un gran y desolado edificio blanco, con sus hileras de ventanas cerradas como párpados caídos y el pórtico amenazando ruina. Aquel era el costosísimo hospital construido puramente para llenar los bolsillos de unos cuantos avariciosos. La estructura principal ya estaba terminada. Próximos a ésta, los cimientos de una sección de radiografía permanecían a cielo abierto. Había cabras vagando entre los escombros.

Recorrí habitación tras habitación, sala tras sala, todas mortalmente silenciosas. Nunca tendría lugar allí curación alguna. No había manera de poder recuperar un solo

penique de la inversión. Sólo las termitas se beneficiarían.

Cuando volví a Nairobi, me encontré con que los Bang Bang habían despegado ya y colocado su primer sencillo en las listas de éxitos.

*Voy a la izquierda, voy a la derecha,
no pierdo el tiempo, estoy en la brecha.
De dos en dos, con frío o calor,
como la presa y el cazador.
Porque ¿sabes qué veo?
Yo soy un doble Romeo.*

*Bajo el signo de Géminis incubado,
sesenta y nueve es el número dorado.
Somos dos en uno, un todo formamos,
con doble cañón la carga disparamos...
Vienen chicas a casa, «Pasad, pasad»,
«Atención», les digo, les digo «Empezad».
Es raro al principio, se animan después
y a mi alternativa se lanzan a la vez.*

*Y ¿sabes? Te dirán
El doble Romeo es un galán
Bang-Bang.
Doble, total,
nuevo, fatal,
Romeo.^[2]*

Mirando hacia atrás, uno se asombra del furor que acompañó al éxito de esta execrable canción. En su primera gira por el norte del país, los hermanos Howe figuraron como teloneros de otros grupos de Zak. En Sunderland, su actuación fue suspendida y prohibida por razones de indecencia; con ayuda económica de Zak, el dueño del local de Sunderland impugnó esta decisión y al asunto se le dio cierta publicidad. A partir de entonces, un rastro de acusaciones de indecencia e insinuación siguió, como una nube de gases de escape, la estela de la fulgurante carrera de los Bang-Bang.

No tardaron en formularse preguntas en el Parlamento seguidas de un debate nacional, relativas al tono de esta monocorde canción. ¿Debían los disminuidos físicos sacar provecho de su disminución? ¿Era legítimo, tanto para ellos como para el público?

Ahora se puede apreciar por qué los Bang-Bang resultaban difíciles de apreciar.

En aquellos días, gran parte de la discusión consistió en dirimir si sus canciones y actuaciones eran buenas o malas, cuando, de hecho, el tema del arte apenas entraba en la cuestión. El problema de la moralidad era mucho más apremiante..., pero el público británico suele infundir el arte con la moralidad.

Dos terrenos de la moralidad que se superponían sirvieron para llevar a los Bang-Bang a las primeras planas de los diarios. Los Bang-Bang eran hermanos siameses y por tanto representaban una... deformidad (por razones de difamación, la palabra «monstruo» rara vez fue utilizada en público). ¿Debía permitirse que la deformidad fuera explotada de aquella forma? Es más, ¿estaba siendo explotada?

Por otra parte —y ésta era la más delicada—: ¿debía permitirse que los deformes hicieran alarde de su sexualidad? Se suponía que las personas deformes, los disminuidos físicos, debían mostrar discreción en lo referente a sus deseos naturales. Había en todo ello material suficiente para mantener la olla de la virtud, sazónada con lascivo interés, hirviendo durante una buena temporada.

Los autoelegidos guardianes de la fibra moral del país sostenían que la sexualidad y la música estaban siendo degradadas, que sufriría con todo ello la sensibilidad nacional. Entonces, un miembro del Parlamento de tendencia liberal apareció en televisión para declarar que, en su humilde opinión, resultaba beneficioso que minorías tales como los hermanos siameses alzaran su voz; y también que su familia —con excepción de él— había disfrutado mucho con la energía de los Bang-Bang y con la pagana inocencia de sus canciones. Para él, eran dos jóvenes de muy buen aspecto. No veía nada desagradable en la deformidad y esperaba que llegase el día en que un mayor nivel cultural propiciara la celebración de olimpiadas de la esclerosis y eventos similares.

Tanta difusión alcanzaron estas declaraciones, acompañadas de fotografías de los Bang-Bang y de otros disminuidos físicos que inmediatamente vislumbraron la posibilidad de sacar provecho del éxito de aquéllos, que minimizaron la incidencia de las noticias referentes a los golpes de estado y posteriores tomas del poder que por parte de los comunistas habían tenido lugar en dos estados africanos más, Kanzani entre ellos.

Controvertidos, fotografiados, entrevistados, profusamente contratados, los Bang-Bang ascendieron con envidiable firmeza por la senda de la popularidad.

Imitar su tosco acento de Norfolk se convirtió entre los jóvenes en un pasatiempo nacional. La deformidad llegó a ser un signo de distinción. Hubo una verdadera plaga de hermanos siameses falsos. El cartel del *Palladium* anunciaba la actuación de cantantes tullidos.

Todo fueron delicias a partir de entonces para los hermanos Howe: la clásica y vulgar historia del éxito. Habladurías referentes a habitaciones de hotel destrozadas, admiradoras femeninas histéricas, bebida en abundancia y guardaespaldas ávidos de

hacer bien su trabajo no hicieron más que añadir leña al fuego. Las giras triunfales realizadas por este país se repitieron con éxito aún mayor en los Estados Unidos, luego en Europa y finalmente en otras partes del mundo. Hubo un vuelo especial en Concorde con destino a Kuwait, lanzamiento de revistas dedicadas exclusivamente a los Bang-Bang, toda una retahíla de discos de oro e, inevitablemente, un constante fluir de dinero y más dinero, irrestañable, como la sangre manando en un drenaje.

Incluso en los grotescos anales de la industria del *rock*, la fabulosa historia de los Bang-Bang parecía demasiado buena para ser cierta. Sin duda era demasiado buena para durar. El celebrado realizador cinematográfico Saul Spielbaum rodó una película con los Bang-Bang y Laura Ashworth (titulada inevitablemente *Doble Romeo*), pródiga en aderezos surrealistas; execrada por la crítica, sus escenas superaron en popularidad a las de filmes de leyenda en la historia del cine tales como los que componen la serie de James Bond, *Tiburón* o *Encuentros en la tercera fase*.

En esta historia, tan pegadiza con el éxito como una tarta de melaza, la cuestión del arte difícilmente puede traerse a colación. Los Bang-Bang no cantaban mejor ni peor que muchos otros jóvenes rufianes que han hecho fortuna con un micrófono, un atuendo vistoso y unos pocos y rudimentarios movimientos pélvicos. Su música era técnicamente indistinguible de la que imperaba en la época. Pero eran únicos. Efectivamente parecían ser dos en uno, formar un todo.

Tras la barahúnda siempre latió una vena de curiosidad morbosa. Esta vena corría tanto a través del más joven de sus *fans* como de los comentaristas y expertos que se sirvieron del ejemplo de los Bang-Bang para sazonar sus teorías. Pues los Bang-Bang no eran un cantante solista ni tampoco un grupo; eran unos hermanos siameses. Y su primera y más célebre canción —tal como Zak Bedderwick había previsto— suscitaba la siempre interesante pregunta: ¿cómo era su vida sexual?

Narración de Laura Ashworth

Habiendo sido durante años víctima de las más bajas insinuaciones, abriré mi contribución a este libro declarando que mi postura hacia Tom y Barry no fue nunca de explotación. Comenzó siendo así y así se mantuvo. Ellos se hallaban en una situación de explotación que acabó siendo un lío para todo el mundo. Tanta fama termina por hacerte perder el juicio, pues las presiones a que te ves sometido son demasiado intensas. Tras nuestra primera gira por los Estados Unidos, Tom, Barry y yo nos escapamos un día y llegamos a un prado lleno de grandes margaritas blancas. Nos pusimos a retozar en ellas. Los chicos comenzaron a pelearse por algo, pero conseguí hacerles desistir. Nos sentíamos tan felices que comenzamos a cantar. Yo cogí unas cuantas margaritas. Tom dijo que me compraría el campo entero. Barry dijo que sería él quien lo comprara, que pagaría más. Empezaron a rivalizar sobre cuánto pagarían por el campo y a fantasear diciendo que construirían una cúpula para que las margaritas crecieran todo el año. Al principio nos reíamos.

Entonces comentaron lo bueno que sería poder llevar el campo con nosotros a todas partes durante las giras y pasaron a discutir cómo podría hacerse, cuánto dinero haría falta. Entonces tuve la repentina sensación de que el campo ya no era real. Se había convertido en un símbolo de posición social, en un artículo, en otro motivo de rencor entre los dos hermanos. Les dije que no lo quería y que, aun en caso de quererlo, no pensaba volver a verlo nunca. E incluso si volvía a verlo, no podría sentirme libre de nuevo en él. Me levanté y eché a andar hacia el helicóptero. Ellos me siguieron y no dijeron una sola palabra más hasta que nos hubimos alejado de allí.

Bueno, al fin y al cabo, es imposible ser libre y muy difícil ser feliz. Tenía un amigo sociólogo de esos que siempre están a la última —y digo tenía porque la fama te hace perder amigos más rápidamente que el fracaso— que escribió algo sobre nosotros. Siguió la línea fácil de decir que los Bang-Bang eran víctimas de la sociedad capitalista. Era lo que mi padre hubiera dicho de hallarse en su caso: un comentario superficial, de enteradillo que sabe lo que toca decir. Lo cierto es que éramos víctimas de los deseos secretos y reprimidos de la sociedad. El mundo capitalista no tiene el monopolio de los deseos secretos y reprimidos de la gente. En todas partes la gente sufre escasez de oportunidades para satisfacer todas las ambiciones de su personalidad; ocurre sencillamente que a *nosotros* se nos permite refunfuñar por ello. Eso era lo que hacía a Tom y Barry tan terriblemente atractivos: eran como una sola persona con doble capacidad.

Bueno, ya está bien de filosofía. Antes de pasar a hablar de nosotros, comenzaré con un esbozo de mí misma, explicando la clase de persona que soy, para bien o para mal, y lo que me ha hecho ser así.

Yo era la única hija en una familia con cuatro varones, todos mayores que yo. Mi madre murió siendo yo adolescente. Curiosamente, sé que debería echarla mucho de menos, pero apenas me acuerdo de ella. De lo que sí me acuerdo, sin embargo, es de la vicaria donde vivíamos. Supongo que era oscura y lóbrega, pero a mí me encantaba. Las habitaciones eran como selvas y yo una bestezuela salvaje.

Durante la larga enfermedad de mi madre, la relación entre mi padre y yo se hizo más estrecha, especialmente cuando mis hermanos se marcharon de casa. Mi padre era vicario de una pobre parroquia londinense situada al sur del Támesis. Siempre estaba trabajando. No descansaba nunca. Había algo que le impulsaba. Se mostraba siempre amable de una forma atolondrada, como si mis hermanos y yo fuéramos sus feligreses predilectos.

Mi madre también era una persona muy trabajadora. Las esposas de los vicarios eran escogidas por su capacidad de trabajo, no por cuestiones de virtuosismo en la cama ni nada de eso. Ella y mi padre me educaron como una marisabidilla. Esto parecerá terriblemente anticuado y excéntrico, pero no teníamos televisión y madre nos leía en voz alta a mí y a mis hermanos. Una vez nos leyó entero *El martirio del Hombre*, de Winwood Reade, que es un libro bastante antirreligioso. Y entretanto, sentado en su escritorio y de espaldas a la luz, mi padre escribía y escribía. Lo suyo eran las fantasías góticas, que firmaba con el seudónimo de Nikola McLaren. Tiene algunas buenas. Recientemente volví a leer *El verano del Ruiseñor* y me gustó bastante. De hecho, llegué a llorar un poquito porque pensé que de niña había servido de modelo para la muchacha que en el libro secuestran los gitanos.

Las fantasías de mi padre ayudaron a pagar mis estudios superiores. Me doy cuenta de que le debo mucho, pero me pregunto si no era demasiado negativo para ser considerado un buen hombre. Creía en todo lo que la gente inteligente de clase media creía en los años sesenta. Creía en la igualdad entre los sexos (llegando prácticamente a forzarme a militar con el Movimiento de Liberación de la Mujer, que yo detestaba), en la reducción de los gastos gubernamentales en materia de defensa, en la abolición de toda barrera y discriminación racial (casi me obligaba a echarme en los brazos de cualquier negro que rondara por la parroquia), en una mayor y mejor educación para las clases menos privilegiadas, en la asistencia ilimitada a todos los gorriones de la sociedad, en la elaboración de amplios programas de ayuda al Tercer Mundo, en el cese de toda relación diplomática con Sudáfrica (pero ni una palabra con respecto a la Unión Soviética), etc. De todo lo cual deducirá el lector que mi padre estaba también por la abolición de los coches privados, de las botellas no restituibles, de las latas de cerveza, de toda clase de plásticos, del consumo de carne, del tabaco, de la publicidad y de casi todo tipo de alcohol, con excepción del vino. En pocas palabras, de casi todo lo que permite al ciudadano ordinario llevar poco menos que una vida de perros.

Tal como usted habrá supuesto, mi padre era en política un marxista moderado. Sólo una vez le vi enfurecerse de verdad, y fue cuando alguien le llamó «maldito intelectual izquierdista». Prefería tenerse por «practicante de un liberalismo con L minúscula», uno, tal como dijo en cierta ocasión, «no muy distinto del propio Cristo».

Mi padre afirmaba que la clase obrera nunca había gozado de la menor oportunidad; ahora bien, ¿oportunidad de qué? Nunca llegó a especificarlo. También hacía gala de un intenso patriotismo; tanto era así que este sentimiento influía en sus gustos musicales. Una vez publicó un panfleto sobre John Earle, obispo del siglo XVII por el cual sintió interés. Las edificantes conversaciones que durante mi infancia acompañaban a nuestras frugales comidas en la vicaría discurrían en torno a «las tres mortíferas Es», como yo las llamaba: Engels, Elgar y Earle.

A pesar de tan deprimente catálogo de virtudes, yo amaba a mi padre. Le amaba con una especie de desesperación, que tanto tenía de admiración como de compasión y enervamiento. Él creía en todo lo que creía simplemente porque era eso lo que estaba de moda creer. O, más bien, porque era eso lo que gente de su clase creía unos años antes. Todavía me ruborizo de vergüenza cuando le recuerdo oficiando el servicio del domingo en pantalones vaqueros. ¡Pobre padre! Yo discutía violentamente con él sólo porque esperaba que, a base de discutir, llegara a creer de todo corazón lo que únicamente pretendía creer. Me parecía que en el fondo de su corazón no profesaba creencia alguna.

—Cuando seas mayor te darás cuenta de cómo son las cosas. Ya tendrás tiempo —solía decir.

—Estás tan apartado del mundo por tus creencias como pueda estarlo yo.

—Mi parroquia es para mí como un microcosmos del mundo. Sus errores y aspiraciones son las del mundo.

—Tú no sabes nada de tu parroquia, nada...

—No puedo permitir que digas eso, Laura —solía interrumpir mi madre—. Tu querido padre ha dedicado su vida a los pobres de esta atropellada zona de Londres durante veinte años...

—Ya lo sé, madre, pero ninguno de vosotros veis a quienes llamáis «los pobres» como son realmente. Lo vuestro es todo teoría. La teoría lo es todo para vosotros. Os importa una mierda la gente de carne y hueso.

—Niña, no deberías hablar así. Más adelante sólo te servirá para arrepentirte.

Incluso su paciencia conmigo me parecía insincera; ahora... ahora estoy mucho menos segura de todo.

Pero es cierto que no sabía nada de la gente. Tal vez por eso escribía relatos fantásticos (de los cuales por supuesto que se avergonzaba). Es verdad que vivía y trabajaba con «los pobres de la parroquia», pero éstos sabían protegerse de esa especie de gazmoñería. Yo sí que conocía a aquella gente. Jugaba con ellos, iba a sus

casas. A la mayoría de ellos no les importaba nada de lo que ocurriera fuera de sus familias, de su pandilla de amigos, de sí mismos o del sobre de fin de mes. Se abrían paso a codazos por la vida, independientes de toda teoría. Yo les admiraba por ello... y les odiaba por lo mismo. En aquella época me iniciaba en psicología y psicoanálisis, esos ratoniles palacios de la teoría.

Año tras año, durante mi infancia y mi desarrollo, mi padre trabajaba en lo que a veces llamaba su viña, sin llegar a comprender por qué no entraba en contacto con su rebaño.

Tenía el juicio suficiente como para darse cuenta de que había fracasado, de que a Ma Jones, a Shamus O'Leary y demás héroes del proletariado les tenía sin cuidado la situación de los trabajadores en Panamá o las hambrientas multitudes de Bangladesh. Lo que no podía entender era que nunca hubiera sentido la verdadera llamada del Cristianismo. Yo fui cristiana, y duele demasiado. Me di por vencida. Vi que mi padre predicaba bazofia y entonces le odié.

Aunque la causa no fue más que otro pequeño desaliento, llegó un día en que las cosas se complicaron. Dijo que la gente ya no le respetaba. Subió arriba para ver a mi madre en su lecho de enferma. Yo me quedé abajo en el vestíbulo y le oí llorar al otro lado de la puerta cerrada. Me sentí avergonzada, remoloneando entre los impermeables y los anoraks. Tras la comida, a la que no acudió, mi padre bajó pálido y tembloroso y sacó la bicicleta del porche. Fue a ver al obispo y abandonó el sacerdocio.

Naturalmente, tuvo que seguir dedicándose a la teología puesto que no sabía hacer nada más. Obtuvo un puesto de plantilla en una facultad de teología de las Midlands. Aquello significó el desmembramiento definitivo de la familia, ya que la vicaria tenía que desaparecer (la demolieron, y el siguiente beneficiado pasó a ocupar un flamante piso encima de Hair Flair, en el nuevo centro comercial). Sé que mi padre lamentaba amargamente todo aquello pero, por aquel entonces, a mí no me importaba lo que él sintiera. Era siempre tan «amable» conmigo, signifique eso lo que significare. La amabilidad era otra de sus teorías.

Aquella fue una época desesperada. Todo se desmoronaba. Mientras mi padre se hallaba ocupado en renunciar al sacerdocio, mi madre murió. Yo había estado cuidando de ella mientras preparaba los exámenes. Me levantaba cada día a las seis de la mañana con la firme impresión de que, en las vicarias, todo el mundo se levantaba a esa hora. Ninguno de mis hermanos era de gran ayuda; además, sólo dos de ellos vivían en Londres.

La noche en que mi madre murió, mi padre no estaba en casa; se hallaba presidiendo una de sus malditas reuniones de beneficencia. La dejé yaciendo en la cama y salí a la calle. Me sentí vacía, enferma, espantosamente mal.

A unos cuantos metros calle abajo me topé con Ricky Hayes. Ricky era un joven

jamaicano, una de las ovejas descarriadas de mi padre. Un imbécil, pero que sabía divertirse, algo tan raro como las joyas de la corona en el comedor de mi casa. Me aferré a él y le pedí que me invitara a una copa —yo nunca tenía dinero— y que luego me hiciera el amor. Y así lo hizo, así lo hizo. Nadie explotó a nadie y todos contentos. Yo necesitaba desesperadamente lo que él tenía.

Y luego, en lugar de perder interés, Ricky, que las tenía a montones, me llevó a ver a Chris Dervish y Ruido. Él conocía al batería. Me lo pasé en grande, y aquello no tenía nada que ver con la vida en la vicaría. El estruendo era intoxicante.

Dervish no era entonces tan famoso. Al acabar la actuación, Ricky me llevó tras el escenario para saludar a Chris. Ricky era atractivo, pero Dervish era sencillamente un psicópata. Delante de los demás y sin conocerme apenas, me vino ya con exigencias. Aquello tampoco era como la vida en la vicaría, pero no le paré los pies por ese motivo. Aunque me di perfecta cuenta de lo complicado que era Dervish y de lo confuso que estaba.

Esa historia que tanto repitieron los periódicos, de que yo había conocido a Dervish en prisión, es falsa. Los periodistas no hicieron más que rebuscar entre antiguos recortes de prensa. Chris era tan desenfrenado y estaba tan atemorizado por todo... Ansiaba un sitio como Parkhurst, a donde fue a parar tras su aventura en Oriente Medio y donde pudo pasar una temporada tranquila en régimen de prisión abierta.

Aunque se aprovechara de mí, Chris despertaba mis instintos protectores. Era más joven que yo. Lloré y lloré cuando se ahogó en la presa. Probablemente también yo me habría suicidado de no ser por un viejo amigo mío de la clínica donde yo trabajaba; era un hombre llamado Charlie Rickards y llunca he estado casada con él, como afirmaban algunos periodistas.

Pero en realidad no fue Chris quien me hizo cambiar de onda. Fue la música. El *rock* sencillamente me ponía a tope. El pasado dejaba de existir para mí, y hasta el futuro, cuando Chris subía al escenario y comenzaba a tocar. Tal vez fuera la amplificación o las procacidades berreadas, o todo el ambiente de demencial licencia, no sé lo que era. Sólo sé que en nada se parecía a la puta vida que llevaba en la vicaría. Y no volví.

El espíritu del *pop*, su carácter distintivo, es el de los desclasados del proletariado. Es ingenuo, falto de sentido crítico y nulo para expresarse coherentemente con palabras. Nadie sabe lo que está haciendo, pero a veces sienten lo que hacen. Y a veces lo hacen bien. Muy atrás en el camino que lleva al *pop* está el jazz, y también éste salió de una especie de «jungla de libertad», como Dervish describió en cierta ocasión. Hay en todo ello una sensación de tribu salvaje, de ritualización: algo mucho más intenso que la letra o la música de las canciones.

Y yo lo sentía, vaya si lo sentía, y al principio todo lo que quería era oír la música

y que se me tiraran. Pero mi educación se encargó de que una parte de mí disfrutara también de la sensación de estar rechazando el buen gusto y toda la maldita y deprimente tradición cristiano-imperial que en todo el país estaba desapareciendo irremediabilmente. Aquella falsa «amabilidad» se había acabado; aquí todo era sentimiento, crudo y sincero. Tal vez visto desde fuera pareciese vil, y admito que a menudo costaba de soportar, pero en su propia realidad me parecía puro. Por lo menos al principio. En Humbleden, en época de Dervish, pasé algunos malos tragos que es mejor no sacar a la luz.

El suicidio de Chris Dervish me hizo ver que la vida no era tan simple como yo me había esforzado en pretender. Fue el sentimiento desenfrenado lo que le mató. No pudo con él. Mucha gente habría bajado el ritmo de hallarse en su posición, adulada pero cautiva de la propia adulación.

Este capítulo de mi vida se hallaba cerrado cuando conocí a Tom y a Barry Howe. Fui hasta Humbleden en mi Mini. Era una preciosa tarde de agosto. Aunque no era ninguna mojigata, no sabía dónde me estaba metiendo.

Ya conocía el lugar, y me encantaba. Me gustaba su estilo. Simbolizaba la confianza en uno mismo, daba una agradable sensación de valor establecido que uno no podía por menos que admirar. La casa, construida sobre una ligera elevación y con su lago, obra de «Posibilidad» Brown, extendiéndose ante ella, estaba maravillosamente situada. A través de la hilera de grandes cedros que crecían en la parte sur del lago se vislumbraba el mar, el mar vital donde se podía volver a ser niño. Los reflejos del sol sobre las olas, centelleando entre los troncos oscilantes de los cedros, volaron hasta mis ojos mientras accedía por el camino. También la vida orgánica se agitaba: cisnes, patos, ciervos en el parque, caballos en una dehesa, siempre sin jinete e inquietos en la sombra plagada de moscas.

¿Qué era todo aquello sino fruto del privilegio, esa palabra que mi padre no podía pronunciar sin fruncir los labios? Nunca suscribí a la noción de que todos los hombres son iguales, o, mejor dicho, no a partir de la primera vez que salí con Ricky. Además, ¿a causa de qué, la necesidad, la falta de privilegio, había dado lugar a una mitad tan hermosa y resistente?

Estaba silencioso el interior de la casa aquella tarde. Silencioso salvo por el *rock* que sonaba en una habitación distante. Nadie a la vista. El tipo que tenía la casa a su cargo, Nick Sidney, era, como de costumbre, ilocalizable. Tampoco era que yo sintiera ansia alguna de volverle a ver.

En la cocina encontré a Tubby Puller, el batería de Ruido, zampando bocadillos. Me saludó sin el menor interés, como si me hubiera visto por última vez el día antes, y me dijo que los monstruos estaban arriba, en su habitación del segundo piso. Nadie todavía. Subí las escaleras. Un *rock* pegadizo y ruidoso salía de lo que en mis tiempos era la galería de arte. Me alegró poder reconocer la guitarra de Paul Day.

En el segundo piso la casa perdía calidad, el corredor, anchura, y las habitaciones, espacio. Antiguamente, aquél había sido el piso destinado a las habitaciones de los sirvientes. Comencé a recorrer el pasillo. Alguien tocaba mal una guitarra eléctrica. Cuando llegué a la puerta correspondiente, llamé y entré.

Yo había llevado a cabo un notable trabajo de investigación sobre Tom y Barry para el artículo de *Opinión y Sociedad*, y sabía todo lo que había que saber sobre ellos. Mi primera impresión fue de confusión... y de algo más, no exactamente de horror, no exactamente de terror, casi de pavor.

Estaban demasiado próximos. Siempre eran multitud. Crecían juntos como crecen dos árboles donde sólo debería haber uno, con las ramas irremediablemente entrelazadas, deformándose mutuamente.

Esa fue mi primera impresión: maraña. Tan cerriles eran que se alzaron de un salto en cuanto entré. De su postura previa no tuve más que una impresión, con Barry sentado en la turgente curva de un sofá victoriano y Tom tratando de arrellanarse tras de él. Barry tocaba una guitarra mientras Tom intentaba leer un libro. Los codos de uno entorpecían al otro. Me pasó por la cabeza la idea de que ambas actividades estaban de tal forma predestinadas al fracaso que les había alegrado la distracción que yo provoqué.

Pero no era así. Se les veía auténticamente salvajes, retrocediendo ante mí como perros celosos. Estaban unidos justo por debajo del hombro y por la cadera. Sobre el otro hombro de Barry se hallaba esa otra cabeza, inclinándose hacia adelante en actitud durmiente.

—¿Qué quieres? —preguntó Barry.

—Hola. Soy un nuevo miembro del personal de Zak. Me llamo Laura Ashworth, y me vendría muy bien un trago.

—El *pub* está siguiendo la carretera —dijo Tom.

Se mantenían en guardia, examinándome, y yo repliqué con una mirada fija y curiosa. No podía evitarlo: era compulsivo mirar.

Eran dos fornidos jóvenes de unos dieciocho años, no de catorce o quince como alguien ha afirmado. La tensión les distinguía. Barry era de constitución más robusta que su hermano; tenía un rostro colorado de campesino, con la clásica nariz chata y los ojos de un sorprendente gris claro que solían mirar entre los párpados entornados, como si estuviera cansado, o te juzgara continuamente, o fuera peligroso. Sobre su frente baja se alzaba tiesa una espesa mata de cabello negro. Tom no era tan corpulento y parecía ligeramente más alto, aunque ladeaba la cabeza. Tenía la cara menos arrebolada y más delgada que su hermano. El cabello, que formaba atractivos rizos alrededor de su cuello y orejas, era de un castaño indefinido. Parecía más vulnerable. Mientras él me ofrecía una sonrisa vacilante, su hermano fruncía el ceño. Me dije que sus labios expresaban sensualidad.

Mirando hacia atrás, no puedo sentirme segura de aquella primera impresión. Estaba llena de una especie de terror. Aunque inmediatamente aprecié sus diferencias, también fui consciente de su general similitud, causada por su inseparable condición.

Pero aquella cabeza aletargada los separaba. Convertía a Barry en el deforme, y también en el que ostentaba el poder. En aquel primer encuentro, apenas me atreví a mirarla. Posteriormente mis miradas fueron siempre furtivas, aunque el hecho de que haya descansado sobre una almohada junto a mi cabeza me hace tan familiar a ella como la persona que tiene al lado.

Esta tercera cabeza parecía no tener relación con Tom o con Barry. Descansaba sobre el hombro izquierdo de Barry, meciéndose hacia adelante. Barry siempre mantenía su cabeza apartada de ella, lo cual hacía que Tom tuviera que torcer la suya ligeramente hacia la derecha, de tal forma que siempre te miraba ligeramente de soslayo. La tercera cabeza era pequeña. Tenía aspecto de pertenecer a un anciano, con el cabello gris y las facciones agostadas. Los ojos permanecían cerrados en las cuencas hundidas. Más tarde advertí lo mucho que aquella cara tenía en común con la de Barry a pesar de su palidez, que contrastaba con la rubicundez del rostro de este último.

—Creía que me ofreceríais un trago —dije.

—Vamos a salir —replicó Barry.

Entre ellos tuvo lugar un forcejeo, aunque ninguno de los dos cambió de posición. Era una batalla de voluntades, de impulsos, de vacilaciones, expresada por músculos tensos, por puños cerrados. Barry dio un paso hacia adelante.

—Vamos a salir —repitió, alzando la voz.

Entonces todo discurrió con fluidez. La lucha terminó y corrieron con insólita coordinación, las cuatro piernas componiendo un complicado caminar, al pasar junto a mi para dirigirse hacia la puerta. En un instante se habían ido. Al llegar a las escaleras dieron un extraño grito conjunto, un ruido que podía haber sido de temor, de burla o de alborozo.

Me quedé en su habitación, escuchando los sonidos de su descenso por la casa hasta que fueron ahogados por la música. Yo estaba estremecida. Por un instante había llegado a pensar que iban a atacarme. Pero había más que eso. Su presencia había sido un desafío a mi propio ser.

Finalmente me di vuelta. Antes de alcanzar la puerta, un movimiento a través de las ventanas atrajo mi vista. Los hermanos estaban ahí afuera.

Me acerqué a la ventana y miré hacia abajo. Corriendo todavía, habían cruzado el camino que llevaba a la dehesa. Con suma ligereza, saltaron juntos la cerca y se encaminaron hacia los cuatro caballos que permanecían a la sombra de los crecidos robles. Formaban una sola figura cuando corrían; era entonces cuando su unidad más resaltaba. No había dos personas corrientes que pudieran correr tan juntas.

Los caballos retrocedieron. Los hermanos siguieron adelante. Agarrando una crin, se lanzaron hacia arriba y estuvieron a horcajadas en un abrir y cerrar de ojos. Parecía desde donde yo estaba como si cada uno tuviera una pierna a cada lado del animal. Antes de que pudiera asegurarme habían espoleado al caballo y partido a galope tendido a lo largo de la cerca blanca, atravesando sol y sombra como una exhalación.

Habiendo entrado mucho en detalle acerca de mi primer encuentro con los hermanos y de cómo este primer encuentro ocurrió, me resulta difícil proseguir. Lo que hubo entre Tom y yo, entre Barry y yo, es privado.

Puede parecer extraño que una periodista diga esto, pero tengo la certeza de que cuantos más detalles introduzca, menos magia de la que se produjo volverá a experimentarse Porque llegué a enamorarme de los dos.

Un esbozo tendrá que ser. Una silueta. Con el tiempo nos fuimos conociendo. Yo mantenía una actitud de discreción, asistiendo a sus clases de música y a los ensayos del grupo y hablando con quienes ellos hablaban, como Paul Day, el guitarrista de Ruido, por quien siempre tuve respeto. Paseaba por el lago en la lancha de Zak con ellos, iba a la playa con ellos, incluso montaba a caballo por consideración a ellos —aunque no a pelo—. En parte era divertido, pero generalmente se me hacía doloroso.

Era tal el odio... Nick Sidney trataba a los hermanos como si fueran monstruos; tenía un arma especial —una pistola electrónica— para contenerlos, como si fuera un domador. Por iniciativa suya reinaba en la casa la ley del más fuerte. Los miembros de Ruido se alojaban como él, en las lujosas habitaciones del primer piso. Cuando me fue ofrecida una habitación similar, la rechacé y me instalé en una buhardilla del piso de los sirvientes, a donde los hermanos habían sido exiliados. No comían con los demás.

Naturalmente, eran dos toscos chavales del campo, pero no era ése el problema. El problema era que odiaban a Nick, odiaban a los componentes de Ruido, se odiaban mutuamente. Odiaban a su padre distante por haberles vendido, como ellos decían.

Pero disfrutaban cantando. Les gustaba gritar y patalear, y descollar. Deseaban ser los Bang-Bang y desbarrar a gritos y brincar ante públicos enfervorecidos. Este deseo era tan fuerte que se sometían a Nick Sidney, hasta cierto punto. En las sesiones de aprendizaje se alcanzaban alarmantes cotas de antagonismo, con los de Ruido tratando de hacer sombra a los Bang-Bang y rebelándose por odio hacia ellos. En su tarea de intentar aglutinar todo aquel desbarajuste, Nick Sidney bebía más que nunca y utilizaba los puños siempre que le venía en gana.

La excepción entre todo aquel antagonismo era Paul Day, que lo contemplaba desde la barrera como si disfrutara de los altercados. Había madurado mucho desde la época de Dervish.

Ni siquiera los ensayos lograban unir a Tom y a Barry. Les era imposible tocar la

guitarra juntos. Las tensiones que existían entre ellos destruían todo unísono. Estallaban riñas y se destruían instrumentos. Tom no era agresivo de por sí, aunque peleaba brutalmente con su hermano en defensa propia. Barry podría haber luchado con el propio diablo. Reñía con Tom, reñía con los de Ruido, reñía con cualquiera que estuviera a su alcance, incluido Nick Sidney. Y Sidney respondía utilizando la pistola electrónica.

En cierta ocasión, tras un infernal forcejeo, Barry golpeó a Sidney tras la oreja con el canto de una guitarra eléctrica y lo dejó sin sentido. Los hermanos salieron corriendo y más tarde fueron vistos en el tejado de Humbleden, agazapados junto a una chimenea. Cuando salí fuera y les grité que bajaran, Barry me arrojó una teja.

Unos días después, tras otra violenta escena, telefoneó Zak Bedderwick. Nunca estuvimos en muy buenos términos, pero era lo bastante civilizado como para poder hablar con él. Yo le respetaba más que él a mí; sorprendentemente, sabía bastante de música. Le pregunté si llamaría a algún reconocido cirujano para que viniera y examinara a fondo a los hermanos.

—Sé lo que estás pensando —dijo—. Será mejor que lo olvides. No se les separará, y ésta es mi última palabra, Además, si los separásemos, nos quedaríamos sin número.

—Podrías quedarte sin número igualmente, tal como están las cosas. Parecen dispuestos a acabar con todo. Mira, Zak, creo saber algo sobre su mentalidad y puedo asegurarte que sufren, que sufren psíquicamente, ¿comprendes? Pide otra opinión médica. Podrías ofrecerles la separación dentro de cinco años si ahora cooperan. Creo que sería la única manera. En caso contrario, podría acabar muriendo alguien.

—Te encantan esta clase de dramas, ¿eh, preciosa?

Pero accedió y envió un cirujano a Humbleden.

Tal vez Zak sospechase que mis intenciones pudieran crearle publicidad adversa si aparecía un médico, ya que podría atribuírsele a éste el haber puesto de relieve la singularidad de Tom y Barry bajo el punto de vista médico. Aunque temía por el equilibrio mental de los hermanos, yo había abandonado la idea de escribir sobre ellos presentándolos como víctimas de la explotación. Percibía en ellos, como lo había percibido en Chris Dervish, un anhelo ciego de ser explotados. Querían que el mundo les conociera. Yo no pensaba encuadrar la teoría con la realidad, como mi padre había hecho.

El cirujano en cuestión era Sir Allardyce Stevens, un pulido hombrecito de tez pálida y translúcida que andaba camino de los setenta. Tenía aspecto de podersele tumbar de un papirotazo y su sonrisa era la más benévola que había visto en mi vida. Temí por él en presencia de los terribles hermanos, pero éstos se hicieron dóciles como corderos en cuando le vieron. Lo que esperaban de él era, supongo, perfectamente obvio. Sir Allardyce era un hombre que inspiraba confianza.

Estuvo con los hermanos durante más de dos horas. Después habló conmigo. Gran parte de lo que dijo era de carácter técnico y quedaba fuera de mi alcance, pero la esencia de todo ello estaba clara. Tom y Barry eran gemelos unidos, del mismo tipo que los hermanos siameses originales, cuya unión abarcaba desde el esternón hasta la cadera. Sus sistemas circulatorios estaban comunicados y, como suele ocurrir en las fusiones de tronco, compartían órganos tales como los riñones y otros componentes menores de los que nunca había oído hablar.

Me sentí halagada por la minuciosa explicación de Sir Allardyce y porque reparase en que me preocupaba por los hermanos. Le pedí que me acompañara a tomar una copa antes de que su chófer le llevara de vuelta a Londres. Me expuso mediante detalles que la cirugía no había avanzado lo bastante como para separarlos y lograr que vivieran ambos. Se podía garantizar con razonable seguridad que uno de ellos viviera, pero no los dos.

—¿Cuál de ellos?

—Eso habría que decidirlo, querida —respondió, dando un sorbo a su tónica con coñac y sonriéndome—. Hablando como cirujano, preferiría que fuera Tom quien sobreviviese. El caso de estos muchachos no es habitual. Superficialmente son gemelos simétricos como lo eran Chang y Eng, los originales. Pero Barry constituye de por sí un huésped o miembro autósito de una gestación secundaria de mellizos. Esa extraordinaria cabeza es un parásito sin desarrollar. Corresponde a un tercer hermano, un trillizo o el origen de uno, y su nutrición depende de Barry, su huésped.

—¿Un parásito! Entonces, ¿está vivo? ¿No podría operar y extirparlo?

—No quisiera ser quien lo intentase —observó, frunciendo los labios—. Hay demasiados factores aleatorios. En el momento del nacimiento hubiera sido diferente. En cuanto a la *vida* del parásito, no se trata sólo de...

—Continúe —dije, al ver que vacilaba.

—Como usted sabe, Barry no es comunicativo, pero me dijo algo peculiar. Le hice preguntas sobre la cabeza... a la cual, dicho sea de paso, ha puesto nombre, cosa bastante significativa; se negó a decírmelo y yo no insistí. Se muestra protector hacia ella. Dice depender de ella.

—¿Depender? ¿Cómo?

—Barry no es más que un sencillo chaval de Norfolk. Su actitud es un tanto supersticiosa.

—Pero ¿está viva esa cabeza?

—Sin duda lo está, o de otro modo la descomposición se habría iniciado tiempo atrás. Una cuestión más pertinente es la que respecta a la actividad cerebral. Al parecer, dicha cuestión no se tuvo en cuenta en exámenes previos. Tiene los ojos cerrados permanentemente, pero advertí que presentaban actividad MOR.

—¿Qué es eso de MOR?

—Movimiento Ocular Rápido. Lo cual indica con cierta seguridad que la tercera cabeza se halla en estado letárgico.

Nos hallábamos en el bar de la planta, en lo que había sido la biblioteca. Los libros habían desaparecido por completo hacía mucho tiempo. En una de las mesas había algunos cómics. La luz del sol entraba a raudales a través de los vidrios de colores y teñía la alfombra de púrpura y verde. Allí estábamos, sosteniendo esta extraordinaria conversación. Yo apenas sabía qué decir.

—En estado letárgico... ¿Quiere decir que podría despertar en cualquier momento?

Allardyce dio un prolongado sorbo a su combinado y me miró intensamente al hacerlo. Sonrió. Sus modales tranquilizadores estaban en desavenencia con la alarmante información que me estaba dando.

—Estamos entrando en un terreno de discusión bastante especulativo. No creo probable que la tercera cabeza se «despierte», puesto que su cerebro no ha dado señales de funcionar normalmente durante dieciocho años. Por lo visto hasta ahora, se ha mantenido y se mantendrá en un estado de inconsciencia permanente.

—Sin embargo, ¿es... una persona?

—Sí, claro, una personalidad latente. Pero destinada a permanecer así, a menos que una conmoción inesperada la haga despertar a la vida.

Quise preguntarle qué ocurriría en dicho caso, pero la pregunta era demasiado fantástica. Me mantuve en silencio, tratando de digerir la información que me había proporcionado.

—Debe de ser un poco angustioso para Barry llegar a pensarlo: tener siempre a esa cabeza con los ojos cerrados tan cerca, ¿no cree?

Reí con desasosiego. Mi risita me pareció estúpida y falsa. Sir Allardyce correspondió con una franca carcajada.

—Sí, desde luego, un poco angustioso.

—Tal vez sea por eso que Tom parece el más normal de los dos. Es un encanto. Y... ¿usted lograría que sobreviviese si... si se diera la circunstancia de una operación?

El coñac le estaba haciendo efecto. Cruzó sus pulcras piernas y se arrellanó.

—Como ya he dicho, semejante cuestión queda por el momento fuera de toda consideración, excepto en caso de emergencia. La medicina moderna es capaz de proporcionar órganos de repuesto sencillos, como los corazones artificiales, que no son más que simples bombas; pero todavía no dominamos la compleja ingeniería biológica que requiere una separación, en caso de que ambos sobreviviesen a semejante intervención.

Estábamos sentados uno junto al otro. De repente advertí que me deseaba. Una mezcla familiar de curiosidad, desconfianza, placer y poder me invadió. Estaba un

poco crecida para esa clase de cosas. Por otra parte, no pude menos que apreciar lo encantador que era y de admirar las cualidades que percibí en su mente.

Como si hubiera comprendido lo que yo estaba pensando se puso en pie y trajo otra bebida para cada uno. Empezamos a hablar de temas más generales.

Cuando llegó el momento de despedirnos, me cogió la mano.

—¿Hay algo que yo pueda hacer por los hermanos? —pregunté.

Me miró fijamente a los ojos con malicia y humor a la vez.

—No sé. ¿Lo hay?

Bajé la vista y me di cuenta de lo rechoncha y bronceada que mi mano quedaba entre las suyas: delgadas, apergaminadas, surcadas por gruesas venas y salpicadas de manchas. Pero aún había fuerza en ellas, a pesar de todo.

—Laura, es usted una chica muy guapa —me dijo—, y veo en usted formidables cualidades. No se entregue demasiado a los Howe, aunque sabe Dios que necesitan a alguien como usted. Pero podría traerle mucha infelicidad.

Antes de que yo pudiera encontrar una contestación apropiada se había acomodado ya en el interior del coche. Un adiós con la mano y el automóvil partió.

Volví al bar con la impresión de que debía haber respondido mas adecuadamente. Pedí otra copa y después decidí que las anteriores habían sido suficientes.

Nick Sidney entró en el bar con el rostro encendido.

—Vaya, estás aquí. Ahora que ese viejo marica se ha largado podrías ocuparte un poco de esos condenados monstruos, que es a lo que viniste. ¿No has oído el jaleo? Han vuelto a hacer polvo el estudio.

—Qué poca delicadeza tienes, malnacido —dije al pasar junto a él.

—Y lo bien que hago. Si no, ¿cómo podría sobrevivir entre tanto imbécil?

Tras este intercambio me dirigí escaleras arriba. Los hermanos habían causado algún que otro destrozo, pero nada serio. Otra vez se quejaban de la forma como les trataban. El resentimiento hacia los demás acabó convirtiéndose en una pelea entre ambos, como solía ocurrir con frecuencia. Barry era especialmente temible en sus arrebatos de cólera. Las facciones se le contraían. Incluso la tercera cabeza, aquella para la cual tenía un nombre secreto, adoptaba una apariencia distinta: sus mejillas enrojecían. Dudo que hubiera advertido aquel detalle de no ser por la conversación con Sir Allardyce.

Como ya he dicho anteriormente, Sidney disponía de un método especial para combatir la furia de Barry: el empleo de un aparato fabricado en Japón que Zak Bedderwick le había proporcionado. Nunca llegué a comprender cómo funcionaba; sólo sé que era electrónico y que, aplicándolo a las sienes de la persona en cuestión y disparando, convertía los ritmos alfa del cerebro en ritmos delta, cambiando la frecuencia de las ondas de tal manera que la víctima caía en un profundo letargo. Este práctico instrumento se utilizaba para dejar a Barry fuera de combate cuando creaba

complicaciones.

Este tratamiento se convirtió en norma durante todo el período de éxito de los Bang-Bang, sobre todo cuando se encontraban de gira, situación en que las tensiones se intensificaban de forma especial. Durante los ratos en que Barry permanecía inconsciente yo tenía oportunidad de hablar con Tom. A pesar de la advertencia de Sir Allardyce, le tomé mucho cariño. Yo temía las consecuencias de aquella situación y no habría permitido que nada malo le hubiera ocurrido a Tom; pero no era tan sólo eso lo que me impulsaba.

Tras la gira por los países escandinavos, hallándose los hermanos en la cumbre de su fama, se me apartó de ellos. Creo que mi influencia sobre Tom y Barry era positiva, a pesar de los rumores que apuntaban lo contrario. Pero ciertas personas, entre ellas el abogado Henry Couling —una especie de guardián autodesignado de los hermanos, aunque no hacía nada por ayudarles— decidieron que mi estrecha relación con ambos a la vez era motivo de escándalo. Finalmente, Zak Bedderwick y Nick Sidney se deshicieron de mí. Sentí una profunda amargura, aunque sabía lo poco que los sentimientos personales cuentan en la industria del *pop*.

Con respecto a ciertos aspectos de todo este asunto sobre los que los demás ofrecerán sin duda versiones distorsionadas de la realidad, quisiera decir únicamente que el consumo de drogas fue exagerado por los medios de comunicación. La idea de su utilización provino de Nick Sidney. Yo acabé tomando de mala gana.

En cuanto a las acusaciones de inmoralidad, las personas tolerantes comprenderán que Tom y Barry necesitaban amor y sexo tanto como cualquier otra persona y que se veían privados de ambos. Había celos entre ellos, como los hay entre todos los hermanos; pero, dada su inseparabilidad física, era inevitable que cualquier mujer que se hallara en estrecha relación con uno de los dos tuviera que adaptarse como pudiera a ambos.

Prefiero no ser más explícita.

3

Extracto de la entrevista grabada a Nickolas Sidney

Entrevistado por John James Loomis, de la Canadian Broadcasting Authority.

JOHN JAMES LOOMIS: Y ahora, Nick, ¿qué le parece si pasamos a hablar de un aspecto más polémico del asunto? Me refiero al papel que desempeñó Laura Ashworth en la vida de los Bang-Bang.

NICKOLAS SIDNEY: No tiene nada de polémico. Ya sabe como son estas cosas: si estás llevando a un grupo *pop*, tienes que llevarlo; es un negocio como otro cualquiera. Además, los Bang-Bang, seamos sinceros, eran monstruos, y por lo tanto mas inestables que la mayoría de la gente, lógicamente. Así que le hicimos un favor a todo el mundo al procurar mantener apartadas a las mujeres, especialmente a una chica como Laura, con fama de ser pura dinamita.

JJL: He estado leyendo la versión de Laura sobre su parte en el asunto. Comienza hablando muy abiertamente y describe con fidelidad las conversaciones mantenidas, lo que dijo cada uno, etc. Y entonces...

NS: Sí, bueno, ya se sabe que hay gente que no puede mantener la boca cerrada. No hubiéramos tenido tantos problemas...

JJL.: Estaba diciendo que Laura comienza con franqueza, pero de pronto llega a un punto en que da la impresión de cerrarse. De repente aparece una frase curiosa, algo así como: «Después de esta conversación, me dirigí al estudio para ver los daños». Parece adoptar de repente una actitud impersonal, una actitud de no querer comprometerse en lo que realmente estaba sucediendo.

NS: ¿Por qué iba a hacerlo? Hay que protegerse, y para eso la gente mentirá todo lo que haga falta. Mire, yo no tengo nada contra Laura Ashworth...

JJL.: Perdóneme, pero su tono indica todo lo contrario.

NS: Yo no tengo nada contra nadie en este mundo. En mis tiempos llevé equipos de fútbol y siempre he creído que hay que vivir y dejar vivir. Era una buena chica, y atractiva, aunque no puede negarse que alborotaba un poco. Les mantenía ocupados, a los Bang-Bang quiero decir. Pero las cosas que hacía... Yo no soy ningún finolis, de acuerdo, pero no se puede pretender que ella quiera describir todo eso con pelos y señales. Nosotros sabíamos de qué iba la cosa, pero a usted tampoco le haría gracia que yo lo dijera aquí en televisión, en un programa como éste. Todo el mundo dice que eran unos genios de la música; por tanto, ¿qué más da si además eran un poco extravagantes? Dejémoslo como está. Ya es agua pasada, ¿no?

JJL: Entonces quizá podríamos hablar de la cuestión de las drogas, y de la pistola japonesa.

NS: Muy bien. La violencia llegó a ser un problema. El peligroso era Barry; Tom era bastante tranquilo. Así que había que calmar a Barry. Esa pistola es inofensiva.

No hay camisas de fuerza para siameses, de modo que la única solución era dormirlo.

JJL: Según tengo entendido, esa pistola es un invento basado en el encefalógrafo, que permite hacer disminuir la actividad del cerebro de diez ciclos por segundo a uno, sumiendo a la víctima en un sueño profundo. Es un instrumento ilegal en el mundo occidental.

NS: En cuanto a eso... Nunca le hice daño. Mire, si inyectábamos algo a Barry para tumbarlo habríamos dejado tiesos a los dos, porque la misma sangre circulaba entre los dos, ya sabe lo que quiero decir. Teníamos que hacer algo para que no nos destrozara el garito, ¿no? ¿Qué quería que hiciéramos? ¿Sabe qué me dijo Laura? Que yo no tenía la menor delicadeza; bueno, y algo más. Pero era yo quien daba la cara. Barry me puso el ojo morado dos veces. Me dejó tieso. Parecía un poseso cuando le daba la vena esa majara de Barry. Me dejó tieso. Ella se traía un lío con ellos y yo, pues bueno, le dejaba la pistola a veces y ella lo ponía fuera de combate cuando le convenía.

JJL: ¿Un lío amoroso?

NS: Ya sabe a qué me refiero: sexo. Ella no perseguía nada más. Dejaba tieso a Barry y se lo montaba con Tom.

JJL: Y la vez que Barry recobró el sentido mientras ocurría, puede suponerse que hubo otro altercado hasta que ella consintió en complacerle a él también.

NS: Mire, prefiero no sacar los trapos sucios. Dejemos las cosas como están. Puede suponer lo que le dé la gana.

JJL: Pero usted está imputando determinada conducta a Laura Ashworth. ¿No será, Nick, que se deja llevar por los prejuicios y que Laura no es culpable de lo que usted la acusa? Corren rumores de que, en tiempos de Dervish, Laura fue víctima de una múltiple violación en la que su nombre se vio implicado. A mí no me parece precisamente del tipo lady Drácula.

NS: Oiga, no quiero... ¿Quién pretende sacar a relucir los trapos sucios ahora, eh? Ya le he dicho que era una chica encantadora, ¿no? Lo pasado, pasado, ése es mi lema. Maldita sea, supongo que Paul Day se ha ido de la lengua otra vez. Qué más da ahora; todo eso ya es historia. Mi trabajo no era quedarme plantado junto a la puerta del dormitorio de ellos como si estuviera de guardia. A mí no me interesaba lo que hicieran. Yo era su *manager*, no su nodriza; no lo olvide.

JJL: ¿Recibía órdenes de Zak?

NS: Zak era el jefe. Como dijo Couling, el abogado, nuestro negocio es la música, no la moral. No somos una pandilla de críos que...

JJL: No obstante, da usted la sensación de estar a la defensiva, lo cual es comprensible dado que...

NS: Sigue usted intentando convencerme de cosas que ni por un momento se me han pasado por la cabeza. Yo apreciaba a esos chicos y apreciaba a Laura, y no hacía

más que mi trabajo. Y me enorgullezco de decir que yo les hice. Mire, lo único que ocurría era que todo el mundo lo exageraba todo, y ha habido que aguantar muchos bulos. Pero ya ha pasado todo, ¿no? Parece usted olvidar que estamos hablando del mayor éxito que el mundo ha conocido.

Relato de Zak Bedderwick

Nosotros llevamos a los Bang-Bang a vivir una gran historia de éxito. Era inevitable que algunos de nosotros sufriéramos contusiones en el proceso, pero eso no quita mérito a lo que logramos. Aún ahora el escándalo acompaña a los nombres de Laura Ashworth y de los hermanos Howe, cosa inevitable si se tiene en cuenta que el público insistió desde el principio en considerar a los Howe como objetos sexuales. Mi intención aquí es intentar mostrar brevemente que lo ocurrido entre los jóvenes involucrados era natural y quizá inevitable, y de qué forma contribuyó lo sucedido al arte de los Bang-Bang. No soy crítico musical bajo ningún aspecto. Tan solo señalaré lo que puede leerse en las letras de sus canciones a medida que sus autores evolucionaban.

Tal vez sea éste el momento de admitir que quizá fui un poco injusto con Laura Ashworth. Pero ocurre que nos vemos obligados a ser precavidos con los parásitos femeninos dada la influencia perturbadora que pueden ejercer sobre nuestros grupos. Sin embargo, Laura fue más víctima que vampiresa o vampiro, de eso he llegado a convencerme. De diversas maneras que a continuación indicaré, sirvió de catalizador vital en el éxito de los Bang-Bang. Debo añadir que a causa de un pasado familiar inestable ella era a su vez inestable, y algunas de sus declaraciones no deben ser tomadas en cuenta. Por ejemplo, la empresa Bedderwick Walker no la despidió, sino que fue quien, tras la gira por los países escandinavos, se apartó voluntariamente de una situación emocional que no podía resolver.

El otro elemento vital en esa ecuación emocional era Paul Day, nuestro compositor. Él y Laura mantenían una estrecha y profunda relación. En las letras se advierte.

Day era un joven de estatura inferior a la normal que se crió en un pueblo del norte del país y que a la edad de quince años tocaba ya la batería en diversos grupos. Cuando entró a formar parte de *Gibraltar* en calidad de batería y guitarrista, ya tenía publicadas varias canciones. Acabó por convertirse en el principal compositor de los Bang-Bang y tocaba la guitarra con ellos.

Day era una persona de grandes contrastes. Fuera del escenario resultaba difícil arrancarle una palabra; si podía, hacía su vida y no abría la boca para nada. Pero lo ponías sobre un escenario y una segunda personalidad se apoderaba de él. Adoptaba entonces un carácter completamente extrovertido; sus inspiradas actuaciones eran muy bien consideradas. Lamento personalmente que desde entonces nos haya dejado e iniciado una carrera en solitario. Lo último que supe de él es que estaba trabajando en el sur de los Estados Unidos.

En mi opinión, los silencios de Day reflejaban un dilema interior. Procedía de un

hogar donde la unión familiar se había roto y él había resultado lastimado en el proceso. Eso le llevó a mirar a los Howe con simpatía desde el primer momento, mientras que los demás miembros del grupo no querían saber nada de ellos.

Quisiera decir algo en favor de Nick Sidney. Es un buen hombre del cual yo no podría prescindir. Pero los Bang-Bang eran muy difíciles de tratar y no es de extrañar que a veces lograran deprimirle.

Los hermanos trabaron amistad con Paul Day. Un estrecho vínculo nació entre ambas partes. Las canciones de Day reflejan de forma creciente la manera en que los atormentados sentimientos íntimos de los Howe encontraban respuesta en su mente.

Day recurría a imágenes extraídas de la ficción científica para expresar la división que él y los hermanos Howe experimentaban entre ellos y la vida «corriente». Una de sus primeras canciones, *Año tras año el mal se acrecienta*, adopta el título de una historia de ficción científica^[3]:

*Pueblo frente a pueblo, ciudad frente a ciudad,
canción frente a silencios, y todo soledad.
Mi cuerpo se rebela y a mi mente se enfrenta,
y los soles entrópicos hacia la oscuridad
navegan sin remedio bajo luz cenicienta.
Año tras año el mal se acrecienta.*

En época posterior, las imágenes propias de la ficción científica permiten al autor expresar una atractiva sensación de distancia, como ocurre en *¿Qué tiempo hace en tu mundo?*, que alcanzó popularidad de inmediato y ha acabado por convertirse en una especie de *standard*:

*Nuestras cabezas juntas en la almohada.
¿Qué tiempo hace en tu mundo?*

El mismo año trajo consigo *En plena vida*, canción que transmite la misma sensación de sereno distanciamiento:

*Y cuando te vuelves hacia mí,
el silencio cae en una verde penumbra
y la luz devora
ciudades, cielos, tus ojos.*

Menos populares fueron *En las avenidas del mañana*, cuyo lirismo vuelve a

transmitir distanciamiento, y *El retumbar de los narcisos bajo mis pies*, cuyo decidido surrealismo resulta excesivo. Luego está también *Cualquier mundo individual*, donde el uso inesperado del número cuatro sugiere que la canción se refiere a alguna experiencia real; si el tema de esta letra hubiera sido extraído de los libros de texto sobre el psicoanálisis, como cierto crítico insinuó de manera poco amable^[4], habría cabido esperar que el número fuese dos, tres o incluso siete:

*En cualquier mundo individual
el tiempo bajo el cristal.
Sólo cuatro y los reflejos;
las personas son espejos.*

La idea de que no tenemos posibilidad de relacionarnos más que con cuatro caracteres-tipo, por más numerosos que sean nuestros conocidos, resulta interesante. Pero también puede ser que en dicha canción se esté hablando de un mundo reducido que contenga tan sólo a Tom, a Barry, a Paul Day y a... ¿Quién era el cuarto miembro? No hay duda de que el cuarto miembro era Laura Ashworth. La ambigüedad de esta canción tal vez no sea deliberada, pero Day no tardaría en emplear tales recursos con intención. Incluso la dinámica *El valle del castillo* esconde un juego de palabras (El valle de las sombras de la muerte^[5]) que, resultando de por sí siniestro, lo es aún más debido al hecho de no estar expresado abiertamente, si bien es cierto que la distribución de la rima hace hincapié en él.

*El valle del castillo,
el valle del castillo,
el valle del castillo sagrado,
donde nuestro aliento queda inerte.*

El ambiente de las primeras canciones es por lo general de cuento de hadas. Aunque exista una amenaza, el protagonista inmune a ella gracias a su inocencia. *Doble Romeo* es una excepción obvia de esta regla, pero lo cierto es que fue encargada y escrita antes de que Day conociera a los hermanos Howe. No es más que una mezcla elaborada a partir de una receta mía.

Vemos a Day arrastrado gradualmente a una única relación con los hermanos y Laura, y aprendiendo a asumirla a través de sus letras. La encuentra amenazadora, como en *El valle del castillo* y en *Probabilidad A*. A veces, lo grotesco de dicha relación queda expresado en clave de comedia, como en *Serenata de un satélite de color cereza*, donde se repite:

*Una mujer
tres amores
quince brazos*

Tras el fulminante éxito que obtuvieron los Bang-Bang, las imágenes sexuales de sus canciones se hicieron mucho más abiertas. *El año de los labios silenciosos* es un ejemplo de ello:

*Sonriendo sin hablar
un dar perfecto, un perfecto tomar
la cura, el sentido, el sello, la atracción muda y par
un perfecto refugio para todos, robar
sorbos sigilosos
aquí está mi anual verano esplendoroso,
el año de los labios silenciosos.*

Es bien patente que el autor no se está dirigiendo a ninguna muchacha muda. El enérgico vigor que caracterizaba las primeras actuaciones en directo de Day queda vinculado a través de la letra con una franqueza nueva. Aunque el título sugiere aislamiento, en *La muchacha fuera de la ciudad* tanto la letra como la música transmiten seguridad y confianza:

*La muchacha fuera de la ciudad
Deja que todo fluya
Deja que todo fluya
Ella es parte de mí
El ojo del huracán
El ojo del huracán
El aire del aeropuerto
al ascender y dejar atrás la ciudad
con destino a los lugares donde el pulso se acelera
donde el cariño enloquece, y la noche es duradera
donde su alegría es primavera.
Deja que todo fluya
Deja que todo fluya.*

Incluso en la época de las canciones de amor sinceras suele resonar una nota de reproche. O al menos ésa es la impresión sobre el papel, pues lo que Day escribía con ternura se cantaba luego con contradictoria ferocidad y sin la menor delicadeza. La

actuación en directo nos da la versión de los implicados de su compleja situación amorosa.

*¡Oh, tú lo eres todo para mi!
Victima y vampiro amado
A tres amantes complaces así
Fénix de un fuego sagrado.
Soy turista del amor en este mundo
Otra cabeza sueña en tu belleza
Nuestro amor es un bosque profundo.
(De Nuestro amor es un bosque profundo)*

El verso que se repite en cada estrofa, «a tres amantes complaces así», puede parecer una alabanza la primera vez, pero la repetición le da un aire de reproche. Ni siquiera el código moral más libre de nuestro tiempo ha logrado acabar con los celos.

La fraseología de las canciones adquiere complejidad, las ideas se apartan del limitado mundo tradicional del amor adolescente. No hay duda de que fue Laura, con un pasado más instruido y pródigo en lecturas, quien influyó en el vocabulario de Day y en los términos en que éste la exaltaba. Esto resalta más que nunca en las últimas canciones y especialmente en la mejor canción que Day escribió, la única de las canciones que menciona el nombre de Laura, *Nunca fui ciego o sordo a su música* (véase el Apéndice), que contiene versos hermosos como el que sigue: «Hubo un tiempo en que su alquimia estaba toda sobre mí».

Esta mágica canción, a la que cierto crítico llamó «la *Rhapsody in Blue* de los ochenta», apareció en *Gran Amante*, su mejor disco. En él, los Bang-Bang abandonaron lo que para muchos era su aspereza natural, especialmente en las tres canciones que podríamos denominar de «ficción científica» y que figuran también en el Apéndice de este volumen: *Gran amante*, *Tiempo estelar* y *Acción bacteriana*. No son canciones de amor, pero nos revelan a un Day que se recrea en las nuevas perspectivas que Laura trajo a su vida y en el nuevo poder de expresión que fue capaz de encontrar para ellas.

Tras este punto culminante parece haber un descenso. La estructura de la situación amorosa debía de ser demasiado inestable como para que ésta se prolongase. *El vocabulario del tacto* posee cierta ingenuidad; pero en la forma musical, concretamente en los versos que cierran la canción, el compositor echa mano de las prácticas al uso de los años treinta:

*Humedad y calor y un beso cansado,
todo verbo agotado.*

*Tus pechos,
tus hombros,
tus párpados me han cegado
en un mundo acabado.*

Durante la gira por los países escandinavos surgieron problemas. Los Bang-Bang llegaron a las manos con Paul Day en el escenario y, en cuanto volvieron a Inglaterra, Laura desapareció. Mi opinión es que, debido a su educación religiosa, se despertó en ella un intenso sentimiento de culpabilidad que le impidió soportar el *ménage à quatre* por más tiempo.

Durante aquella desgraciada gira, los Bang-Bang interpretaron en directo, por primera y última vez *Pasaporte a otro planeta*, que yo considero la despedida de Paul Day de Laura. El autor pretende y logra reflejar una fatigada nostalgia, a pesar del tono hiriente de la primera estrofa; en la última, el aislamiento vuelve a apoderarse del intérprete.

*Tú, que duermes en tu paz desgarrada,
venida de una ciudad ignorada,
deja que te despierte con un café, querida,
que la separación es una herida.
Con tu pasaporte a otro planeta,
te llevas tu sexo, luz completa.
La vida será una mala imitación,
amantes de plástico, días de cartón.
Vistes por última vez tu cuerpo en fuego,
me abrazas y te vas sin oír mi ruego.
Una cúpula se cierra sobre el cielo
de nuestros días perfectos y sin duelo.*

Una cúpula de cristal se cerraba sobre la época de los Bang-Bang. Constituyeron un fenómeno que surgió y desapareció en menos de tres años. Con la desaparición de Laura, los hermanos Howe se vinieron abajo. Barry sufrió una especie de crisis emocional que, lo digo convencido, no tuvo nada que ver con el uso de la pistola electrónica. Contraté a una enfermera especial para que cuidara de ellos en Humbleden y persuadí a su hermana mayor, Roberta, de que pasara con ellos una temporada. Paul Day hizo las paces con ambos y me anunció que se iba a los Estados Unidos para probar suerte por su cuenta.

El contrato de tres años que los Bang-Bang habían suscrito con Bedderwick Walker expiró; ninguna de las dos partes buscó la renovación. Siempre es mejor ser

un cobarde y vivir un día más para luchar. La vida de los grupos de éxito siempre es limitada. Los Howe volvieron a Norfolk y a la oscuridad de donde habían venido. Con todas las acusaciones de explotación que pesan sobre mí, sigo convencido de que fui su benefactor. Y el público pudo escuchar mucha y muy buena música *pop*.

Que es para lo que estoy en el negocio.

Continuación de Roberta Howe

Las declaraciones recogidas hasta ahora en este volumen cubren el período de la vida de mis hermanos durante el que fueron mundialmente famosos. Mucho queda por decir en lo que concierne al último período de su oscuridad y yo soy única persona con conocimiento de causa para llenar el vacío de estos meses que faltan.

Fue terrible tratar con ellos en Humbleton. Cuando yo llegué, el pobre Barry se hallaba en tal estado de postración que se vio obligado a guardar cama, para gran frustración de Tom, que se encontró reducido a la inmovilidad. Yo le calmaba como podía. Llorando, Tom suplicaba como tantas otras veces que le separasen de su hermano, aunque sabía que no había operación que les permitiera a ambos conservar la vida.

—Pues, entonces, ¡dejadme vivir a mí! ¡Soy yo el normal! —gritaba.

Yo le tranquilizaba, como tan a menudo había hecho. Paul Day, el guitarrista, un muchacho callado y muy agradable, pasaba mucho tiempo con ellos, principalmente jugando a las cartas.

Al día siguiente de que Tom sufriera aquel arrebato, tuvo uno similar y comenzó a llamar a su hermano traidor, asesino y no sé qué más. Tuvieron una pelea terrible en la que cada uno trataba de separarse del otro por la fuerza, llegando a caer de la cama en sus forcejeos. Paul llamó a Nick Sidney, que aplicó la pistola a la cabeza de Barry. Era la primera vez que veía que hacían eso, pero al menos trajo paz.

—Sería mejor que volviéramos a casa, Rob —dijo Tom—. No hay nada que hacer por lo que respecta a cualquier tipo de cooperación entre Barry y yo. Todo lo que quiero es vivir tranquilo junto al mar.

Cuando Barry volvió en sí, parecía como atontado. No dijo nada. Fue tambaleándose hasta el lavabo sin que Tom colaborase o se resistiese a ello, como si la cosa no fuera con él. Observé a Barry mientras se lavaba, como antes, como cuando Tom y él eran pequeños, y advertí que seguía preocupándose de lavar el silencioso rostro contiguo al suyo, cuando nunca tocaría parte alguna del cuerpo de su hermano. Eso lo sé y lo afirmo aquí para acallar ciertos rumores; en cuanto a otras mentiras similares, pienso negarlas también en su momento.

Al día siguiente abandonamos Humbleton. Curiosamente, cuando Nick y los demás salieron a la escalinata para despedirnos, Tom y Barry se echaron a llorar. Volvíamos a L'Esrange Head. Yo le había rogado a mi padre que nos dejase ir a vivir a otro sitio menos despoblado, pero él había rehusado. Ahora me alegraba de que lo hubiera hecho, pues esperaba que la naturaleza salvaje, junto con la proximidad de los espacios abiertos y del mar, tuviera una influencia curativa sobre mis hermanos. Por desgracia, ése no iba a ser el caso.

Yo estaba contenta de que Paul Day nos acompañase en el viaje de vuelta a casa. Demostró ser el mejor amigo de Tom y Barry, después de todo lo que les había ocurrido y de todo lo que ellos habían hecho, aunque apenas abrió la boca en todo el viaje. ¡Pensar que eran mundialmente famosos y sin embargo vivían tan aislados!

Paul no quiso venir con nosotros hasta L'Esrange Head y se excusó diciendo que tenía que estar aquella misma noche en Humbleden. Yo bajé del coche con él, mientras que mis hermanos se quedaron dentro en silencio. Paul se despidió de ellos con toda formalidad, dando la mano a cada uno.

No había nadie por allí. La estación bien podía haber estado cerrada. Antes de ir a sacar el billete, me habló como si viera una necesidad apremiante de hacerlo, en voz baja.

—Espero que no tarden en ponerse a tono —me dijo—. No sé... algo maravilloso ha muerto. Quería decirte que tus hermanos y yo teníamos una buena amiga en la persona de Laura. No quiero andarme con rodeos: era nuestra amante, de los tres, una chica de las que no se encuentran, y con una manera totalmente heterodoxa de llevar el asunto. Por eso estaban todos en contra de ella, Nick y los demás quiero decir...

»Se portó maravillosamente, y eso que hubo algunos malnacidos que no pararon ni un momento de intentar estropearlo todo. Es la chica más extraordinaria que haya podido conocer, una persona realmente vivificadora. Y ahora se ha ido; tanto peor. Hubiera hecho cualquier cosa por ella, créeme. No hagas caso de las habladurías; aquello solo nos concernía a nosotros tres y te diríamos cosas muy distintas si nos gustara hablar tanto como a esos charlatanes.

—Comprendo. Paul, ¿hay alguna posibilidad de que yo pueda ponerme en contacto con ella, si mis hermanos quieren volverla a ver?

Bajó la vista hacia los escalones y cambió de posición, arrastrando los pies al hacerlo.

—Tienes que conseguir que vaya a veros, si puedes.

—¿Se te ocurre dónde puede estar?

—Ni idea, pero sufriendo, esté donde esté. Sólo espero que aguante y lo supere. Siempre ha estado caminando en la cuerda floja. Fue Chris Dervish, que murió hace tiempo, quien le arruinó la vida. La puso ciega de ácido un día y la pobre lo pasó fatal..., quizá hayas oído algo de lo que ocurrió. Se arrancó toda la ropa que llevaba. Casi todos los que estábamos en Humbleden, Couling, el abogado ése, que estaba allí aquel fin de semana, el capullo de Dervish, naturalmente, y algunos más nos la tiramos, uno detrás de otro. Yo también, sí, yo también. Estaba tan colocada... Después de aquello pasó una temporada como loca. Nunca me lo he perdonado, y esta vez me ha llegado la oportunidad de compensarla.

—¿Llegó a saber algo el señor Bedderwick?

—No, qué va. Después de todo el desmadre, Couling se puso histérico y nos pagó

a todos para que no soltásemos prenda. Yo quiero a Laura de verdad, Robbie, y haría cualquier cosa por ella, cualquier cosa. No es sólo sentimiento de culpabilidad. Tiene un corazón de oro. Quiero decir... las mejores canciones que he escrito hablan de ella y eso es casi para lo único que sirvo. Dudo que pueda volver a escribir alguna otra canción. Estoy en blanco. Pienso irme a los Estados Unidos; quizás allí logre superar todo esto.

—¿Por qué habéis acabado de esta manera?

Miró hacia las marismas con expresión amarga.

—Teníamos a todo el mundo en contra. No tienes idea de las tensiones que hay que soportar. El éxito es una cabronada. Llegó un momento en que no pudo aguantar más. Y Barry es cruel, se odia por lo que es. No es que yo le culpe de nada; es su forma de ser.

—Barry no tiene nada de cruel, pero con todo lo que ha sufrido...

Paul se rascó la cabeza y no me contradijo.

—No, si la quería tanto como Tom y yo. ¿Quién no querría a Laura? Bueno, la cuestión es que pensé que tenía que hablarte de todo esto para que pudieras comprenderlo. Espero que no te hayan importado esos detalles tan sórdidos.

—¿Dónde puedo encontrar a Laura?

Me dio un beso en la mejilla.

—¿Crees que estaría perdiendo el tiempo por aquí si lo supiera?

Un hombre salió de la estación y señaló un tablero en que no habíamos reparado. Una nota prendida del mismo anunciaba que no habría más trenes aquel día. Los trabajadores de los andenes de la zona habían convocado una huelga de un día de duración.

Paul seguía sin querer venir con nosotros a L'Étrange Head. Finalmente, le dejamos en la estación. Fue la última vez que le vi, allí, plantado a pleno sol.

El verano de aquel año fue muy caluroso. La sequía llegó a ser tan severa que la vida salvaje de los alrededores comenzó a morir. Las ventanas de nuestra casa estuvieron abiertas de par en par durante semanas enteras. Nuestro pobre perdiguero, el viejo Hope, sufrió una insolación y murió; lo enterramos entre las dunas. Mis hermanos iban a bañarse al mar y a los diques cada día. A pesar de las quejas de mi padre, pues a medida que el verano avanzaba el refugio ornitológico atraía a los visitantes en número creciente, se acostumbraron otra vez a andar desnudos, como cuando eran pequeños. La maldición del silencio había caído sobre ellos.

Un día apareció Laura Ashworth. Llegó con la barca de turistas de Bert Stebbings, como si fuera una más. Lo primero que advertí fue que había una mujer llamando a la puerta trasera de la casa. Todavía se hacía extraño el no oír los ladridos de Hope. Me sequé las manos y fui a ver quién era.

Al principio me pareció tan mayor y elegante que no se me ocurrió de quién podía

tratarse. No sé por qué pero me había imaginado a una adolescente en lugar de aquella mujer ya adulta, vestida con falda y todo. Debí parecerle una tonta de remate con lo nerviosa que me puse.

Llevaba una chaqueta de ante con flecos, una blusa blanca debajo y una falda y unas sandalias que hacían juego con la chaqueta. Tenía el pelo castaño con mechas rubias y la cara morena y estilizada, con unos ojos agradables, de color avellana claro. Era alta y esbelta, con un hermoso busto y bonitas piernas: muy atractiva, diría, una vez te has repuesto del impacto. Era lo que yo llamaría una señora, y dueña de sí misma, como lo son las señoras.

Así que le di una taza de té y le dije que Tom y Barry estaban rondando por las marismas. Le pregunté dónde había estado desde su desaparición, pero no hubo por su parte una respuesta clara a mi pregunta. Todo lo que dijo fue que había cambiado de estilo de vida pero que quería volver a ver a Tom y a Barry.

A aquello tampoco respondí con claridad: me callé la boca. Intentó darme conversación comentando lo raso y desolado que era L'Estrange Head.

—Cuando se lo llega a conocer, no tanto, señorita Ashworth. No hay aquí un solo lugar plano. Tenemos un lago y muchos riachuelos, y en los sitios más abrigados crecen el saúco y espino, por no hablar de las rosas silvestres y de las zarzamoras. Es un lugar muy hermoso para los que saben apreciarlo.

Entonces me preguntó directamente si yo deseaba o no que ella viese a Tom y a Barry.

—¿Está segura de que debería verlos, señorita Ashworth? Lo digo tanto por su bien como por el de ellos.

Me preguntó si ellos querían verla a ella y si yo creía que les resultaría perjudicial. No de forma agresiva, sino más bien con sinceridad.

Me hice un galimatías al tratar de explicarle que ella ya había abandonado una vez a mis hermanos y que tal vez convenía dejar las cosas como estaban. Yo quería que me interrumpiera pero me escuchó con mucha paciencia, sentada en una de las viejas sillas de la cocina, sosteniendo la taza de té y mirando fijamente las ruinas de la abadía a través de la ventana. De repente noté que lloraba en silencio. Me alegré de que mi padre estuviera en la cabaña.

—No tengo la menor intención de ser desagradable, señorita Ashworth, pero si su llegada va a volver a trastornarlos a todos, entonces quizá sería mejor... Quiero decir, ¿ha reflexionado lo suficiente antes de venir aquí?

Se enjugó las lágrimas y se disculpó. Dio un sorbo al té.

—No tengo otro sitio adonde ir. En esta maldita época que nos ha tocado vivir todos somos proscritos y forasteros, no sólo sus hermanos, señorita Howe. Los viejos valores han desaparecido; nos hemos reído de ellos hasta perderles toda consideración, pero no tenemos nada para sustituirlos.

—De todos modos, ésa tampoco es una buena razón para venir a L’Estrange Head.

Se rió de mi comentario.

—Vaya, supongo que la podredumbre ha llegado hasta aquí.

Le serví un poco más de té y le dije sin rodeos:

—Señorita Ashworth, no veo de qué tiene que preocuparse. Si usted quería a mis hermanos y ellos la querían a usted, la vida debió ser entonces para ellos mejor de lo que nunca fue. Y sabemos que esas cosas no duran, lamentablemente. Si usted se siente mal por dejar que los dos le hagan el amor a la vez, no tiene por qué hacerlo. No veo que sea ninguna desgracia. Perdóneme por hablarle con tanta franqueza.

»Hace años les dije que si alguna vez llegaban a tener relaciones con una mujer, tendría que ser de esta forma, tendrían que compartirla. Si no, sería insoportable para el que quedara excluido, ¿no le parece? Y yo me alegro de que esa mujer apareciera.

—¡Dios Santo! —exclamó, y mirándome fijamente me cogió la mano—. Estoy tan acostumbrada a tener a la gente en contra, que esta aprobación me ha dejado totalmente desconcertada...

—Pues yo lo apruebo, en caso de que sea asunto mío, y no creo que tenga usted ninguna necesidad de quejarse. Muchas chicas deben de pensar que andar con dos chicos a la vez tiene que ser el delirio.

Respondió con una especie de risita y las dos nos echamos a reír. Entonces me miró de reojo y dijo que iba a la playa para ver a Tom y a Barry.

Al llegar a la puerta, se detuvo y añadió:

—Supongo que cree que he venido por más de lo mismo, ¿no?

Le sonreí. No podía evitarse el sonreír.

—Probablemente —dije.

Una cosa extraña respecto a L’Estrange Head era que todo el mundo hacía hincapié en lo plano que era, y sin embargo no lo era en absoluto. Había innumerables sitios donde ocultarse, como Bert Stebbings y yo sabíamos muy bien. De modo que no vi a Laura ni a mis hermanos hasta que el largo crepúsculo hubo caído. Cuando éstos aparecieron por la puerta de la cocina, tambaleándose, ambos sangraban por la boca y por la nariz.

—Ya os habéis vuelto a pelear, malditos estúpidos —gritó mi padre, poniéndose en pie de un salto y arrojando al suelo la enciclopedia—. Un día de éstos os mataréis el uno al otro.

—No pienso soportarlo más —gritó Barry, alargando el brazo por encima de la escurridera y haciéndose con un cuchillo.

Tom forcejeó con él e intentó hacerle caer. Ambos maldecían con violencia mientras luchaban cuerpo a cuerpo. Barry hizo como que iba a separarse de Tom cortando sin contemplaciones. No llevaban nada encima y la arena caía de sus

cuerpos sudorosos a medida que se asestaban golpes. Mi padre y yo saltamos hacia adelante. Yo deje escapar un grito Mi padre, gracias a su corpulencia, consiguió finalmente quitarles el cuchillo. Ambos cayeron de espaldas sobre el fregadero, incapaz cada uno de librarse del otro, con la carne que los une estirada por la tirantez.

En cuanto se calmaron un poco, pregunté dónde estaba Laura. Casi doy pie a otra pelea. Tom, con el rostro muy pálido, pareció acometido de una especie de furia glacial.

—No puedo hacer ni decir nada con este loco a mi lado —dijo—. No hay manera de hablar con ella o de tocarla sin que él interfiera.

—Es él, que quiere monopolizar su atención —gritó Barry—. ¿Qué queréis que haga yo? Se ha ido en la última barca de Bert. ¡Oh, quisiera estar muerto, quisiera estar muerto, más aún de lo que deseo que este parásito malnacido se muera!

Los tendones y la piel que compartían se retorcían al apartar cada uno al otro tanto como le era posible. En su frenesí por desgarrarse de su hermano, Barry se golpeaba la cabeza con la cabeza durmiente que sus hombros soportaban.

—¿Va a volver? —pregunté.

—¿Para qué? —gritó Tom—. ¿Para que este abusón no deje de fastidiarla y amenazarla? —dijo, y comenzó a llorar de rabia.

Furioso como siempre por aquellos altercados, mi padre les gritó que dejaran de pelearse. En cuanto a mí, me sentía totalmente desilusionada. Había abrigado esperanzas de que Laura se quedase y ayudase a mis hermanos a ser más normales. Y me habría hecho compañía. Una sensación de abatimiento se apoderó de mí y les ordené que se fueran a la cama.

Mientras les veía subir por las escaleras sin dejar de forcejear y reflexionaba sobre su perpetua enemistad y sobre la general indiferencia de mi padre, deseé que no hubieran vuelto nunca. Quería que Bert se casara conmigo y me sacara de allí. Me quedé paralizada, de pie en el centro de la habitación, deseando estar a miles de kilómetros.

Mi padre dejó el cuchillo sobre la mesa, se instaló de nuevo y siguió buscando en la enciclopedia de ornitología.

—Botulismo. De eso se trata, Robbie —dijo—. Eso es lo que está acabando con los ánades.

Acarició el pato muerto que yacía junto a su mano.

—¡Ojalá acabase con todos nosotros!

Salí a escape y eché a correr por las dunas.

Tras la visita de Laura dio comienzo la última fase de la lucha de mis hermanos. Cuando volví a casa y subí sin hacer ruido para meterme en la cama, les oí discutir e increparse en su habitación. Llegó un momento en que el alboroto se hizo tan furibundo que salí al pasillo y me acerqué a la puerta de su dormitorio. Naturalmente,

mi padre durmió todo el rato, soñando plácidamente en los ánades que morían en las marismas, estoy segura.

Mis hermanos se hallaban enfrascados en una disputa corriente cuyos detalles prefiero no repetir. Tom quería ir a buscar a Laura. Barry le acusaba de ser un acaparador y se negaba a abandonar L'Estrange Head; decía que podían dedicarse a violar a las visitantes que vinieran a ver a los pájaros. Se imputaron otras acusaciones mutuas provenientes de riñas atrasadas y no resueltas. Combustible no les faltaba.

Estaba a punto de volver sigilosamente a mi habitación cuando se enzarzaron en otra pelea.

—¡Anda, ven a que te parta el espinazo, cobardica! —gritaba ya Barry.

Oí abrirse la ventana de par en par y después un forcejeo. Entré apresuradamente, justo a tiempo para ver al extraño ser tricéfalo saltar desde la ventana. Corrí para mirar hacia afuera y les vi ponerse en pie. Dándose patadas y puñetazos, mordiéndose en los hombros, en las mandíbulas, se adentraron en la oscuridad.

Les llamé. No me hicieron caso. Volví a la cama.

Al día siguiente, aquel implacable antagonismo persistía. Aparecieron a media mañana, peleándose por comer e impedir comer al otro. Rompieron una silla y comenzaron a golpearse con trozos de la misma. Por primera vez no supe de dónde sacar fuerzas para ser paciente. Salieron corriendo como un animal enloquecido, luchando consigo mismo hasta la muerte. En adelante no volvieron a entrar en la casa. Se habían hecho salvajes.

La ola de calor perduró; crepúsculos de cielos inflamados sucedían a días perfectos. A última hora de la tarde, cuando ya no quedaban visitantes, me bañaba en Compton Water, disfrutando de la última y plácida luz que bañaba el cielo de poniente. Los patos seguían muriendo, y no sólo los patos: mi padre amontonaba con obstinación gaviotas, gansos del Canadá, cisnes y agachadizas. El agua de las charcas, de la zanjas y del lago había adquirido un color verdoso y se había espesado debido a las algas. En su superficie flotaban peces muertos. El hedor se extendió por todo L'Estrange Head.

Por las noches me despertaba al oír gritar y maldecir a mis hermanos, por los alrededores, a veces cerca, a veces más lejos. Durante el día, cuando el calor aumentaba, los veía correr a través de las dunas con aquella manera única que tenían de hacerlo, en una carrera de resistencia de su propia concepción. Endurecí mi corazón con respecto a ellos.

Un funcionario del National Trust vino a examinar la situación en que se hallaba la fauna salvaje del lugar. La sequía había alterado por completo el equilibrio natural del mismo. En el limo en descomposición del fondo de los estanques y zanjas que se habían secado, había brotado una variedad de bacteria que producía botulismo, enfermedad que atacaba el sistema nervioso de las aves. Las muertes aumentaban día

a día. Mi padre cavó fosas entre las dunas y enterró a las víctimas: colimbos, patos y gaviotas.

Con el calor, la general atmósfera de muerte y la desaparición de mis hermanos, la vida quedó en suspenso. Todo esperaba.

El único hecho que alteró la inmovilidad de nuestros días fue la llegada de dos funcionarios del National Trust que acudieron para ayudarnos a salvar parte de la fauna afectada. Mi padre y yo trabajamos con ellos día tras día. Empujando una carretilla a través de la hierba ondulante, nos abrimos camino hasta Great Aster, la marisma que limitaba L'Estrange Head por su parte oriental. Visitamos también el lago de Norton, nuestra única reserva de agua dulce, que estaba comunicado mediante diques con Deepdale Marsh, situado tierra adentro, de donde le llegaba agua fresca. Con las salicarias en flor que crecían a lo largo de sus orillas, ofrecía un aspecto maravilloso. Pero estaba contaminado. En la superficie había peces muertos flotando panza arriba. Cuando removimos el fondo, éste despidió una emanación sulfurosa.

Recogimos dos gaviotas reidoras, un colimbo grande y un cormorán que estaba demasiado débil como para escapar de nosotros. Todos ellos habían sido atacados por el botulismo tipo C. El cormorán tenía el cuello tan débil que ni siquiera podía alzar la cabeza. Algunas de aquellas pobres aves se recuperarían en cuanto fueran trasladadas a aguas sin contaminar.

A veces levantaba la vista de nuestra faena y veía a mis hermanos observándonos a cierta distancia. El paisaje entero temblaba con el calor que ascendía de la tierra: resultaba difícil convencerse de que estaban allí. Mientras trabajábamos a lo largo del margen meridional de nuestro reducido campo de acción, siguiendo Little Ramsey y Great Ramsey en dirección hacia Overy Mussel Strand y Great Aster, yo solía mirar tierra adentro y veía la veta plateada que formaba el tráfico de los veraneantes circulando por la sinuosa carretera de la costa, y me daba cuenta de lo aislados que estábamos.

Mi padre apenas hablaba desde el amanecer hasta la puesta de sol. Se le partía el corazón de ver morir a sus queridos pájaros. Y mientras las aves morían, otros animales medraban con la sequía. Vimos serpientes por primera vez en L'Estrange Head y por todas partes se veía correr a las lagartijas, unos animalitos muy nerviosos que me parecieron una preciosidad. Tuvimos también una plaga muy molesta de mariquitas que, copulando por cientos, invadieron toda la casa, llegando incluso a meterse en las camas, en la comida y en la ropa, inundándolo todo como sangre fresca.

El sol achicharró a mis infortunados hermanos hasta dejarles la piel negra. Estaban matándose de hambre el uno al otro, agotándose, consumiéndose mutuamente, indiferentes a las consecuencias. Temí que llegaran a devorar los restos

de algún pájaro enfermo. Tenían aterrorizados a los visitantes.

Un periodista de Londres que iba a Blakeney a pasar el fin de semana envió a su periódico un artículo que apareció con el título de *Un minotauro en el refugio ornitológico*. Naturalmente, aquello nos proporcionó una barcada especial de turistas, pero mi padre los ahuyentó disparando al aire con el rifle. Era casi tan raro como sus hijos.

Nuestro pequeño mundo aislado hedía a muerte. En la cocina colgué ramilletes de acelga silvestre y de ajeno, que despide un olor fuerte y acre. Por la noche cerraba las puertas con llave. Mis hermanos acudían a mi ventana y comenzaban a gritar: alabanzas, ruegos, obscenidades... No podía soportarlo. Me fui en la barca de Bert Stebbings y me quedé en Deepdale Staithe, en casa de mi tía. Pero no tenía sitio allí y volví a L'Estrange Head a última hora de la tarde siguiente.

Bert me trajo de vuelta en su barca. A las nueve de la noche avanzábamos por el Paso. L'Estrange Head estaba desierto de visitantes. Su desnuda superficie se extendía plácida bajo el último sol. Veía ya las ruinas de la abadía y nuestra casa frente a ellas, con una luz encendida en la cocina, donde mi padre estaría leyendo o disecando algún pájaro muerto. Por vez primera la soledad del lugar se me hizo hostil.

Mis hermanos oyeron el ruido del motor de la barca cuando rodeamos una de las puntas de Cockle Bight. Entraron en el agua corriendo hacia nosotros como un animal cuadrúpedo, empuñando cada uno un palo en su mano exterior, blandiéndolos, gritando, insultándonos a Bert y a mí.

—Están totalmente chiflados, Robbie, amor mío. No pienso dejarte aquí con ellos —dijo Bert, y les gritó para que se controlaran.

Ellos se detuvieron y se quedaron mirándonos a través de las oscuras aguas. El faro de Deeping Sands comenzó a emitir su fugaz destello hacia el mar. Por primera vez en mi vida tenía miedo de mis propios hermanos. Ya no eran mis hermanos. Se habían convertido en algo... Elemental, quizá sea la palabra.

—Ven a casa conmigo, Robbie —dijo Bert, y desembragó el motor.

Era eso lo que yo quería oírle decir. Tom intentó avanzar hacia la barca. Al mismo tiempo, Barry levantó su brazo derecho, el que quedaba junto al cuerpo de su hermano, y lo apoyo en la nuca de Tom para echarle la cabeza hacia adelante. De todas las canalladas que se habían hecho mutuamente, aquélla era una que, estoy segura, nunca habían podido hacerle a causa de la tirantez de los ligamentos que los unían.

Tom dio una patada a Barry en las piernas y una nueva pelea dio comienzo. Vociferando, cayeron en las agitadas aguas. Desaparecieron, aunque las violentas salpicaduras que levantaban indicaban su situación.

—¡Oh, rápido, Bert!

Sin pronunciar palabra, Bert embragó y la barca salió impulsada hacia adelante. Bert la hizo describir una curva, paro el motor, echó el ancla y saltó por la borda, todo con la rapidez de movimientos que da la práctica. Yo salté tras él. El agua me llegaba casi hasta las caderas.

Bert se echó sobre mis hermanos y comenzó a tirar de ellos. Apareció la cabeza de Tom, rebosando agua y boqueando en pos de aire que respirar. Después surgió la de Barry y también la tercera cabeza. Pero Tom agarró a ésta por el cabello y volvió a hundir a ambos. Bert le sujetó por el cuello y le forzó a salir a la superficie.

Entre Bert y yo les arrastramos como pudimos hasta la playa y los tendimos sobre la arena. Tom seguía revolviéndose, tosiendo y maldiciendo, pero Barry ni siquiera tenía fuerzas para eso. Le hicimos masajes en los pulmones pero sólo gimió un poco. Estaba inconsciente y tenía el rostro lívido. De pronto se había hecho oscuro y hacía frío.

—Tiene muy mal aspecto —dijo Bert, mirándome con expresión alarmada—. Será mejor que le llevemos a la clínica de la doctora Collins.

Mientras Bert me decía esto, Barry gimió más fuerte y se agitó entre convulsiones. Se incorporó y comenzó a emitir sonidos guturales tratando de respirar. Tenía la cara descompuesta y el cuello rígido. En su agonía, comenzó a agitar los brazos frente a Tom.

—¡Rápido, es el corazón! —gritó Tom, llevándose una mano al suyo.

Bert y yo nos pusimos en pie. El cielo se oscurecía y la noche caía sobre las marismas. Barry seguía profiriendo unos ruidos horribles y tanto su cara como la otra, retorcidas de dolor, se habían amoratado.

—¡Es un infarto! —dije—. Será mejor no moverlos, Bert. Voy a buscar a papá. Tú coge la barca y trae a la doctora Collins tan rápido como puedas. Díselo a mi tía. Mira, pídele que telefonee a Henry Couling, el abogado. Ella tiene su número. Tal vez le necesitemos.

—¡No nos dejéis solos! —gritó Tom.

Yo había adoptado de repente una actitud práctica y fría. Sin esperar a que Bert se hubiera puesto en marcha, le dije a Tom que se quedara muy quieto y eché a correr a través de las dunas en busca de mi padre.

El resto de lo que sucedió aquella noche es mejor no explicarlo con detalle. Cuando el ataque de Barry hubo pasado, mi padre y yo le llevamos a casa con la ayuda de Tom. Los arropamos con unas mantas. Era preferible no intentar subir las escaleras. Barry había caído en un profundo sueño y parecía más muerto que vivo. Tenía el rostro encarnado, y lo mismo le sucedía a la otra cabeza. Tom se quejaba también de fuertes dolores, lo cual poco tenía de sorprendente dado que sus sistemas circulatorios estaban comunicados. Jadeaba, sudaba mucho y estaba completamente aterrorizado. Cuando le lavé la cabeza y los hombros, una costra de suciedad se

desprendió de ambos.

Bert llegó con la doctora Collins durante la bajamar del amanecer, cuando el mundo que nos rodeaba había adquirido olor nuevamente. Era imposible avanzar por el Paso en un bote pequeño mientras la marea subía.

Todo el mundo le tenía mucho aprecio a la doctora Collins, principalmente porque parecía tener dieciséis años de edad y poseía el vigor de un caballo de tiro. Era una mujer de cabello corto, pulcra y menuda. Examinó a mis dos hermanos y acto seguido les puso una inyección que los dejó dormidos. Su diagnóstico fue que Barry había sufrido una trombosis. Había que trasladarlos de inmediato al hospital de Holt.

Nadie discutía con la doctora Collins.

Mi padre abandonó por una vez su ensimismamiento y se hizo cargo de las cosas. Llevamos a Tom y Barry hasta Deepdale Staithe en la barca de Bert y una vez allí, la doctora Collins telefoneó para que enviaran una ambulancia. Antes de que ésta llegara, Barry sufrió otro violento ataque. Los dos estaban en muy mal estado. El sofocante calor que reinaba no favorecía en nada las cosas.

De camino al hospital, Barry fue víctima de un tercer ataque y murió.

6

Declaraciones de la doctora Alyson Collins

Roberta Howe me ha pedido que escriba unas líneas sobre sus hermanos y, naturalmente, estoy muy contenta de poder hacerlo. Los hermanos Howe son tan célebres en la literatura de teratología como puedan serlo los hermanos siameses originales. Sin embargo, mi intención es que esto sea una crónica personal, no un informe médico.

El odio fraternal que existía entre Tom y Barry se veía aumentado por su inseparabilidad. En carácter eran totalmente diferentes, y ambos estaban dominados por una relación padre-hijo que había llegado a deteriorarse considerablemente. Dicha situación promovía en el caso de Tom una pasividad de carácter neurótico. En circunstancias ordinarias y enfrentado a una situación de rivalidad, Tom habría optado por la sumisión por retraimiento, pero al estar indefectiblemente ligado a su agresivo hermano no tenía posibilidad de retraerse y se hallaba por tanto en un estado de ansiedad perpetua en el que su capacidad de agresión se veía superada en todo momento. Lo cual no implica que no fuera él a menudo el agresor; tal como afirman los psicoterapeutas, la paciencia tiene un límite, y Tom, movido por la histeria, atacaba con frecuencia a Barry, el hermano dominante.

Cuando se habla de los hermanos Howe, el papel de villano se le atribuye generalmente a Barry. Yo no estoy tan segura de que esto fuera así. Ciertamente es que era agresivo, pero dudo de que hubiera atraído la atención a este respecto en caso de haber sido libre de seguir su propio curso. En su intento por controlar a Tom hay cierta evidencia de neurosis obsesiva, pero esto no tiene nada de extraño si tenemos en cuenta que nunca tuvo oportunidad de actuar según su libre albedrío.

Tanto Tom como Barry presentaban cocientes de ansiedad elevados. Durante su infancia y también posteriormente fueron examinados por los expertos, a intervalos irregulares. Después de estos exámenes, sufrían traumáticos arrebatos de actividad que se caracterizaban por su violencia. Ello sugiere la existencia de temores encubiertos con respecto a la separación, suceso igualmente traumático a causa del cual se habrían visto obligados a abrirse camino en la vida individualmente, sin el apoyo acostumbrado, solos en un mundo que ya había demostrado con creces la insuficiencia del amor paternal.

Su meteórica ascensión a la condición de estrellas del *pop* intensificó su oculto temor a sentirse inútiles por separado; al mismo tiempo, los celos hacían intolerable la constante proximidad a que se veían sometidos. Las tensiones resultantes de todo ello los destruyeron.

Mi opinión es que el elevado grado de ansiedad que constantemente experimentaban produjo un nivel de colesterol en la corriente sanguínea que aceleró

el estrechamiento de las arterias del corazón, provocando así la formación de coágulos que a su vez condujeron a los sucesivos infartos. Dado que los hermanos Howe poseían un sistema circulatorio común, el que fuera Barry y no Tom quien sufriera la trombosis fue una pura cuestión de accidente.

Tuvimos suerte de que Sir Allardyce Stevens, cuyos trabajos en materia de corazones artificiales y marcapasos son de sobra conocidos, resultara hallarse en el hospital Holt cuando los Howe llegaron. Sir Allardyce estaba asistiendo a un simposio y ya había tenido ocasión de examinar a los hermanos durante la época en que éstos obtenían éxito tras éxito como los Bang-Bang. Se hizo cargo del caso inmediatamente.

Para entonces Barry Howe ya estaba muerto; es decir, su corazón meramente fibrilaba en respuesta al corazón de Tom. Éste había respondido con ataques de histeria a las conmociones que su sistema circulatorio había sufrido. El enfermero que le acompañaba en la ambulancia, el señor V. S. Porter, le había administrado un sedante y Tom seguía inconsciente cuando el doble cuerpo fue introducido en el quirófano.

El examen de Sir Allardyce reveló un infarto grave en el ventrículo derecho, con necrosis del tejido celular en dicho punto y en la vena cava superior adyacente. El lego debe saber que este examen comprendió una intervención quirúrgica a corazón abierto en la que se empleó cateterización cardíaca. En otras palabras, antes de que Sir Allardyce decidiera que era necesario realizar un trasplante de corazón ya se habían llevado a cabo los preliminares del mismo. Explico esto porque dicha decisión ha sido bastante criticada, principalmente gracias a la prensa no especializada y mal informada al respecto. La decisión era un pequeño paso más, e inevitable si se pretendía que los Howe sobrevivieran. Ningún otro cirujano competente que se hubiera encontrado en la posición de Sir Allardyce habría decidido otra cosa.

Se disponía de una PCA (prótesis cardíaca autopropulsada) cuyos datos específicos se adaptaban perfectamente a las necesidades del caso. Fue implantado en lugar del órgano defectuoso y la operación discurrió sin el menor tropiezo.

La primera vez que vi a los hermanos Howe me sentí conmovida. Eran dos jóvenes muy guapos. Fue una mala jugada del destino el que no llegaron a separarse por completo en el útero materno. Dada su condición, no debió haberse procurado su supervivencia. Tal es mi opinión profesional. Soy consciente de que existen ciertas consideraciones morales, pero sé también que los médicos tienen una vena natural de curiosidad y que, dados los maravillosos accesorios con que actualmente cuenta su profesión, a veces se ven tentados de prolongar la vida para ver qué ocurrirá, sin considerar el daño que pueda infligirse a los supervivientes. A este respecto no son mucho mejores que Victor Frankenstein dando vida a un ser sin llegar a pensar en lo que podía suceder a continuación.

Sir Allardyce reparaba un ejemplo de desconsideración con otro de la misma naturaleza. Era un cirujano brillante, en cuyo camino se había cruzado una brillante oportunidad; no es de extrañar que la aprovechase.

Yo fui con los Howe en la ambulancia desde Deeping Staithe hasta Holt, y estuve presente durante la «muerte» de Barry. Mis propios pacientes me esperaban en Deepdale Norton y dado que mi presencia en el hospital no era de ninguna utilidad, volví allí tan pronto como pude. Sin embargo, era tal mi interés en el caso que fui de nuevo a Holt cuanto terminé la consulta. La hermana Carrisbroke me condujo a la UVI... y allí estaban los Howe, con Tom cómodamente recostado en un cuadrante y tomando una sopa.

Barry yacía junto a él, sobre el colchón de la cama articulada. Tenía los ojos cerrados y la tez manchada de pústulas y pálida en comparación con el saludable color que ofrecía la de Tom. La otra cabeza se apoyaba silenciosa en la de Barry. Éste respiraba con normalidad. Tom estaba muy animado. Como tantas otras veces en este tipo de intervenciones, se había recuperado a una velocidad impresionante. Cuando volví otra vez a Deepdale Norton, Roberta Howe vino conmigo en el coche. Pasó la noche en Deepdale Staithe, en casa de su tía. Estaba cansada pero animada a la vez.

—Nunca he visto a Tom tan relajado y contento —me dijo.

Yo no estaba dispuesta a estropearle su felicidad recordándole que la eterna lucha fraternal se reanudaría en cuanto Barry recobrará el conocimiento. En casa de su tía le esperaba un mensaje del señor Couling, el abogado de la empresa de espectáculos que había contratado a sus hermanos, según lo cual dicha empresa no tardaría en proporcionarles ayuda económica. Así pues, dejé a Roberta en un estado de aliviada relajación.

Durante los días siguientes, los medios de comunicación formaron ampliamente de la intervención y la imagen de los Bang-Bang volvió a circular de nuevo. Entonces, una tarde, mientras me hallaba en la consulta, la hermana Carrisbroke me telefoneó. Tenía noticias alarmantes: Barry no había recobrado el sentido. A pesar de su nuevo corazón, seguía muerto.

La continua expansión de las fronteras de la medicina nos ha obligado a alterar nuestras concepciones sobre la muerte en varias ocasiones. Desde los años sesenta, resulta cada vez más difícil definir el punto crítico en el cual puede decirse que la vida se desliza irrecuperablemente hacia la muerte. El poeta jacobino se acercó a la verdad cuando dijo: «Más de diez mil puertas tiene la Muerte para que los hombres crucen el umbral».

Después de la consulta, cogí el coche y recorrí las diecinueve millas que me separaban de Holt. Los médicos rara vez piensan en la muerte; durante aquel trayecto tuve que forzarme a no hacerlo.

Las maneras profesionales de la hermana Carrisbroke me tranquilizaron.

Las células del cerebro sufren un rápido deterioro una vez que se interrumpe su provisión de oxígeno. A la media hora de haber cesado la oxigenación, dicho deterioro comienza a hacerse irreversible. Durante las horas siguientes a la trombosis de Barry en Cockle Bight, el corazón de Tom había tenido que soportar una carga doble para que los dos cuerpos sobrevivieran. En términos de trabajo real, había tenido que bombear setecientos litros de sangre cada hora y hacer que tan pesado fluido circulase sin interrupción a través del equivalente a ciento veinte mil millas de venas, arterias y capilares. No había logrado proporcionarle circulación suficiente al cerebro de Barry; para ser más precisos, al neocórtex vital, los sectores esencialmente humanos de los hemisferios cerebrales.

Barry vivía físicamente gracias al PCA, pero psíquicamente estaba muerto.

El PCA funcionaba perfectamente, pero no lograría restablecer el tejido cerebral muerto del cráneo central de aquellos tres atormentados cráneos. Ahora, Tom se hallaba emparejado a un cadáver animado.

—¿Y la tercera cabeza? —pregunté a la hermana.

Me miró de reojo.

—El electroencefalograma revela un aumento de la actividad cortical y subcortical de bajo voltaje.

—¿Y eso qué implica? ¿Que se está despertando?

—La cabeza de Barry está eléctricamente muerta —respondió—, pero la tercera cabeza parece estar avanzando hacia un estado de funcionamiento.

—¡Dios mío! ¿Y qué dice Sir Allardyce?

—Ha vuelto a Londres, pero permanece en contacto con nosotros.

—Sólo faltaría, maldita sea. ¿Qué hay de Tom?

—Puesto que no sabe nada de lo último que le he dicho a usted, está contento.

—Emitió una risita aguda—. Cree haber ganado la batalla para estar solo.

Al cabo de tres semanas, los hermanos, de los cuales sólo uno vivía, según la definición clásica, fueron dados de alta. Su devota hermana, Roberta, fue a recogerlos a Holt y se los llevó de vuelta a L'Strange Head.

El último acto de esta historia se representó allí y sólo contamos con la crónica de Roberta de lo que sucedió.

Conclusión a cargo de Roberta Howe

Costaba referirse a ellos como «Tom» simplemente. Al fin y al cabo, Barry seguía estando presente y su cuerpo funcionaba perfectamente gracias al corazón mecánico, el PCA. Había una diferencia, no obstante; una diferencia que en sí todos agradecíamos: Barry ya no peleaba. Era dócil y sumiso... bueno, su cuerpo, debería decir. Aquello supuso tal descanso para Tom que disfrutaba pasándose el día sentado en casa, a resguardo del sol, generalmente en su cuarto, desde donde podía contemplar el mar por encima de las ruinas.

La doctora Collins vino en la barca de Bert para ver cómo se encontraban. No había otra novedad que dar que no fuera tranquilidad. Barry se había ido; no puedo decir muerto porque, aunque fuese la palabra técnicamente correcta, para mí no tenía el menor sentido, con su cuerpo caminando por ahí. Ahora su cabeza pendía hacia adelante y tenía el cuello laxo, como los pájaros atacados de botulismo tipo C, y con frecuencia descansaba plácidamente sobre la tercera cabeza. Para los extraños, Tom y su doble cuerpo ofrecerían sin duda un aspecto impresionante.

Aun contenta como estaba de tener paz, la situación me preocupaba, no voy a negarlo. Al día siguiente de haberlo instalado de nuevo en L'Étrange Head, fui a Deepdale Staithe para ver a tía Hetty e ir de compras. Debido al turismo, el señor Bowes tenía en la tienda muchos más artículos que en invierno, cuando sólo había que proveer a los que vivíamos allí. En un estante de libros rebajados de precio divisé uno titulado *El cerebro al alcance de todos*. Lo compré y me lo llevé a casa para leerlo.

Estuviera o no escrito al alcance de todos, no logré entender la mayor parte. Pero hubo un pasaje que me quedó grabado en la mente:

Un intrincado sistema arterial proporciona el oxígeno necesario a diez mil millones de neuronas. Sistemas similares componen la enorme complejidad del cerebro. No es de extrañar pues que a veces se estropee una conexión, como en un televisor. El cerebro coordina y regula los sistemas musculares del cuerpo, almacena las experiencias de toda una vida y constituye el centro de la conciencia humana. Lo paradójico es que existen ciertos sectores del cerebro cuya función no hemos logrado comprender aún y, en consecuencia, podrían existir determinados tipos de conciencia que todavía desconocemos.

Durante aquella larga tarde, mientras mi padre y yo recorríamos la playa en busca de pájaros enfermos, estuve pensando en los extraños acontecimientos que tienen lugar en el cerebro y preguntándome cómo podía haber llegado a suceder todo

aquello. Y esa noche, Tom tuvo el primero de sus tres sueños.

Bueno, yo lo digo así, pero más tarde recordé que durante la noche anterior —la primera noche que pasó con nosotros después de su estancia en el hospital—, de madrugada, Tom había dejado escapar un grito; yo lo había oído, pero después me había vuelto a dormir. En esta ocasión, eran cerca de las tres cuando comenzó a gritar. Era como una exclamación ahogada que fue creciendo paulatinamente de volumen. Nunca había oído nada semejante. Antes casi de haber despertado por completo, yo había saltado ya de la cama y corría hacia su habitación. Pasé como una exhalación frente a la puerta del cuarto de mi padre y entré en el de Tom.

Hacía un calor sofocante. La ventana estaba abierta, pero no corría una pizca de viento. Faltaban tan sólo dos días para la luna llena y su luz bañaba la habitación. Afuera, más allá de las dunas, brillaba el mar. Al mirar hacia la cama vi que el brazo de Barry estaba sobre el cuello de Tom. Fue retirado al acercarme yo, deslizándose rápidamente bajo la sábana.

Acaricié a Tom en la frente y le conforté hasta que se despertó del todo. Rompió en largos y profundos sollozos que convulsionaban su cuerpo. Me senté junto a la cama y le susurré palabras apaciguadoras, alegrándome de poder ayudar un poco. El rostro de Barry descansaba sobre la almohada. Era el de un hombre profundamente dormido: inexpresivo, pero difícilmente lo que yo llamaría muerto, dijeran lo que dijeren los médicos.

Mientras Tom se calmaba, advertí que los ojos de la otra cabeza estaban ligeramente abiertos. Había bajo los pesados párpados un brillo como de líquido. Aventurándome mucho, alargué el brazo y puse sobre ellos la mano derecha. En las yemas de los dedos noté un claro temblor.

Aquello me aterrorizó. Dando un grito, salí corriendo de la habitación y volví a la mía. Estaba de pie junto a mi cama, temblando, cuando oí que Tom me llamaba. Fui hasta la puerta y escruté la oscuridad del rellano.

—¿Tom? ¿Estás bien?

—Ven a verme, por favor, Robbie. He tenido un sueño horrible.

Naturalmente, me armé de valor y volví con él. Se había incorporado un poco, con lo que las otras dos cabezas se apoyaban una sobre otra como dos bolos, medio ocultas por las sábanas.

Le cogí la mano. Nos quedamos mirándonos mutuamente a la tibia luz de la luna. Tenía el rostro perlado de sudor.

Una curiosa impresión se adueñó de mi mente: la de que aquello era un sueño y yo seguía estando en mi cama. En aquel instante —creo que fue sólo un instante—, los ruidos y el silencio, la luz y la oscuridad, me parecieron más producto de una mente dormida que de la realidad. Entonces Tom dijo:

—Tengo que explicarte mi sueño.

Y la impresión desapareció.

Le sugerí que bajásemos a la cocina y tomásemos una taza de té. En tanto que él se ponía los tejanos, vi que el cuerpo de Barry ya los llevaba puestos; Tom no se había molestado en quitárselos. El doble cuerpo bajó las escaleras detrás de mí. Una vez abajo, al encender la luz, miré temerosa hacia la tercera cabeza, pero ésta no dio señal alguna de inteligencia.

Mientras bebíamos el té, Tom relató su sueño, interrumpido aquí y allá por algún que otro comentario mío.

—En el hospital me daban sedantes cada noche. Hoy ha sido distinto. Abre la puerta y deja que entre un poco de aire, Robbie. No hay nadie afuera que pueda hacernos daño. Bueno, el sueño. Era tan macabro, tan hilvanado... No era como un sueño ordinario...

»Yo estaba en un bosque y llovía. Era una lluvia lenta, espesa. Debía de llevar cayendo mucho tiempo, porque el suelo del bosque estaba inundado. Una intensa corriente tiraba de mis pies haciendo difícil el avance. No veía nada delante de mí. Avanzando a trompicones me golpeaba una y otra vez contra los troncos de los árboles. Crecían tan juntos que mis hombros acabaron por magullarse con tanto golpe. Llevaba recorrido un largo trecho. Todas las ramas altas de los árboles estaban entrelazadas. Reinaba la oscuridad y sin embargo, ya sabes que estas paradojas ocurren en los sueños, todo brillaba como si estuviera iluminado por una luz interna.

»Debido a otra paradoja que entonces parecía natural, yo no era yo, sino un caballo o algún otro animal de cuatro patas, no estoy seguro de cuál. Quizá un burro, una bestia de carga, porque iba cargado y por lo tanto mis movimientos eran torpes. Y trataba de huir de alguien a quien odiaba. Esa urgencia me impelía a través de aquel abominable bosque. Ese alguien de quien yo quería huir me ayudaba a escapar. Montaba a lomos míos en una gran silla adornada con mantas y ristras de joyas.

»Con una fusta negra me azotaba. Me salía sangre a borbotones. Eran como rubíes, sólidos, relucientes, y al caer al suelo repiqueteaban, sí, repiqueteaban sobre un suelo seco y empedrado. No sé decir en qué se relacionaba aquel suelo con el resto de mí, pues yo parecía seguir hallándome en la inundación y mis dificultades aumentaban. Cuando bajé la vista, vi que el agua se había retirado, dejando en su lugar una alfombra de espeso fango. Vi que metía mis pezuñas en las bocas abiertas de enormes sapos. Por más que intentara evitarlos, mis pezuñas se hundían en sus bocas, clavándolos en el suelo por la garganta.

»Mi angustia era tal que comenzaba a gritar en sueños. Me agité, pero no pude darme la vuelta porque junto a mí había otra bestia grande y maciza. Era más bien como una especie de momia o de gusano gigante, algo como un cadáver amortajado. Pero aun así, era como si ambos galopásemos a gran velocidad. Yo no lograba dejar atrás a la momia, que iba montada por un chimpancé.

»Describiéndolo así, el sueño parece una absurda sucesión de visiones extrañas. Pero era todo una misma situación, inmediatamente comprendida, prolongándose eternamente. Suponiendo que haya vida después de la muerte, si se nos pudiera describir la nuestra podría ser que nos viéramos forzados a narrarla de forma similar. Quiero decir que quizá no seríamos capaces de describirla de otra forma que no fuera enumerando la lista de los hechos que la componen, como un pescador que ve el río sólo en términos de la pesca que contiene. Sin embargo, mi sueño era sobre el río; no era sobre alguno de los episodios que he descrito, sino sobre otra cosa realmente distinta. No; lo digo mal...

Tom dio un sorbo al té y comenzó de nuevo.

—Yo era consciente de que, hiciera lo que hiciese, en realidad estaba haciendo otra cosa. Y sé que suena confuso, pero a veces, en los sueños, un estado de confusión acaba adquiriendo una maravillosa claridad.

—Quizá sólo estuvieses medio dormido —sugerí.

—Quizá nunca estamos más que medio despiertos... De cualquier forma, ahora parecía como si yo ya no fuera un caballo y no lo hubiera sido nunca. Ahora iba a lomos de uno. Era una preciosa yegua blanca, y su balanceo a través del bosque me era muy agradable. Pero seguía teniendo que cargar con aquel gran gusano amortajado. Los árboles pasaban junto a mí como relámpagos; era peligroso permanecer entre ellos. Sus troncos, observé, estaban profusamente tallados.

»Ahora los árboles crecían más espaciados. Me armé de valor. Cuando por fin los dejamos atrás, levanté al gran gusano en mis brazos, lo alcé por encima de mi cabeza y lo arrojé lejos. Hasta el mismo instante de separarme de él, no había sentido el menor interés por su naturaleza. Al librarme de él, en cambio, sentí una abrumadora curiosidad por saber qué era.

»¿Te ha pasado alguna vez el estar con un amigo y no encontrar en absoluto qué decirle y de repente, en cuanto se ha marchado, se te ocurren una docena de cosas importantes que querías hablar? Estando de gira por el norte, conocí a un viejo que me explicó que se había casado con una mujer de la que estaba locamente enamorado. Su matrimonio fue mal desde el principio. Odiaba a su mujer y quería matarla porque había frustrado todas sus esperanzas y le había destrozado el corazón, y se divorciaron. En cuanto fue libre de nuevo, me dijo que su odio desapareció en el acto y no hacía más que ansiar que su mujer volviese; la amaba aún más que antes y nunca pudo mirar a otra mujer. Bien, un cambio de sentimientos igualmente brusco tuvo lugar en mi interior al arrojar al gusano, o lo que fuese, lejos de mí.

»El fardo se abrió mientras caía y vi la cara de un niño, de un bebé, una cara de mejillas sonrosadas que me miraba sonriendo, ajena por completo a cualquier expectativa de desastre. Entonces cayó en el fango y se hundió de inmediato, confiado y sonriente todavía. Hasta el último momento, hasta que su cara fue

finalmente succionada, me sonrió sin la menor sombra de reproche.

»Volví a experimentar una división de sentimientos. Parte de mí siguió cabalgando, altiva y feliz de verse libre. En mi otra mitad se impuso la aflicción. Mi interior fue presa de profundos sollozos que brotaron de mi boca, de mi nariz y de mis ojos y cayeron en forma de una lluvia de diamantes que al llegar al suelo repiquetearon como mi sangre había hecho anteriormente. Mi propio llanto me despertó.

Permaneció callado durante un rato con la cabeza entre las manos, de tal forma que me vi enfrentada a tres cabezas en reverencia.

—Era como si todo lo que tenía mi cuerpo de bueno y valioso me abandonase —dijo.

Le así la mano con fuerza y nos quedamos sentados en silencio. La luz cenicienta del amanecer penetraba lentamente en la habitación.

Cuando Bert trajo al primer grupo de turistas y observadores de pájaros a Cockle Bight, yo estaba allí esperándole. Una vez me hubo llevado a tierra, tomé prestada su bicicleta y me dirigí al consultorio de la doctora Collins, en Deepdale Norton.

La doctora me hizo pasar a su despacho y se puso a preparar café para las dos mientras yo le confiaba mis pesares. Llegué incluso a decirle que la tercera cabeza había abierto los ojos.

—No tienes por qué asustarte —dijo—. No es nada sobrenatural. —Pero desvió la mirada con un parpadeo, como si también se sintiera alarmada.

—Si realmente Barry está muerto, si sólo es el PCA lo que impide que su cuerpo... que su cuerpo se pudra, ¿no podría el cirujano llevar a cabo la operación y dejar libre a Tom? —pregunté. Y en el silencio subsiguiente, añadí—: Ya sé que es una operación peligrosa.

—Estoy segura de que Sir Allardyce ha pensado ya en esa posibilidad —dijo la doctora Collins—. Mira, voy a telefonarle. Tengo el número de su casa de Harley Street; siéntate, Robbie.

Sir Allardyce había salido. Tenía que volver a las doce y media para atender cualquier posible mensaje que hubiera llegado en su ausencia y después salía para Milán, donde debía asistir a una conferencia. Su secretaria prometió que Allardyce llamaría a las doce y media.

Así pues, me dediqué a matar el tiempo. Fui a ver a mi tía Hetty, me tomé una copa y un bocadillo con Bert en el *pub* y a las doce y media volví al consultorio.

La llamada llegó a la una menos diez. Sir Allardyce ya había considerado el tema y lo estaba consultando con sus colegas. Me aseguró que seguía teniendo muy presente el caso. Escuché todo esto en silencio antes de interrumpir, atendiendo al rostro de Sir Allardyce mientras me hablaba desde la pantalla. Luego le dije que era urgente, que Tom, arrastrando consigo a un cadáver todo el día, iba camino de sufrir

un ataque de nervios, y que temía que algo malo sucediera si él no se apresuraba a prestarle ayuda.

—Sé exactamente cómo se siente, señorita Howe —respondió—. Pero éste es un caso único y debemos proceder con el debido cuidado. Dimos de alta a su hermano porque no se encontraba a gusto en el hospital, pero en mi opinión sería mejor que le lleváramos a un hospital de Londres para que estuviese bajo observación.

Aquello me pareció juicioso. Dije que acompañaría a Tom allá donde fuera. Sir Allardyce consultó un calendario que yo no podía ver.

—Hoy es miércoles. Estaré de vuelta en Inglaterra el viernes. Haré que mi secretaria se ocupe de que una ambulancia pase a buscar a su hermano el viernes y lo lleve directamente a Londres, ¿le parece bien? Volveremos a llamar y concretaremos todos los detalles con la doctora Collins.

Así quedaron las cosas. Sólo dos noches más y todo estaría en buenas manos. Volví aliviada a L'Étrange Head.

Tom pasó inquieto aquella tarde. Salió a pasear en dirección al lago y volvió poco antes de la puesta de sol. Tras intercambiar unas palabras conmigo, subió a su habitación y estuvo tocando la guitarra durante media hora. *Doble Romeo* fue una de las canciones que interpretó. Luego, silencio.

Le preparé unas salchichas con patatas fritas y se metió a la cama pronto. Mi padre estaba disecando un charrán. Salí a dar un paseo a la luz de la luna por lo que nosotros llamábamos La Pluma, una delicada curva de arena esculpida por el viento, con agua a ambos lados. La noche parecía ilimitada. Ansiaba... ¿no sé qué ansiaba!

Mi padre se había retirado ya cuando volví. Subí las escaleras sin hacer ruido y me detuve ante la puerta del cuarto de Tom. Silencio. Me fui a la cama y me quedé dormida.

Cuando desperté, me encontré incorporada en la cama. Las nubes cubrían la luna y estaba oscuro. Afuera, el eterno rumor de las olas; adentro, los ronquidos de mi padre. Nada más. Me levanté y eché a andar descalza por el pasillo. Algo me empujó a entrar en el dormitorio de Tom.

La penumbra fluctuó al alejarse las nubes de la luna. Vi tres cabezas descansando sobre la almohada. Las tres permanecían inmóviles. Me acerqué. Tom tenía los ojos cerrados. También los de Barry lo estaban. Los ojos de la tercera cabeza se abrieron. Lentamente se volvieron hacia mí. Se abrieron más.

Como si este esfuerzo muscular le provocara una gran fatiga, la boca se abrió de golpe. Nunca que yo supiera lo había hecho. Me pregunté si contendría dientes, pero la débil claridad sólo permitía ver una cavidad oscura. Los ojos brillaron. El efecto general era de imbecilidad. Nos quedamos mirándonos fijamente.

Los sordos latidos de mi corazón me hicieron reaccionar. Poco a poco, sin quitar la vista de aquellos ojos brillantes, bordeé la cama hacia el lado que ocupaba Tom. La

otra cabeza se movió, siguiéndome con la mirada. Mi mano extendida alcanzó el hombro de Tom y lo sacudí, pronunciando su nombre en voz baja.

Murmuró y se movió, pero no logré despertarlo. Entonces, de aquella boca negra y abierta surgió un ruido, una especie de risa, rasposa, seca.

—¡Tom!—grité.

Le di un cachete. Junto a la cama ten un tazón medio lleno de agua. Se lo eché a la cara. Por fin se incorporó.

—Es todo arena —dijo.

—Tom, ¿qué ocurre? —Le apoyé la cabeza en mi pecho y por fin volvió a ser él—. La otra cabeza está viva, Tom, está cobrando vida.

La miramos, pero los ojos volvían estar cerrados y el cuello laxo, en su posición habitual.

—Estaba soñando con ella.

—¿Cómo se llama, Tom? ¿Cómo se llama?

—No tiene nombre —respondió con impaciencia—. Está muerta, igual que Barry.

Se levantó de la cama. Una vez más pude comprobar cuán perfectamente coordinados eran los movimientos del otro cuerpo, ahora controlado por Tom. Pero sentí algo monstruoso con respecto a él.

Tom bajó a la cocina. No tuve más remedio que seguirle. Se estaba lavando la cara.

—Vamos a darnos un baño, Tom.

—Estaba soñando que oía música. Tal vez fuera tu voz en la lejanía. Era un sueño totalmente distinto del de ayer. Era más coherente, como una película en ciertos aspectos. Pero era maléfico, y muy largo.

»Soñaba que era una especie de animal doméstico, quizás una persona, que vivía en una hermosa isla, una isla pequeña, muy parecida a una Inglaterra virgen, con espesuras y claros y pequeños valles, íntimos y acogedores, muy bonitos. En la isla, aparte de mí, no había nadie más que mi amo, que era una especie de alquimista..., vestía ricas túnicas y llevaba una corona, lo cual suena ridículo, pero en el sueño resultaba espléndido. Y su hija, que tenía aproximadamente mi edad y a quien yo amaba con locura. Era una muchacha de cabello largo y dorado y boca risueña, y recuerdo verla danzar sobre la cresta de las olas mientras yo me zambullía una y otra vez como un perro.

»Sucedió toda clase de cosas, cosas mágicas, y todas muy divertidas. Yo era enormemente feliz. También yo sabía hacer prodigios, tales como convertir a los árboles en pájaros, hacer que los peces salieran del agua con un silbido, volar con la muchacha del cabello dorado sobre las colinas y las aldeas, detener al sol en su salida...

»Un día encontré un valle recóndito con una cascada en su extremo más lejano.

Me pareció el lugar más delicioso que había visto nunca y me eché al agua. Creo que la muchacha también estaba, y cuando subíamos cascada arriba, riendo, el alquimista me agarró. Estaba furioso. Nada de lo que yo decía producía el menor efecto en su furia. Me había atrapado y fui arrastrado, como por los lobos, hacia una parte de la isla donde yo no había estado nunca. Era un lugar tenebroso.

»Yo me daba cuenta de que no era una persona ilustre. Viéndome a través de los ojos del alquimista me daba cuenta de que era una especie de animal tosco, una mutación. Mientras me arrastraban por un terreno irregular y rugoso, trataba de gritar y explicar que yo era lo que yo creía ser, no lo que él creía que yo era.

»Mi terror no se debía tanto a aquel horrendo trayecto como a este conflicto de puntos de vista. Porque, en el sueño, yo podía comprender hasta cierto punto su concepto de mí, pero él no podía comprender el mío, y sin embargo el mío era el más cierto. El mío era más profundo. El mío me veía desde dentro. Pero triunfó su opinión, simplemente porque él era más fuerte... despiadadamente fuerte.

»Me llevó junto a un gran árbol sin hojas. Debía de ser un roble. Vi sus ramas extendidas por todo el firmamento como grietas en la bóveda celeste. Tenía en el centro una hendidura reciente que dejaba al descubierto sus entrañas, pálidas, amarillentas relucientes, como las de un conejo destripado. De los bordes de la raja colgaban astillas que le daban la apariencia de unas fauces armadas con feroces dientes. Se abrió aún más cuando el alquimista habló. Su voz era como el trueno. Yo imploraba misericordia.

Tom hizo una pausa y se enjugó el rostro.

—Al explicarte todo esto veo que comienza a sonar como un sueño sobre el temor al castigo tras el acto sexual. Pero en el sueño no era ni mucho menos tan sencillo. Porque yo pertenecía a aquel mago, y había en el sueño una especie de contrapunto respecto a que él, en realidad, no tenía ningún poder, o más bien no podía crear nada bueno, que era la razón de mi deformidad; mientras que yo había creado todos los encantos de la isla. Es difícil de explicar con palabras. Cuando me agarró con su mano y me alzó, arrolló al mismo tiempo a todas las cosas buenas, como si se tratara de los dibujos de una alfombra. Alfombra y yo fuimos arrojados al interior del roble, tras lo cual el alquimista cerró el árbol con una gran llave dorada.

»Fue como si me hubiera transmutado en otra persona. Andaba por un camino con aire bastante aburrido. Ya no estaba en la isla. Tenía conmigo a la alfombra y a la muchacha. Esta caminaba junto a mí, muy degradada. Había estado escribiendo un diario pero lo había escondido y no quería decirme dónde; yo no tenía especial interés en saber dónde estaba el diario, pero su estúpida negativa a hablar de ello me exacerbaba: yo pretendía que entre nosotros hubiera una comunicación sin trabas.

»A causa de este incidente, me adelanté hasta que llegamos a un pueblecito situado en una abrigada cuenca, donde nos rodeó una multitud que cantaba y se

divertía. Por alguna razón, yo menospreciaba a aquella gente, estaba distanciado, aunque cantaba con ellos. Sí, incluso recuerdo la canción... No, he olvidado la melodía, pero recuerdo de qué trataba.

»Era sobre un planeta enteramente cubierto de agua. A través de los siglos el agua cobraba conciencia y finalmente volaba hacia otro sistema solar, dejando tras de sí un mundo de arena donde la marea había desaparecido para siempre. Yo corría sobre la arena dorada, riendo, inmensamente feliz porque volvía a ser libre. Surgían cosas de la arena húmeda y oscura, crecían, giraban sobre sí mismas. Se convertían en enormes y complejos castillos y en personas y... oh, en formas inimaginables. Era asombroso.

»Estas invenciones de mi canción invadían aquel abrigado valle. Nadie les prestaba atención. Todos me abandonaban. No quedaba más que la arena. Había alguien junto a mí, disertando. A mí no me gustaba lo que decía, principalmente porque no podía verle. «Ahora comprendes cómo fue que el océano se hizo inteligente y cobró vida», me decía, enfrascándose en una larga y complicada explicación científica.

»Mientras hablaba, vi que se dirigía a una cabeza que estaba creciendo en la arena. Era más o menos como una cabeza humana, pero al mismo tiempo yo podía ver en su interior. Éste estaba dividido en diversas plantas y habitaciones hechas de arena, de forma bastante parecida a las de una compleja casita de muñecas. De ella manaban pensamientos de arena. Aquellos pensamientos eran tan poderosos que sentí que se estaban adueñando de mí, y en poco tiempo... soy incapaz de expresar el horror que aún siento al decirlo..., todo el universo se estaba convirtiendo en pensamientos de arena seca. Vi que las estrellas que brillaban en el cielo eran granos de arena.

»Yo estaba lleno de aversión. Incluso la luz del sol estaba compuesta por finas partículas de arena que amenazaban con ahogarme. Con un gran esfuerzo, eché a correr para ponerme a salvo. Los granos de arena se clavaban en mi rostro. Incluso correr era doloroso. A mis espaldas, la cabeza crecía más y más; se había convertido virtualmente en un planeta por su propio derecho. Bajé la vista y vi que mis miembros y mi cuerpo también estaban compuestos de arena. Comenzaron a resquebrajarse y a romperse... Casi no me atrevía a despertar por si el sueño se había convertido en realidad.

Permanecimos sentados, inmóviles. Finalmente le pregunté a Tom si le gustaría darse un baño, sólo para convencerse de que estaba perfectamente bien.

—No, déjame. Me quedaré aquí sentado durante un rato y me repondré. Tú vete a la cama, Rob.

Señalé a la otra cabeza.

—Estaba despierta, Tom. Está viva, piensa, y no creo que nos considere amigos

suyos. Supón que se despierta del todo y tú quedas reducido a la inconsciencia...

Tom se levantó con una expresión airada en su rostro.

—Vete a la cama, mujer, y no digas tonterías. Déjame solo. Se me ha venido encima mi vida entera.

—Pero, ¿qué piensas, Tom? ¿No te da miedo? ¿Por qué no quieres hablar de ello?

—No hay nada de qué hablar. Déjame solo.

Su actitud había cambiado tan bruscamente que yo estaba asustada. Subí las escaleras a regañadientes. Mi padre seguía roncando plácidamente; habrían hecho falta las trompetas del juicio final para despertarlo.

Bueno, pensé, sólo queda una noche para que llevemos a Tom donde estará bien atendido.

A la mañana siguiente no estaba en casa. Mi padre me ordenó varias cosas y ya era por la tarde cuando pude salir a buscarlo.

Estaba sentado, con aspecto abatido, a la sombra de un saúco. Parecía el de siempre, pues se disculpó por sus malos modos. Le convencí de que volviera a casa conmigo y le preparé algo de comer.

A medida que el día transcurría estaba cada vez más apático. Yo le observaba cuando no me miraba. La cabeza de Barry estaba caída sobre su pecho; tenía las mejillas ajadas y macilentas. La otra cabeza... ¿no estaba tensa, como si fingiera dormir? ¿No se le había redondeado la cara? ¿No tenía el cabello menos gris, menos marchito?

Me embargaban temores indefinibles; ojalá no ocurra nada esta noche, pensaba, y mañana: la ambulancia, Londres, atención médica.... Todavía no me había atrevido a decirle a Tom lo que habíamos planeado. Si hubiera estado de buen humor, habría hecho lo que yo le hubiera pedido. Y seguro que él quería ser una sola persona, si eso era posible.

Hacia el crepúsculo le convencí de que viniera a bañarse conmigo. Mi padre estaba sentado en su mesa, viéndonos marchar, sonriendo vagamente. Los visitantes se habían ido. Una o dos luces solitarias aparecían a intervalos en la distancia. El agua estaba plana; la superficie se alzaba y descendía como si el mar estuviera aletargado. No rompía una ola. Una neblina plomiza se movía lentamente sobre aquella balsa de aceite, señal de otro día de calor ya en preparación.

Me quité la ropa y me eché al agua. Tom entró despacio. Al zambullirse, las otras cabezas se alzaron y los miembros de Barry comenzaron a realizar movimientos natatorios como si estuviera vivo. Sólo el brazo exterior de cada uno se movía, forma de nadar que habían adoptado tiempo atrás.

No estuvimos mucho rato en el agua. Por encima de nosotros, en el cielo, brillaba la luna llena, la luna de la cosecha.

—Creo que esta noche dormiré mejor —dijo Tom—. Quisiera que Laura

estuviese aquí.

Nos fuimos cada uno a su habitación. A pesar de mis angustias, pronto me quedé dormida. No bien había cerrado los ojos —o eso me pareció— empezaron los gritos. Sonaban como los gruñidos de un par de perros salvajes peleando. Me levanté tambaleándome, cayéndome de sueño, y una vez más, como una sonámbula, me dirigí a la habitación de Tom. Volví a tener la clara impresión de estar soñando. Todo era preciso en detalle pero borroso en general, como en un sueño.

Recorrí el pasillo como un nadador, muy lentamente. Cuando entré en el cuarto de Tom, los gruñidos habían cesado. Estaba medio incorporado en la cama, sonriéndome. Había tapado las otras dos cabezas con la sábana. La claridad era tal, gracias a la luz de la luna, que los dientes de Tom relucieron cuando bostezó.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Qué era todo ese alboroto?

—He tenido otro sueño.

Fue todo lo que dijo. Volvió a bostezar.

—Tom, ¿te encuentras bien?

—Al principio no había nada. No recuerdo haber tenido nunca esa sensación, ni en sueños ni en la vida real. Era sencillamente la nada. Rodeado de nada, no puedo describirlo. Aunque no estaba muerto, era como si me hubieran succionado la vida por completo.

Aquí hizo una pausa. Cuando creí que no iba a añadir nada más, comenzó de nuevo con voz apagada:

—A mi alrededor parecía haber tan sólo viento, soplando aquí y allá. Lentamente fue apareciendo algo que era como parte de mis pensamientos, por lo menos al principio. Yo estaba rodeado de desierto. Gradualmente llegaba a advertir que había soldados marchando a su través, filas enteras de soldados. Sólo que no eran soldados; eran caballeros vestidos con armaduras. Avanzaban lentamente, caminando por la arena con paso automático. Fui tras ellos y de pronto caí en la cuenta de que eran robots, seres de metal sin conciencia. Eran dirigidos a distancia por una gran máquina, un enorme cuenco metálico como una cara chata, como un descomunal radiotelescopio, que se alzaba en el horizonte.

»Marchábamos y marchábamos. Había una contradicción típica de los sueños, porque aquellos inanimados robots caían de vez en cuando y morían y se descomponían al tocar la arena, con lo que pronto nos encontramos marchando sobre esqueletos. Otra contradicción: aunque todo era negativo, la nada, todo parecía enormemente importante también.

»El desierto descendía hacia el ocaso y la noche. Todos los robots marchaban hacia la noche, yendo del sol a la penumbra y desapareciendo. Ofrecía un aspecto aterrador. Yo no quería ir en esa dirección. Al tratar de separarme de ellos y de tomar otra, descubrí que había sido convertido en robot. No tenía control sobre mí mismo.

Estaba obligado a marchar hacia el interior de aquel destructivo velo de noche.

»La noche era generada artificialmente por aquella máquina distante. Yo sabía algo sobre ella pero era incapaz de recordar qué. Entonces entraba en la oscuridad, llorando de desesperación. En el umbral, un hombre muy corpulento fustigaba a cada uno al entrar.

Tom hizo una pausa y volvió a bostezar. Aunque el sueño parecía aterrador, lo contaba en tono apacible, como si estuviera aburrido. Yo permanecía de pie frente a él, escuchando, inmóvil a los pies de la cama.

—Mi emoción era tan intensa que hubo en el sueño una especie de ruptura, casi como si se me estuviera dando tiempo para disolverme. Sentí que me hundía en las profundidades de un océano, o más bien hacia el fondo de una ciudad con múltiples niveles que estaba sumergida en el océano. Veía luces por las ventanas abiertas, y gente riendo y hablando en el interior mientras yo descendía lentamente. Durante aquella horrible caída a la deriva llegué a saber más sobre la gente que allí vivía. Eran miles de personas, miles y miles, y todas trabajaban en un inmenso proyecto. El proyecto era secreto y consistía en fabricar un arma colosal que borraría la vida de la faz de la Tierra... o de allá donde me hallase. El plan se desarrollaba en medio de una inmensa reserva, que era por lo que la ciudad había sido construida en el fondo del mar.

»El conocer esta información me produjo una abrumadora sensación de fatalidad. Sé que todo el sueño rebosa fatalidad, pero la absoluta reserva con que todos trabajaban la agudizaba. Llevaban a cabo tal diversidad de cosas dirigidas a aquel mismo fin... Tanto encurtían verduras o bordaban como trabajaban con toda clase de máquinas; al parecer, todo lo que se hacía en la ciudad contribuía a aquel único y espantoso fin. Y lo peor era que todos disfrutaban solapadamente, a pesar de las opresivas condiciones y reserva que reinaban. Mientras recorría la calle sumergida, muchas veces vi a alguien reír taimada o furtivamente. A mí también comenzaba a parecerme gracioso, aun sabiendo que todo iba a acabar en una formidable explosión...

Hizo una pausa de nuevo y se acurrucó. Esperé a que continuase pero el tiempo transcurría y no añadía nada.

—¿Tom?

Volvía a estar dormido. Su respiración era sosegada y regular. Me sentía tan irreal como un fantasma, inmóvil a los pies de su cama. Arrastrada por un impulso desconocido me acerqué al cuerpo de Barry, que yacía cubierto por la sábana. Agarrándola por un extremo, la moví unos centímetros y entonces, con un gran esfuerzo, la deslicé hacia abajo.

La cabeza de Barry descansaba inerte sobre la almohada. Pero la otra... Sus ojos me miraban. Bajo aquellos pesados párpados brillaron como aceite. Tenía la boca

parcialmente abierta.

Me obligué a hablar.

—¿Quién eres?

Silencio. Pero se movió, levantándose ligeramente de la almohada para verme mejor. Di un paso atrás y repetí la pregunta. Entonces su boca pronunció:

—Eres parte de mi sueño...

Era una voz sofocada, como si viniera de debajo de una pila de almohadas enmohecidas.

—Tú no eres Barry. ¿Quién eres?

De nuevo una larga espera durante la cual nos sostuvimos la mirada. Entonces dijo:

—Mi nombre es... —La palabra que pronunció se perdió instantáneamente. En cuanto acabó de ser pronunciada ya no pude recordarla y desde entonces he sido incapaz—. He pasado toda mi vida encerrado en este árbol.

—Tú no eres un árbol. Debes de estar soñando. Vuelve a dormir.

Sensación de esfuerzo cuando hablé:

—Ahora estoy logrando salir de las entrañas del árbol. Los dos malvados que me encerraron serán castigados... —Luego, silencio. Y entonces, sin tener muy en cuenta lo que acababa de decir—: Uno ha muerto ya; queda el otro.

Sobre mí pesaba el poderoso hechizo de un sueño del que no podía librarme.

—Estás equivocado, estás equivocado —repetía yo, pero la tercera cabeza hacía caso omiso—. Voy a despertar a Tom.

Inmediatamente entró en acción. El cuerpo de Barry saltó hacia mí. Su brazo surgió de debajo de la sábana y me sujetó la muñeca con ferocidad. El movimiento fue totalmente inesperado. Me atraía hacia sí, agarrándome con la otra mano por la nuca. Me vi a punto de ser arrastrada encima de él, de que mi cara entrara en contacto con aquella cara. Finalmente logré gritar. ¡Qué alegría aquel grito, como el primero que di en mi vida!

Tom abrió los ojos. Al instante advirtió lo que ocurría. Se volvió y asestó un golpe en el brazo del otro, que me soltó y trató de aferrar a Tom por el cuello. Así enfurecido, el otro se parecía mucho a Barry, cuya cabeza colgaba entre las dos que luchaban.

Una terrible batalla dio comienzo entre los dos. Yo me aparté de la cama y corrí aterrorizada a despertar a mi padre. Irrumpí en su habitación y le sacudí por el hombro. Tras unos cuantos juramentos acabó por despertarse, saltó de la cama y cogió la escopeta, que permanecía apoyada en la silla que había junto a la cama.

Entretanto yo había oído un tumulto en las escaleras. Cuando salimos al pasillo, ellos ya habían llegado abajo. Mi padre se lanzó atropelladamente por las escaleras gritando en la oscuridad. Yo lo seguí. Ruidos de destrozos y la puerta de la cocina

abriéndose.

La mesa de la sala de estar estaba patas arriba. Mi padre y yo corrimos hacia la puerta abierta. Afuera estaba casi tan claro como durante el día. Las figuras gemelas aparecían en la distancia, luchando todavía pero alejándose al mismo tiempo a través de las dunas bajas. Mi padre alzó la escopeta para disparar, pero yo lo agarré y se la hice bajar, increpándole:

—¿Qué haces? ¿Estás loco? ¡Es tu hijo!

—No debieron haber nacido nunca.

Se quedó parado donde estaba, limpiándose la boca una y otra vez con el dorso de la mano. Las forcejeantes siluetas desaparecieron en la noche.

Encendí la luz y miré hacia el viejo reloj que había sobre el dintel de la chimenea. Vi con horror que no era más que la una menos cuarto de la madrugada. Necesitaba la ayuda de Berty, de la doctora Collins —la de cualquiera—, pero nada podíamos hacer hasta que el día rompiera.

El sueño me vencía. Me quedé dormida en la vieja silla.

Cuando desperté, el alba comenzaba a iluminar las desabridas perspectivas que nos rodeaban. Tenía frío y me había quedado entumecida. La mesa seguía volcada y la puerta abierta. No se oía un solo ruido en la casa. Puse agua a hervir y me serví un tazón de té. En Deepdale Staithe nadie se habría puesto en movimiento aún. Yo no pensaba tardar en encender la señal luminosa de emergencia, nuestro medio de llamar a los de tierra. Tía Hetty la vería cuando se levantase a las seis y media e iría a avisar a Bert.

Salí afuera con paso silencioso y miré a mi alrededor. La bruma matutina no se había disipado aún. La línea baja de la costa, con sus bosques y campanarios, había sido borrada del horizonte. Podíamos perfectamente haber estado en una isla mar adentro. Nada se movía. Di unas cuantas voces a Tom, pero no hubo respuesta.

Recelaba un poco de aventurarme y alejarme demasiado, pero cogí un garrote y eché a andar hacia La Pluma. Deambulé por allí con las olas acariciándome los tobillos mientras los charranes alzaban el vuelo a mi alrededor.

En la pleamar, un bote avanzaba a través del canal. El ruido de aquel motor, la forma de la barca y la figura del jersey azul que se alzaba junto al timón me eran cariñosamente familiares. Era Bert en su barca, sorprendente, gratificadamente temprano. Instantes después advertí que llevaba un pasajero.

No era la doctora Collins; demasiado temprano para ella. Era Laura Ashworth.

Corrí a través de Cockle Bight, llamándoles a gritos. A poco, Bert la ayudaba a desembarcar. Percibí su mirada de admiración al darle la mano. Llevaba la misma ropa que la última vez: un conjunto de ante marrón. Me dio un fuerte abrazo.

—¿Qué hace usted aquí?

—Vi lo del trasplante de corazón en la televisión. Estaba en España, en el sur. He

venido tan pronto como he podido.

—Laura ha llegado en el primer tren de Londres —dijo Bert, con un dejo de admiración.

—Y te ha sacado de la cama, ya veo —observé. Pero había cosas más importantes de que hablar—. Hay problemas, Bert. Sé que Tom está en un terrible apuro.

Tan rápidamente como pude les expliqué lo que había ocurrido.

—Me quedaré aquí y te ayudaré a buscar a Tom —dijo Bert.

Amarró el bote y nos dirigimos hacia mi casa.

—Al parecer —dije yo—, ese nuevo ser que ha tomado posesión del cuerpo de Barry opina que se le ha estado robando la vida y ahora quiere adueñarse también del cuerpo de Tom. Están enzarzados en una terrible batalla que yo no acierto a comprender.

—¡Pobre Tom, otra batalla mental! Se ha visto envuelto en batallas mentales toda su vida —dijo Laura.

—Hoy podría acabarse.

Les expliqué lo que habíamos dispuesto con sir Allardyce y la doctora Collins. Laura no había dormido en toda la noche. Le preparé un té y después decidimos la manera de explorar L'Extrange Head. Ella y yo salimos juntas en dirección este, siguiendo la parte que daba a mar abierto, mientras Bert se hacía cargo de la parte que daba a tierra.

Teníamos el sol de cara. Hablamos poco. De vez en cuando llamábamos a Tom. Me lo imaginé luchando contra aquel ser innominado, su rostro enfrentado a aquel rostro maligno, presa de absoluta desesperación. Deseaba fervientemente estar con él. Deseaba fervientemente que tuviese a Laura junto a sí.

Al cabo de unas dos horas oímos un grito distante. Respondimos y detuvimos nuestra marcha. Bert apareció a lo lejos sobre una duna e hizo una sola señal al vernos. Supe inmediatamente que algo malo había sucedido. Laura y yo nos miramos y echamos a correr en su dirección. Bert tenía una expresión sombría. Cuando llegamos junto a él, me tomó las manos sin mirar a Laura.

—Está junto al puesto de observación, amor mío. No vayas.

—Tengo que ir.

—Está muerto, cariño. Laura, hágase cargo de ella, ¿quiere? Voy a ir hasta la barca tan rápido como pueda y volver con la policía.

Me dio un beso y salió corriendo a través del accidentado terreno.

—Tengo que ir con Tom —dije.

Laura vino conmigo.

Los dos cuerpos unidos yacían en la parte del puesto de observación orientada a tierra, sobre un montón de carbón que había junto a una de las paredes de la cabaña. Durante todo el camino había sido incapaz de creer que Tom pudiera estar muerto. En

cuanto le vi, lo supe. Los dos cuerpos estaban encogidos, inmóviles en posiciones que los vivos no adoptarían.

Laura dejó escapar un grito y dio un paso más que yo hacia adelante. Pero también se detuvo. No era como para acercarse.

En una de las cejas de la otra cabeza, allí donde Tom lo había golpeado con una piedra, se veía una negra y sanguinolenta contusión. La cabeza de Tom estaba casi entrelazada con la de Barry. Su mano derecha aferraba aún una gran concha. Tras dejar al otro inconsciente, había llevado a cabo su propia operación. El torso desnudo del otro había sido machacado con la concha. Junto a la pavorosa herida estaba el corazón artificial de Barry, arrancado por Tom tras haber abierto el pecho de su oponente.

Debía de haber muerto casi al mismo tiempo que el otro. La carga que su corazón se habría visto obligado a soportar debía de haber sido grande. Ahora su frenesí había pasado ya. Sus facciones estaban relajadas. Desde su retorcida posición, un ojo miraba hacia el cielo de la mañana. Laura se agachó frente a él y comenzó a llorar.

Estos dolorosos acontecimientos son ahora cosa del pasado. Cuán vívidamente recuerdo el haberme arrodillado junto a aquel mutilado cuerpo doble, con el carbón clavándoseme en las rodillas, llorando, oyendo el zumbido de las moscas...

Finalmente, Laura y yo nos repusimos y volvimos a casa siguiendo la costa. Se lo dije a mi padre. Más tarde llegó Bert con un oficial de policía. Bert nos llevó a Laura y a mí de L'Strange Head. Mis dos hermanos fueron trasladados más tarde en nuestra barca.

Nunca a sabiendas dejé de prestar ayuda a mis hermanos. Quizá podría haber ayudado al otro también.

Aunque a veces sueño con él, ahora esos sueños han perdido su cariz terrorífico. Su vida perdida... ¿Qué pensaba y experimentaba? ¿Era una vida o un sueño? No sé qué conclusión sacar, como tampoco sabría qué conclusión sacar de la vida de cualquiera, si se me apura.

Mis días están llenos ahora que tengo hijos. También ellos inician su trayecto a través de los bosques de la vida. Cuando están en la cama, Bert y yo escuchamos a veces los viejos discos de los Bang-Bang. En esas ocasiones, miro por la ventana hacia L'Strange Head, donde mi padre sigue llevando su solitaria vida. Todo se desvanece en el tiempo, como la música cuando el disco deja de sonar.

R.S.

Apéndice

Gran amante

Voy a mi amante y le digo
que la Tierra no es más que una estrella,
un mero punto de luz
incluso para sus vecinos más próximos.
Le canto los hechos que atañen
a la vida en la Tierra,
su asombrosa nimiedad.
Le ofrezco cosmología y música
para demostrarle que es la lente
por la que contemplo el universo,
mi ojo, mi sol, mi gran amante,
mi amor galáctico.

Nuestro amor es un bosque profundo

Lo animal y lo sublime
te hacen muy ambigua,
complaces a tres amantes
al tiempo que los torturas.
Soy turista del amor en este mundo
y voy en una excursión de soledad.
Nuestro amor es un bosque profundo.
¡Oh, tú lo eres todo para mí!
Víctima y vampiro amado
a tres amantes complaces así
fénix de un fuego sagrado.
Soy turista del amor en este mundo
Otra cabeza sueña en tu belleza.
Nuestro amor es un bosque profundo.
Tu encanto es leyenda,
una estatua que yo esculpiría,
complaces a tres amantes
satisfechos de su carestía.
Soy turista del amor en este mundo
Nuestro amor es un bosque profundo.

Acción bacteriana

Aunque el mundo rebosa de hombres
su número no alcanza
al número de hirvientes enjambres
de los seres que viven en nuestra piel.
Tienen sus propias naciones e imperios,
plácidas selvas, ríos, desiertos,
viven, engendran y no dejan huella
para ojos que las vean o mentes que juzguen.
No tienen Bizancio ni Roma alguna,
pero ahí estaban, con capa y túnica;
también César fue su planeta.
Con el tiempo su vieja y prolífica raza
acabará por devorar a la humanidad
y sigilosamente ganará las estrellas.
Sí, finalmente ganará las estrellas,
sigilosamente.

Tiempo estelar

Nosotros—que habíamos sobrevivido al viaje
al cuadragésimo séptimo milenio,
donde la negra luz estelar crece en los arbustos
y los ojos albergan pajarracos reidores—
estábamos sentados tomando *xwaszha* en un café
con muchachos y bellezas cuyos abuelos
estaban en la cuna cuando partimos.
Era el triunfo, era el triunfo.
Mi felicidad me llevó a corazones amantes y a lechos,
pero nosotros, que habíamos sobrevivido al viaje,
sabíamos que mientras tanto nuestro recuerdo
permanecía junto a esos elegantes mares grises
que se rizan sobre lo que fue Europa.

Sólo por un momento

Piensa sólo por un momento en la lana de vidrio girando
iluminada por un sol bajo e invernal,
brillando sobre oscuros y abruptos prados secretos,
extendida sobre un pútrido marjal.
Piensa sólo por un momento en un color perfecto
diluyéndose en los márgenes del mar,
lamiendo un pálido sendero de guijarros
que conduce a un castillo enorme, impar.
Imagínate por un momento el tiempo absoluto
dilatándose sobre los años muertos de un planeta,
tendiéndose sobre lejanas tundras vírgenes
girando donde vuela el fugaz cometa.
O piensa sólo por un momento en un momento,
deja que fluya el tiempo, el silencio, el movimiento, el color
en tu hermosa cabeza, paciente, ignorante,
y entonces conocerás los lazos de mi amor.
Entonces conocerás.

Nunca fui sordo o ciego a su música

No, nunca fui sordo o ciego a tu música, Laura.
Respiraba más oxígeno en su compañía,
alcanzaba más velocidad y cielos más amplios
y espolvoreaba para ella sales y álcalis secretos.
Ocurría simplemente que los días se acortaban,
una nueva autopista unía su casa y la mía.
No podíamos coincidir sobre los méritos de Stockhausen,
hubo peleas por mi costumbre de beber,
dejamos de ir a los conciertos juntos
y luego hubo aquel problema con su jefe
que nunca llegó a explicarse bien.
Empecé a criar terriers de pelo duro.
Ella dijo que perdió el respeto por mí
cuando no pude dejar de fumar
Pero no, nunca fui impermeable a ella
y me zambullía en el lago de su ser.
Me tomaba cada día por asalto
y mi cabeza estaba llena de ella por doquier.

Era simplemente que el tiempo había cambiado,
mi trabajo me llevaba a Sheffield cada semana.
Sentí la necesidad de unirme a los cientólogos,
ella se volvía loca por la porcelana de Dresde,
nos enganchamos con la televisión.
De pronto quiso ver la Sierra Nevada
y bailar el verdadero flamenco
con un holandés barbudo, estudiante de zoología.
Cuando pienso en ella conduciendo por Granada
deseo con locura que todo se vuelva a repetir.
No, nunca fui sordo o ciego a su música;
hubo un tiempo en que su alquimia estaba toda sobre mí.
empaquetaba cada momento como una cesta de picnic;
era aire y mar para mis montañas y rocas.
Nunca fui sordo o ciego a tu música, Laura.

DONDE LAS LÍNEAS CONVERGEN

Anna Macguire iba a ver a su padre siempre que podía.

Aunque las oportunidades que tenía de hacerlo eran cada vez menos numerosas, sabía que él necesitaba ayuda. Se dijo a sí misma: «Voy tan a menudo como puedo porque le quiero tanto como mis limitaciones me lo permiten. Puesto que dichas limitaciones son en gran medida producto de la desastrosa manera en que él y mi madre me educaron, no puede culpar a nadie más que a sí mismo de que yo no aparezca por allí con tanta frecuencia como él quisiera».

Tenía otra excusa preparada para explicar por qué iba a Crackmore con menor asiduidad que antes. Desde que habían construido el nuevo aeropuerto, era extremadamente difícil llegar hasta allí. Al haber quedado cortada en Ashmansford la vieja carretera general, la A394, había que desviarse por las sinuosas carreteras de segundo orden que rodeaban al aeropuerto por su parte oeste. Ciertamente habían abierto un nuevo ramal entre Packton y Bucklers Wick, pero sólo resultaba práctico para el tráfico que llegaba por el oeste. La nueva y rápida carretera que conducía al aeropuerto había sido trazada, una vez más, en la dirección equivocada. Anna la había tomado en una ocasión sin otro resultado que el de entrar directamente en el aeropuerto y salir por la parte norte del mismo, perdiendo con ello la dirección que llevaba y viéndose obligada a tomar un desvío a través de Plough y North Baldick.

Le había dicho a su novio, como ella le llamaba, haciendo uno de sus acostumbrados chistes malos: «En cierto modo simboliza la forma en que se aísla a la gente mayor. Cada vez que se mejora un medio de transporte, léase, construir un aeropuerto, se pierde una generación. Estoy segura de que papá lo vería así».

En efecto, había dicho «léase», tal como Trevor explicó a sus compañeros de la oficina al día siguiente. Eso era un viernes. En aquellos momentos, Anna, habiéndose fumado un día de trabajo en el laboratorio, buscaba ansiosamente a la vista el cartel que indicaba el desvío de Watermere tras haber cruzado Ashmansford.

Félix Macguire estaba a punto de jubilarse de King Aviation Systems cuando el plan para la construcción del nuevo aeropuerto fue aprobado oficialmente. Judy aún vivía entonces.

—Podremos sacar por este terreno el doble de lo que vale —dijo—. ¿Qué te parecería si nos fuésemos a vivir al Algarve, en el sur de Portugal, cariño?

—Empiezo a ser demasiado vieja para cambiar —respondió ella.

—Podríamos bañarnos durante nueve meses al año.

—Soy demasiado vieja para ponerme en traje de baño —dijo ella.

Entonces él, como parte del plan que tenazmente había seguido durante más de treinta años para hacerla tan feliz como fuera posible, por el propio bien de él, sonrió y dijo con galantería:

—Preferiría verte nadar desnuda.

Finalmente apareció un representante de una empresa constructora e hizo una

oferta por la casa y el terreno a Macguire, una oferta decepcionantemente baja. Félix y Judy decidieron no aceptar, en espera de una oferta mejor.

—Les forzaremos a aumentar la puja —dijo él—. Podemos esperar tanto como ellos.

Esperaron. Su terreno se hallaba tan sólo en los márgenes del nuevo aeropuerto. No hubo nuevas ofertas. Félix escribió y aceptó la antigua. Cinco semanas más tarde, en una carta dirigida a P. McGuine, la empresa contestó diciendo que ya no tenía necesidad de comprar el terreno a que se hacía referencia. Judy murió antes de que la primera pista de aterrizaje estuviera terminada.

Las vallas del aeropuerto aparecieron serpenteando por las inmediaciones, milla tras milla de tela metálica recubierta de plástico verde; engulleron la carretera que pasaba frente a la entrada del jardín de Macguire y salvaron la zanja que drenaba su patético huertecillo.

Había junto a la de Macguire una casa a desalojar aún, propiedad de un corredor de objetos de arte llamado Standish, retirado ya, que tenía tres perros *airedale*. Había jugado su baza tan mal como Félix y se hallaba atrapado en aquella propiedad depreciada. La noche del día en que una enorme y ensordecedora máquina que escupía postes de cemento de tres metros de altura a intervalos de cinco metros levantó la cerca junto a su terreno, Standish mató a sus perros de un tiro, roció con gasolina toda la planta baja de su casa, la prendió fuego, subió a su habitación, se sentó frente al escritorio —en el que había una descolorida fotografía suya de niño— y se voló la tapa de los sesos. Félix oyó los tiros, por encima incluso del rugido de un reactor que llegaba en aquellos momentos.

A partir de entonces, dejó que las hierbas crecieran en su jardín y las hayas del caminito se cubrieran de maleza. Se encerró en su casa, concentrando todos sus esfuerzos en la construcción de un sistema ultramoderno de pantallas de visión que llamó Omnivisor, y pensando en la creciente deshumanización del hombre.

—¡Caray, qué lío! —exclamó Anna.

Detuvo el Triumph en el arcén y desplegó el mapa. Se había equivocado en algún sitio. No reconocía en absoluto el tramo de carretera. Tendría que estar ya cruzando Wainsley. El mapa siguió pareciéndole inescrutable.

Salió del coche y se quedó de pie sobre el asfalto. No había tráfico. Campo anónimo a todo su alrededor. Urbana como era, no sabía decir si los campos estaban bien cuidados o no. El único signo de civilización era una estación cuyo ruinoso tejado aparecía al otro lado del campo más próximo. No había raíles que conectaran ese monumento a un medio de transporte anticuado. Por doquier se veían olmos enormes asfixiados por la hiedra; vio surgir un avión de transporte que avanzó torpemente entre los árboles como una enorme polilla.

Había un hombre de pie frente a ella. Podía perfectamente haber brotado del

suelo. Inmediatamente pensó: «Es verdad, no me importaría que me violasen, siempre que pudiera ir a algún sitio donde estuviéramos cómodos, pero también podría ser que tuviera todo tipo de enfermedades horribles. Y a lo mejor me estrangulaba cuando hubiera acabado». Pero el hombre dijo simplemente:

—No iré a Casterham, ¿verdad?

—No, no creo. Quiero llegar a Crackmore. ¿Sabe si voy bien por aquí?

Nunca había oído hablar de Crackmore. Pero le indicó la manera de llegar a Wainsley y ella volvió a subir al coche. En el último momento se ofreció a llevarle, pero él rehusó; no estaba dispuesto a dejarse seducir.

—Estoy tan aislada, tan aislada —dijo en voz alta, mientras conducía.

Pero tuvo que admitir que era una protesta poco apasionada; al fin y al cabo, siempre podía habérselo pedido a aquel hombre si tanto lo deseaba; hoy en día la gente hacía esas cosas.

Las cámaras de enfoque automático constituían su contribución particular. Unas células sensibles a la luz y al movimiento hacían que las lentes le enfocasen cada vez que entraba en una habitación. Trabajando lentamente, pasando buena parte de su vida cotidiana en el taller-laboratorio contiguo a un garaje en desuso, Félix se construyó un sistema de vigilancia que recogía todo movimiento que tuviera lugar en el interior de la casa.

Cuando tenía algún pensamiento que expresar, Félix lo manifestaba en voz alta y la casa lo engullía como la ballena engulle plancton... y lo regurgitaría cuando se lo solicitase.

—El Omnivisor ha sido concebido para ser destinado puramente a la observación de uno mismo; es introspectivo. Todos los demás sistemas de vigilancia han sido creados para observar a otras personas. Por lo general, la idea de su realización responde a un propósito malévolo. El paralelismo que existe entre este ejemplo y los sentidos del ser humano resulta sorprendente. Ya desde su más tierna edad, cuando comienzan a aprender por imitación y ejemplo, y durante toda su vida, los seres humanos se ven continuamente incitados a la observación de los demás y no a la de sí mismos... Debo decirle al tendero que las últimas latas de carne me produjeron diarrea.

Abandonó el taller y, atravesando el garaje y el vestíbulo, entró en la sala de estar. Días antes, cuando trataba de dar con el método correcto para llevar a cabo sus experimentos, la había hecho dividir mediante un tabique. Fue en la parte de la sala de estar orientada al sur donde instaló el tablero de mandos principal. El taller contaba con otro tablero auxiliar.

Desde el tablero principal podía dirigir los movimientos de las nueve cámaras distribuidas por la casa, principalmente en la planta baja. Gracias a los monitores de imagen que tenía frente a sí podía mantener una estrecha vigilancia sobre todos los

rincones de la casa y, ante todo, sobre sí mismo. En varias ocasiones había detectado movimientos que levantaron —efectivamente, confirmaron— sus sospechas, y tomó buena nota de ellos registrando el lugar, la hora, el aspecto y ademanes de aquellas «extrañas pseudoapariciones». Esa fue la primera, y medio jocosa denominación que se le ocurrió para sus descubrimientos iniciales.

Como solía hacer cuando comenzaba a trabajar por la mañana, se dispuso a realizar una concienzuda verificación de todos los aparatos electrónicos y una minuciosa observación de las imágenes que ofrecían. Eso le ocupaba hasta el mediodía. Era algo más que una inspección: era una exploración metafísica. Era la confirmación de la existencia de un mundo y de la presagiada desintegración del mismo.

Ponía las cámaras en funcionamiento por turno, siguiendo la secuencia numerada que les había dado, comenzando por la cámara número uno. De este modo, la organización se respetaba al máximo. No llegaría a comprobar la cámara número nueve —encaramada en la chimenea, en el exterior— hasta bien entrada la mañana. No había ninguna otra cámara, excepto la cinco y la tres, situadas para captar imágenes más allá de las paredes confinantes; no era ése su ámbito.

A medida que la cámara número uno se calentaba, unas formas geométricas se esparcían por el monitor y crecían entre centelleos, hasta estallar y desaparecer instantáneamente. Una imagen estática cobró forma.

Dicha cámara estaba en la pared que daba a espaldas de Félix, colocada sobre un pivote a poco más de medio metro sobre la cabeza de aquél. Según Félix la dirigió entonces, enfocó hacia abajo y hacia adelante —determinó cuidadosamente su posición en una esfera de control calibrada—, mostró el tablero de mandos con sus interruptores y monitores y la mano derecha de Félix descansando sobre la mesa; la parte posterior de la cabeza de éste aparecía en ángulo, así como la mitad inferior del tabique, en el cual se había instalado una pantalla gigante. También se apreciaba el borde de la alfombra y parte de la pared y del alféizar de la ventana. Estas imágenes formaban una configuración de ángulos convergentes cuyo efecto apaciguador se veía realzado por la mayor complejidad de las formas que cubrían aproximadamente un tercio de la pantalla del tablero de mandos.

Félix escudriñó la imagen con actitud pausada y experta. En muchos aspectos, la uno proporcionaba siempre, si no las más interesantes perspectivas, desde luego la vista más absorbente.

Tras un atento escrutinio, conectó la pantalla grande. Antes de mirarla directamente, la observó como se iluminaba en el monitor correspondiente a la cámara uno.

La dispersión de partículas desapareció y la pequeña pantalla le mostró la franja inferior de la grande, en la que aparecía parte del tablero de mandos con sus

monitores. En el número uno de estos pequeños monitores veía la imagen de la franja inferior de la pantalla grande, con la alineación de monitores del tablero de mandos. En el primero de estos monitores había una mancha de luz cuya definición, por buena que fuese, no ofrecía una imagen clara. Probablemente la solución radicaba en unas lentes mejores, y estaba trabajando en ello.

Satisfecho finalmente con los detalles ópticos, puso los controles de las cámaras en posición de barrido lento. La cámara uno tenía un radio de visión horizontal de doscientos diez grados y otro un poco menor en el eje vertical. Entre los muchos placeres que su campo visual ofrecía —y que debían disfrutarse en el debido orden— estaba la imagen que aparecía en las coordenadas 101'40 N - 72'50 O, que abarcaba el ángulo de la habitación donde se unían las paredes sureste y sudoeste de la casa y el cielo raso, así como una vista oblicua de la ventana situada a la derecha de las dos que tenía la pared delantera, la sureste. Las líneas que se combinaban y se separaban eran particularmente significativas, y Félix contaba además con el placer de la paradoja de que, aunque podían verse casi todas las ventanas, la vista que de ellas se obtenía era tan oblicua que bien poco podía apreciarse del exterior, como no fuera un insignificante trecho de gravilla; aquello reducía a la ventana a la condición secundaria que le correspondía.

Agradable también, y considerablemente más compleja, la vista que se obtenía en 101'40 N - 47'56 E. En ella aparecía una esquina del tablero de mandos y, por encima de ésta, una de las dos puertas de la habitación en forma de L que conducía al pasillo. A través de esta puerta, la cámara captaba un oscuro sector del pasillo, la entrada del comedor y parte del mismo, con un detalle de la mesa y una silla arrimada a ésta —el comedor no se utilizaba nunca—, la alfombra, un oscuro pedazo de cielo raso, algo de una de las dos ventanas y la cámara número seis, sujeta a la pared mediante un soporte situado a una altura ligeramente inferior a la que se hallaba la uno. Esta vista resultaba aún más fascinante cuando la seis entraba en funcionamiento, ya que entonces mostraba a la uno en acción; y cuando la uno efectuaba sus barridos, su silenciosa y delicada actividad era el único movimiento perceptible.

Cada cámara disponía de controles manuales y automáticos para poder pasar instantáneamente de una vista favorita a otra plácida o bien a una peligrosa. También podía efectuar movimientos automáticos programados, por medio de los cuales las ocho cámaras interiores ofrecían toda una serie de vistas consecutivas de gran complejidad, abarcando todo el volumen de la casa, pues Félix tenía sus momentos de pánico: cuando la idea de que había captado un movimiento insospechado, una figura demasiado parecida a la suya, hacía que su secreción de adrenalina se disparase y su corazón comenzara a latir con violencia, ponía sus cámaras en movimiento y llevaba a cabo una concienzuda inspección de todo el territorio. Su videograbadora le

permitía volver a contemplar las imágenes y estudiar a voluntad cualquiera de los planos obtenidos.

Con frecuencia veía tomas que lo llenaban de serias dudas al volverlas a pasar, mientras permitía que su pulso se calmara. Aunque no aparecía ninguna figura —sus oponentes eran muy listos—, la presencia de éstos solía venir insinuada por sombras, manchas oscuras, abanicos de luz y sombra entremezclados que súbitamente se dibujaban sobre la alfombra. Allí estaban, desde luego que sí, importunando deliberadamente; y aunque sin duda algunas de las discrepancias que aparecían en la grabación podían atribuirse al paso de un avión a baja altura, eran unos insensatos al pensar que él siempre utilizaría esa excusa como pretexto para creer que no existían.

Cuando hubo terminado de comprobar a conciencia el funcionamiento de la cámara uno a lo largo de todo su radio de visión, Félix la dejó funcionando —permanecería así hasta que desconectara todo el dispositivo a medianoche— y puso en marcha la cámara número dos.

La cámara dos estaba en la pared del fondo del taller. Había sido la primera en ser instalada. Abarcaba toda la longitud del estrecho taller, incluyendo los monitores del tablero de mandos auxiliar y la puerta, que siempre permanecía abierta —no sólo por razones de seguridad, sino también porque el cable coaxial que pasaba hacia el resto de la casa impedía que se cerrase— para que pudiera tomar imágenes del interior del garaje, atestado de cajas viejas de la tienda de comestibles y de las cintas de video.

Aunque ninguna de las cámaras ofrecía escenas de gran colorido, la dos era la que proporcionaba la más gris. Cuando, bajo control de Félix, comenzaba a recorrer su campo de visión, no tenía nada brillante que mostrar; aunque, girando hacia el techo como una cabeza alzando la vista, captaba un retazo de cielo azul a través del grueso cristal de la claraboya.

Cuando su objetivo se posó sobre las tres fotografías ampliadas que colgaban de la pared, Félix redujo la velocidad del motor hasta casi detener la cámara y contempló con satisfacción las imágenes sobre la gran pantalla que tenía frente a él. Allí vio tres gigantescas criaturas marinas, cada una de ellas notablemente parecida a la siguiente en su funcional y fusiforme silueta. Parte de la original sensación de horror y de descubrimiento volvió a apoderarse de él al mirar.

Dijo en voz alta:

—Mi descubrimiento en materia de evolución es mayor que el de Charles Darwin o el de su abuelo... y convulsionará el mundo con mucha mayor intensidad. Darwin sólo reveló parte de la verdad, y esa revelación ha ocultado desde entonces una mayor y más pavorosa verdad. ¿Me oís ahí afuera? Tengo la paciencia y la presencia de ánimo de Charles Darwin... Yo también esperaré durante años si es preciso, hasta obtener la prueba incontrovertible de mis teorías.

Sin dejar de contemplar fijamente las imágenes de las fotografías, rebobinó la

cinta y volvió a pasarla, escuchando cómo su voz se filtraba suavemente por toda la casa.

—...más tierna edad, comienzan a aprender por imitación y ejemplo, y durante toda su vida, los seres humanos se ven continuamente incitados a la observación de los demás y no a la de sí mismos... Debo decirle al tendero que las últimas latas de carne me produjeron diarrea... Mi descubrimiento en materia de evolución es mayor que el de Charles Darwin...

Se escuchó a sí mismo y añadió:

—La prueba se está perfilando poco a poco.

Sonrió a las fotografías. Eran algo más que una aseveración de confianza; eran un desafío al enemigo. Interiormente, en realidad, poco le impresionaba aquella rimbombante emisión a través de las silenciosas y quizá vacías habitaciones la casa; pero le había dado ánimos —algo que en todo momento necesitan los que avanzan hacia lo desconocido— y, naturalmente, tenía valor propagandístico. Así que, respirando con regularidad bajo el raído jersey, observó en silencio cómo la dos ascendía calmosamente, dejando atrás las formas marinas, por la desnuda superficie de la pared.

Anna llegó a lo que quedaba de Crackmore bien entrada la mañana. Detuvo el coche en la estación de servicio y puso gasolina. Tenía dolor de cabeza y la nariz le destilaba. La atmósfera estaba cargada de polen y el calor veraniego le oprimía las sienes.

—¡Oh, por favor, no me digas que voy a coger uno de esos resfriados que hacen que parezca un grifo abierto! ¡Menudo latazo!

Al dejar atrás la descuidada gasolinera, comprobó con una sensación de opresión en el pecho que el pueblo había entrado en una fase de nuevo y horrible crecimiento. A menos de cien metros de la gasolinera donde se había detenido estaban construyendo otra más grande. A continuación de ésta, crecía una hilera de viviendas semiadosadas de aspecto muy poco prometedor. Cortando a través de los restos de la parte antigua del pueblo, estaban abriendo una carretera que llevaría a la que empalmaba con la del aeropuerto. Aun admitiendo que la parte vieja del pueblo no tenía nada de arrebatador, al menos había conservado cierto sentido de la proporción, resultaba agradablemente modesta en escala. Ahora, tras la vieja plaza, y empequeñeciendo la iglesia, se alzaban las frías formas de lo que habría de ser un supermercado. Todo daba sensación de incomodidad y de desordenado arracimamiento.

Estaba asombrada —como tantas otras veces— de la cantidad de gente que mostraba preferencia por vivir en un entorno deshumanizado. Al pasar junto a las máquinas que construían la carretera, un reactor cruzó volando sobre el pueblo y le recordó que tenía dolor de cabeza.

—¡Vete al cuerno! —exclamó, despotricando contra él.

Era todo tan carente de sentido... No podía haber nadie de los que quedaban en Crackmore que deseara vivir allí. La mayoría de ellos entrarían a formar parte del personal de tierra del aeropuerto o algo parecido, y seguirían viviendo allí por pura conveniencia económica. Cualquiera que tuviera una chispa de humanidad habría desaparecido de allí con mucha antelación.

Se desvió en el cruce del monumento a los muertos en la guerra (*Firmes hasta la muerte* 1914-18, 1939-45) y enfiló hacia la casa de su padre. El calor que ascendía del asfalto hacía temblar la cinta gris de la carretera y creaba charcos imaginarios en los que ella se introducía con el coche.

Habiendo dejado atrás la última curva, pasó frente a los restos ennegrecidos de la casa de Standish. El camino de entrada, reseco del calor, estaba cubierto de bardana, y junto a las paredes habían brotado todo tipo de hierbas voraces. Los jaramagos florecían al azar. La sombra que producían las crecidas hayas era tan negra como la noche. Delante de ella estaba la valla del aeropuerto, cercenando la carretera y poniendo fin a todo. Al otro lado de ésta, el tiempo anticiclónico rompiendo en cúmulos de color pizarroso que comenzaban a cubrir el cielo como olmos libres de toda atadura, creciendo sobre las nubes bajas y amenazando con descargar una tormenta antes de que la tarde muriese.

Las puertas del jardín estaban abiertas. Al dejar la carretera y cruzarlas, Anna vio que la valla verde y monótona estaba más cerca de la casa de su padre de lo que ella recordaba. Hacía demasiado que no visitaba a Félix; su negligencia para con él era parte de una negligencia mayor, parte del general deterioro.

Detrás de la valla, la carretera había desaparecido: las máquinas la habían borrado por completo. A este lado, la naturaleza estaba empeñada en la misma tarea y había enviado ya una avanzadilla de hierbas a la que seguían zarzas, ortigas, romazas y cardos. No tardarían en cubrirla por entero. En uno o dos años habrían alcanzado la casa.

Anna se detuvo frente a la puerta y observó que los árboles que crecían a uno y otro lado del camino estaban menos lozanos y cuidados que en su última visita. Se sonó antes de bajar del coche porque no quería que su padre descubriese que se estaba resfriando.

La casa, levantada inmediatamente después del cambio de siglo, era una sólida construcción de ladrillo rojo con tejado de pizarra gris y una curiosa predilección por las ventanas rodeadas de piedra. Nunca había sido elegante o imponente, aunque tal vez su constructor hubiera pretendido ambas cosas; no obstante, a pesar de sus años y de abandono, manifestaba algo de la ostentosa solidez de época en que había sido proyectada y construida.

Antes de entrar, Anna dejó que cierta aprensión la impulsara a acercarse a las

ventanas, y caminó sobre la gravilla para mirar al interior de la sala de estar. Por la segunda ventana vio a su padre encogido en su silla giratoria, con la vista fija en algo que ella no podía ver. Se lo quedó mirando como quien mira a un extraño. Félix Macguire era todavía un hombre vigoroso; las facciones de su rostro seguían siendo enérgicas, mientras que el retroceso de sus encías acentuaba más que en ninguna otra etapa de su vida la línea que formaban su barbilla y su mandíbula. El cabello, blanco ya y caído sobre la frente, conservaba algo de la exuberancia que ella recordaba de su infancia. Bien mirado, él, como su casa, había envejecido con dignidad, reteniendo la misma solidez ostentosa de la época eduardiana.

Sintiéndose culpable por estar espiándolo, se apartó de la ventana, pensando con abatimiento que su padre apenas había cambiado en aspecto desde los primeros recuerdos de infancia que tenía de él y, sin embargo, a ella no le quedaban esperanzas juveniles y comenzaba a ser una mujer madura. Con uno de sus habituales y rápidos cambios de pensamiento se declaró, irónicamente, resignada a vivir con la única y apática compañía de sí misma.

Hizo girar el pomo para ver si la puerta estaba abierta. Se abrió. Las bisagras rechinaron al tiempo que entraba en el vestíbulo.

A pesar del calor que hacía afuera, la casa daba sensación de frío y humedad; una incomodidad que parecía ser menos de cariz físico que atributo de los fantasmas que vagaban por ella. Pero los tramos de cable coaxial extendidos descuidadamente sobre la alfombra o por las escaleras, las puertas —la del garaje, la del lavabo, la del ropero y la de la sala de estar— abiertas y falcadas con cuñas, todo contribuía a aquel malestar, por no hablar de la cámara número cuatro, montada en un soporte situado a la altura de la rodilla en un rincón del ropero, desde donde dominaba la puerta de entrada, el vestíbulo, el pasillo y las escaleras.

—¿Estás ahí, papá? Soy yo, Anna.

Siguió por el pasillo y, a través de la segunda puerta, entró a la sala de estar. Él se había puesto en pie y esperaba su saludo. Ella se acercó y le besó.

—¿Cómo estás? ¡Tienes buen aspecto! ¿Por qué no me has escrito o enviado una cinta grabada? Me has tenido preocupada. Siento haber tardado tanto en volver a visitarte, pero hemos tenido mucho trabajo en los laboratorios. El negocio va mal, y parece ser que eso significa siempre más trabajo, al menos para mí. Tuve que ir a Newcastle con uno de los socios el fin de semana pasado; si no, hubiera venido a verte. A propósito, ¿te llegó mi postal? Estoy segura de que ya te envié en otra ocasión esa vista del ayuntamiento, pero no tenía nada más en el estanco...

Hizo una pausa y su padre dijo:

—Ya haces bastante con molestarte en venir, Anna. Voy a traerte una taza de café o algo que te apetezca, ¿te parece?

—No, no, ya voy yo. Para eso estoy aquí ¿no? Está el ambiente muy cargado aquí

dentro. Estamos en julio y tienes que dejar que circule un poco de aire caliente. ¿Y por qué no cierras con llave la puerta, estando solo en la casa? ¿Y si entra alguien?

—Si está abierta puedo salir más rápido si me hace falta, ¿no crees?

Se miraron. Anna fue la primera en bajar la vista.

—No puede decirse que el tuyo sea un gran recibimiento, papá.

—Ya te he dicho que eres muy amable al venir. Me alegro de verte, pero no me parece bien que empieces a quejarte de cómo vivo nada más llegar.

—Lo siento, papá, de verdad. No era mi intención sermonearte. Es puro instinto maternal; ya sabes cómo somos las mujeres. —Afectó una sonrisa e hizo ademán de ir a darle un abrazo, pero se interrumpió desmañadamente—. Papá, estás demasiado solo. Sé lo que piensas de mí, pero no me pones las cosas fáciles. Ya cuando era niña y corría hacia ti...

—¡Ahora ya eres mayor, Anna!

—¡No hace falta que me lo recuerdes! ¡Tú te ocupaste muy bien de que así fuera! ¿Qué significa ser mayor, sino estar aún más aislado que de niño? ¿Qué te hizo tan inhumano, papá? Nunca me has querido de verdad. ¿Por qué esperas todavía que haga todo el camino para venir, con lo difícil que es llegar hasta aquí, si sólo quieres burlarte de mí?

—Yo no espero que vengas a visitarme, Anna. Eres tú quien tiene que venir de vez en cuando para hacerme reproches. Sabes muy bien que lo que dices duele. No has logrado alcanzar una personalidad adulta y me culpas a mí de ello. Quizá tengas razón, pero ¿de qué sirve culparse? ¿Vale la pena venir hasta aquí sólo para eso?

—Para ti, nada sirve de nada, ¿verdad? —dijo ella con resentimiento—. Voy a hacer café, si es que hay.

Su padre volvió a sentarse frente a los monitores. Conectó la cámara número ocho a la pantalla grande y se sentó a contemplar la imagen de una pared interior del segundo dormitorio en la que aparecía también parte de un armario y un grabado del *Firmes hasta la muerte* de Sir Edward Pointer, que había pertenecido a su madre.

Al cabo de unos minutos, Anna asomó la cabeza por la puerta.

—¡El café está listo! Ven a tomarlo a la cocina. Se está mas fresco aquí.

Entró en la cocina y tomó la taza que ella le ofrecía. Anna había abierto la puerta que daba al jardín. La luz del sol, colándose entre los árboles, iluminaba a retazos el suelo.

—Me alegro de ver que tienes provisiones en abundancia. Por lo menos, te alimentas como es debido. Los precios no paran de subir y subir. No sé en qué acabará todo esto.

—Vivo con mucha comodidad, Anna. Me alimento bien, hago ejercicio. Me dedico por entero a mis investigaciones y tengo intención de mantenerme tan sano como pueda para proseguirlas. ¿Pudiste conseguir ese libro de Krost sobre

convergencia?

—No, todavía no. En Foyle's tuvieron que pedirlo especialmente y aún no les ha llegado. Lo siento. Todo tarda tanto... ¿Cómo van las investigaciones?

—Progresando.

—Ya sé que no eres muy partidario de hablarme de eso, pero sabes que estoy interesada. Quizá yo podría ayudarte en algo si me explicaras un poco más.

—Querida, aprecio tu interés, pero ya te he dicho otras veces que mi trabajo tiene que ser secreto. No quiero que vaya corriendo de boca en boca y además, en el campo en que estoy trabajando, no tienes la menor posibilidad de serme útil.

—Ignorando la insultante sugerencia de que yo pueda ir por ahí contando tus secretos, ¿no podría dirigirme a alguien que...?

—Ya sabes a qué me refiero: podrías contárselo casualmente a uno de tus novios y... —Se interrumpió, consciente de haber dicho algo inconveniente, parpadeó y añadió apresuradamente—: A lo mejor te hago una demostración de lo que estoy haciendo. Pero tienes que mantenerlo en secreto. Estoy a punto de descubrir algo extraordinario que sé que... es uno de esos descubrimientos, revelaciones, que pueden revolucionar la manera de pensar de todos los hombres, como hizo Galileo cuando levantó su telescopio hacia el firmamento. Había telescopios, y ahí estaba el firmamento. Pero él fue quien tuvo la idea original, él fue el hombre que supo mirar en una nueva dirección. Yo estoy haciendo eso.

»Para ti, aunque seas mi hija, no soy más que un viejo excéntrico que se pasa el día mirando pantallas de televisión, ¿no? ¡Admítelo! Bueno, eso fue lo que pensaron de Galileo. El nombre de Félix Macguire, hija mía... en unos cuantos años más... Bien, no soy capaz de explicar...

—No dejes que el café se te enfríe, papá. —Él le dio la espalda y miró por la puerta hacia el descuidado jardín—. Te comprendo, papá. Quiero decir que comprendo tus aspiraciones. Todo el mundo las tiene.

Sus patéticas palabras, dichas con intención de prestar apoyo a través de la experiencia compartida, murieron en sus labios. En tono más práctico, añadió:

—De todos modos, no es bueno para ti el vivir aquí tan solo. No me gusta. Es una responsabilidad para mí. Quiero que vengas a vivir a Highgate, cerca de mí, para no perderte de vista... O si no quieres, deja que un amigo médico venga a verte. Se llama Robert Stokes-Wallis. Es un discípulo de Laing. Quizá lo conozcas de nombre.

Sorbió y se sonó. Félix se volvió y la observó hacerlo.

—Te lo advierto, Anna. No quiero que nadie interfiera en mi vida. Dile a tu amigo que no se le ocurra aparecer por aquí. Tú crees que estoy chiflado. Bueno, puede que lo esté; el mundo entero lo está. Pero el hecho de que esté loco o no es una cuestión sin importancia al lado de la magnitud de las cuestiones que estoy tratando. Y ahora, vamos a dejar de hablar de este tema.

—Bébetete el café —dijo ella con malhumor—. Y ¿qué es esa demostración que quieres hacerme?

Félix se llevó la taza a los labios y bebió.

—¿De verdad te interesa?

Haciendo un esfuerzo, ella apoyó una mano en su brazo.

—Estoy segura de que comprendes que estoy interesada y que siempre lo he estado, cuando se me ha permitido. Mis amigos me tienen por una persona bastante inteligente y cariñosa, ¿sabes? Claro que me interesa ver tu demostración.

—Muy bien, muy bien. Bastaba con decir que sí; no hace falta hacer discursos. Bueno, no quiero que te sientas decepcionada por la demostración, porque existe el peligro de que la encuentres muy insulsa. Deja que te explique algo acerca del asunto, primero.

Cogió un libro que había sobre la nevera.

—Los poemas de Milton. *El paraíso perdido*. A veces lo leo cuando no estoy trabajando. Un poema maravilloso, aunque contiene un concepto de la realidad como drama teológico que yo ya no suscribo. Cuando Milton estaba en Italia visitó a Galileo Galilei, y algo del interés del astrónomo por el cielo llegó al poema. Galileo es el de más talla, porque el científico debe tener precedencia sobre el poeta; pero cada uno debe tener algo del otro para alcanzar verdadera grandeza.

—Papá, olvidas que me leíste casi todo el libro cuarto de *El paraíso perdido* la última vez que vine, y no es mi poema favorito.

—¿*Qué más veis en el oscuro abismo del tiempo pasado?* Deja que vaya al grano, que no es exactamente Milton. Estamos hablando de conceptos de la realidad a los que ya no nos adherimos. El concepto geocéntrico del universo prevaleció durante mil años; innecesariamente, puesto que anteriormente a él existía ya una idea heliocéntrica. ¿Cómo puede comprenderse nada correctamente cuando tan importante cuestión no se comprende bien? No se trataba de un astronómico secundario: era algo que radicaba en el erróneo concepto que el hombre tenía de su propia importancia en el universo.

»En la actualidad, nadie cree en el concepto ptolemaico y, sin embargo, miles, millones de personas han encontrado la forma de persistir en ese antiguo error al seguir creyendo en la astrología, en que el movimiento de los soles remotos puede influir en el destino de los seres humanos o viceversa, que la conducta humana puede provocar eclipses o signos similares de descontento celestial. Es muy difícil encontrar a alguien que tenga una idea clara de la realidad. He llegado a pensar que siempre hay algo que empaña nuestra visión. Bacon se acerca mucho a las mismas conclusiones en su *Novum Organum*.

»Tomemos la idea que la humanidad tiene de su propia naturaleza. En Occidente, prevaleció hasta el siglo XIX la opinión de que éramos criaturas de Dios, creadas

específicamente para actuar en cierto oscuro drama por Él ideado. Tu abuela creía en la fábula de Adán y Eva y en cada palabra del Génesis. Prefería esa versión de la realidad a la de Darwin. Darwin demostró que éramos distintos de los animales únicamente en grado, no en esencia. Pero la opinión opuesta ha prevalecido prácticamente incontrovertida durante siglos y los hombres siguen prefiriendo comportarse como si fueran algo aparte en la Naturaleza. La verdad no resulta sólo difícil de alcanzar, sino también de aceptar cuando se tiene alcance de la mano.

—Comprendo lo que dices, pero no se puede negar que en este siglo ya se nos ha refregado suficientemente la realidad por las narices.

—A mí no me lo parece, Anna. Yo creo que hemos vuelto a huir. Mira sino la forma en que todo el mundo deplora los llamados efectos secundarios de la tecnología. Todos los que se las dan de civilizados coinciden en condenar la guerra nuclear, la polución atmosférica, del mar y de la tierra, la lamentable suerte que espera a lugares como Crackmore y la marea de automóviles que anega nuestras ciudades. Pero todo esto lo hemos provocado nosotros. Tenemos suficiente poder sobre los procesos legislativos y tecnológicos para poner fin a tales abusos mañana mismo, si quisiéramos. Sin embargo, continuamos acumulando armas nucleares, fabricando a diario miles de automóviles y destruyendo todo enclave natural que nos es accesible. ¿Por qué? Porque así lo queremos; nos gusta que así sea porque ansiamos desastres, esa es la verdad. Y que creamos pensar de forma distinta es a prueba de lo incapaz que es la humanidad de enfrentarse con éxito a la realidad.

—¡Vamos, papá, razonar de esta manera es ridículo! Al fin y al cabo, cada vez hay más gente que...

—Sé lo que vas a decir.

—No, no lo sabes.

—Sé lo que vas a decir. Vas a decirme que cada vez hay más gente que demuestra con hechos que le repugna lo que la tecnología está haciendo con nosotros. Puede ser. Yo no estoy diciendo que todos los hombres piensen igual. Incluso parte de mi tesis defiende que el hombre está dividido. Pero hay un deseo masivo de catástrofe, oculto bajo el engaño masivo. Así pues, dedico buena parte de mi tiempo a lograr un mayor control de la realidad.

Ella agitó la cabeza.

—Papá, honestamente, no puedes...

—Debemos poner a la realidad bajo control. La tecnología que volvemos contra nosotros mismos puede redirigirse, de forma que fortalezca esa débil conexión de nuestros cerebros que siempre trata de engañarnos con respecto a nuestra naturaleza. Te voy a enseñar de qué forma. Ya has oído la conferencia; ahora, la demostración. Ve a la otra habitación, siéntate en mi silla y observa la pantalla del monitor número cinco.

Poniéndole las manos sobre los hombros quiso guiarla hacia la sala de estar, pero al notar lo rígida que se ponía, se apresuró a retirarlas. Anna se volvió hacia él, a tiempo de ver la expresión de su rostro, y dijo:

—Papá, deseo poder ayudarte, ¡lo deseo desesperadamente! Es horrible cómo se complican las relaciones entre familiares, pero te aseguro que quiero ser algo más que una hi...

—¡Primero la demostración! —dijo él enérgicamente, haciéndola avanzar—. Entra ahí y observa con paciencia el monitor número cinco. Eso es todo lo que tienes que hacer.

Dejando escapar un suspiro, Anna entró en la sala de estar. La mayor parte del mobiliario había sido retirado a un rincón. Un viejo sofá cubría la chimenea y sobre él se amontonaban almohadones, un revistero, una mesita y una vieja caja. El tabique que dividía la habitación la había privado casi por completo de su razón de ser. Más allá del extremo del tabique llegaba a ver, a través de la otra puerta de la habitación y del desorden del vestíbulo, siguiendo sus ojos por fuerza los cables entrelazados, las cajas vacías que se amontonaban en el garaje y la pared de ladrillo del mismo.

Se sentó frente al tablero de mandos, sacó de su bolso un pañuelo de papel y se sonó. El dolor de cabeza estaba en su apogeo a pesar de las dos aspirinas que se había tomado con el café. La atmósfera era sofocante.

En la pantalla aparecía la imagen de lo que reconocía como uno de los dormitorios, aunque hacía años que no estaba en el piso de arriba. A su pesar, estaba interesada por lo que pudiera ocurrir y, mientras escrutaba la pantalla, trato de razonar el porqué de aquel interés. Veía, a través de una puerta abierta, un rellano en cuyo suelo se dibujaban, entre franjas de luz, las sombras difusas de una balaustrada y un rincón de la pared; la continuación del rellano había que deducirla del claroscuro eclipsado por el marco de la puerta. De esta imagen, Anna infirió que estaba contemplando una vista de la habitación que había al final de la escalera.

Del interior de la habitación, los pies de una cama, parte de un armario y un cuadro que colgaba de la pared empapelada. Se inclinó hacia adelante instintivamente, interesada en ver si la cama estaba hecha. No parecía estarlo. Se fijó también en el cuadro de la pared, en el que un hombre, quizás un soldado, empuñando una pica o una lanza a la entrada de un ominoso callejón, miraba hacia arriba con expresión atemorizada; a sus espaldas tenía lugar algo horrible, pero no lograba distinguir de qué se trataba. En conjunto, y visto por encima, era un cuadro oscuro y sin el menor encanto.

Los colores de la imagen, de gran calidad, daban la impresión de ajustarse a la realidad pero realzándola ligeramente. La alfombra del rellano, por ejemplo: parecía malva, pero ¿eran reales esos suaves contrastes azulados entre las franjas de luz y sombra? ¿O acaso los colores de la pantalla eran reales y uno simplemente les

guardaba un respeto más atento porque se trataba de imágenes de lo real? ¿Había un arte en la reproducción del que la realidad carecía?

Notó con retraso que el sonido también estaba conectado, de modo que escuchaba al tiempo que contemplaba aquella silenciosa imagen. Y notó algo más: que el objetivo estaba a poca altura, como si la cámara estuviese situada justo encima del zócalo. Así, el observador se veía forzado a contemplar la imagen tal como la vería un niño, más que como lo haría un adulto. Eso podría explicar por qué las sombras que irradiaba el armario parecían a la vez acentuadas y amenazantes, además de contribuir a la fascinación que la imagen en conjunto ejercía sobre el observador.

Pero, ¿era o no una imagen estática? Anna estaba convencida de que no lo era. Había en ella cierta calidad que sugería un transcurso del tiempo congruente con el que ella vivía. Sin embargo, ¿cómo asegurarse? Naturalmente, una vigilancia prolongada acabaría por revelar movimiento en las sombras, o una disminución de la luz; pero se encontró buscando una araña que cruzara por su campo visual o tal vez una mosca atrapada en la habitación, volando vagamente en círculos bajo la lámpara del cielorraso. Nada se movía.

Con un estremecimiento involuntario, pensó: «En esa habitación hay tanta vida como en la cima del Everest. No es una habitación real: ¡es un fósil!». La atracción que hasta entonces había sentido se convirtió en aversión al bajar vista hacia la fila de monitores, siguiendo las instrucciones de su padre.

Ocho de las nueve pantallas estaban encendidas. Toda mostraban imágenes estáticas de diversas habitaciones y, en la octava, vio duplicada —en miniatura y en blanco y negro— la imagen de la pantalla grande. Su pequeñez la hacía aun más hipnótica. Se asustó. Al desviar la vista vio a su padre cruzando con decisión por la pantalla número cinco. Casi en mismo instante de desaparecer de ésta, apareció en la número uno, avanzando por un oscuro pasillo, y acto seguido se materializó en la habitación.

—¿Has estado atenta? ¿Qué te ha parecido la demostración? —preguntó.

Ella se puso en pie, molesta consigo misma.

—La imagen de la pantalla grande me tenía tan absorta que... que no he empezado a mirar la número cinco hasta ahora.

Félix frunció el ceño y agitó la cabeza.

—Con lo sencillo que era lo que te he pedido y...

—Vuelve a hacer la demostración, papá. ¡Esta vez estaré atenta, de verdad! ¡Lo siento!

—No, no, ya te he dicho antes que era muy sencillo. No tendría sentido repetirla después de todo este lío.

—Pero... ¿de qué lío estás hablando? Claro que tendría sentido. No me has dado tiempo, no me has dado oportunidad...

Para su propia consternación, comenzó a llorar. Se volvió de espaldas airadamente y comenzó a hurgar en su bolso en busca de un pañuelo.

—¡Siempre con estas ridículas exageraciones! —gritó Félix—. ¿Acaso no has sido ya lo bastante estúpida, que ahora quieres agravarlo echándote a llorar? ¡Enjúgale las lágrimas! ¡Vales tan poco como tu madre!

Aquello le hizo redoblar sus lloros. Cuando por fin se volvió, él había abandonado la habitación.

Se quedó meditando con melancólica contención. ¿Debía marcharse, a pesar del dolor de cabeza, que había empeorado tras aquel arrebato de llanto? ¿Esperaba él que se fuera? Y ¿hasta qué punto influía en la decisión de ella el que él lo esperase o no?

En cualquier caso, pasaba ya de la hora de comer. Podía preparar cualquier cosa frugal en la cocina, cuya despensa estaba sorprendentemente bien surtida, o bien acercarse al *pub* de Crackmore. Había tenido intención de llevar a su padre al *pub*, pero su insufrible conducta le había hecho cambiar de opinión.

Echó un vistazo a las pantallas para ver si le localizaba en alguna. La imagen del monitor número siete se movía lentamente; prestó atención y se dio cuenta de que el movimiento de la cámara era automático. En la pantalla aparecía otra habitación: evidentemente la de su padre, dado que se veía ocupada. Había un armario, una de cuyas puertas permitía ver los trajes colgados en su interior, y un montón de ropa sucia en una silla. Supuso que los de la lavandería seguían llamando cada semana. La cama estaba sin hacer. El objetivo la cámara la recorrió trazando un arco lento, pasó después a la pared desnuda, a un ángulo bañado por sombras difusas, luego a una ventana —vista de soslayo, pero que permitía apreciar las copas de los árboles que había junto al camino de entrada—, la pared de nuevo, después la otra ventana entrando poco a poco en pantalla... Ni rastro de su padre.

El tablero estaba muy bien hecho; observó que todo podía controlarse desde allí. Si lograba poner todas las cámaras en funcionamiento, tal vez pudiera localizarlo en una de las habitaciones. Hizo una tentativa y probó una de las teclas mas próximas.

Le llegó la voz de él:

—...mas latas de carne me produjeron diarrea... Mi descubrimiento en materia de evolución es mayor que el de Charles Darwin o el de su abuelo... y convulsionará al mundo con mucha mayor intensidad. Darwin sólo reveló parte de la verdad.

Desconectó.

Estaba loco, no cabía la menor duda. La locura le cuadraba: siempre había existido un halo de locura en la distancia que había mantenido entre él y los demás.

Probablemente también era peligroso. Los afectados de monomanía solían ser violentos cuando alguien se les oponía. Debía tener cuidado. Pero siempre lo había tenido. Y lo cierto era —se dijo en la sofocante habitación— que le había odiado desde la infancia.

Le vio en el monitor número cinco. Seguro que había salido al jardín para evitar sus lloros; ahora entraba en la casa y se volvía para cerrar la puerta. ¡Dios Santo, la estaba cerrando con llave! ¡Con llave! ¿Qué pretendía?

Anna salió de la sala de estar por la puerta que más cerca le quedaba y entró en la cocina. Por un momento, el pánico se apoderó de ella. Se abalanzó hacia la puerta del jardín y la abrió. Seguramente trataba de retenerla. ¿Por qué otro motivo habría cerrado con llave? Decía que nunca la cerraba. ¿Cuál había sido aquella espantosa frase? «Si no cierro, puedo escapar más rápido». ¡Estaba como una regadera!

Salió precipitadamente al jardín. En la grava habían brotado tantas hierbas que apenas se la distinguía. Corrió entre ellas, pensando que más valía coger el coche y largarse, o al menos ir a tomar una copa y volver, con prudencia, y rogarle que permitiera que Stokes-Wallis le examinase.

Al doblar la esquina y llegar a la parte delantera de la casa, su padre abrió la puerta y corrió... No, aquello no era correr... salió disparado hacia el coche. Anna se detuvo a cierta distancia.

—¿A qué estás jugando, papá?

—¿Ya te vas, Anna?

Ella se acercó un poco más.

—No estarás tratando de impedírmelo, ¿verdad?

—Entonces, te vas, ¿no? —el cabello casi le ocultaba los ojos.

Ella volvió a detenerse.

—Es mejor que me vaya, papá. No entiendo tu trabajo, tú te niegas a explicármelo y en cualquier caso te interrumpo. Además, no se trata sólo de eso. Está también la cuestión del temperamento. Nunca nos hemos llevado bien. Te correspondía a ti, según yo lo veo, llevarte bien conmigo si podías, puesto que yo era tu hija, tu única descendencia; pero no, nunca te importé una mierda ¿verdad? Yo no era más que una intrusa entre mamá y tú. Muy bien, pues desaparezco, y por lo que a mí respecta, puedes quedarte embobado delante de tus pantallas hasta caerte muerto. Y ahora, ¡quítate de en medio!

Al avanzar ella hacia el coche, Félix se retiró. El hombre inclinó la cabeza y el mechón de pelo que le colgaba sobre la frente le cubrió los ojos por completo. Los brazos le colgaban en los costados. Con aquel jersey desgarrado y aquellos sucios pantalones grises que llevaba, tenía aspecto de persona desvalida y dada a las actitudes negativas.

Orgullosa de su victoria, Anna recorrió la distancia que le separaba del coche y asió el tirador de la puerta del Triumph. Cuando la hubo abierto, Félix se abalanzó sobre ella y la sujetó violentamente por detrás, trabándole los brazos de forma que los codos se le clavaban en los costados.

Anna gritó asustada. Un avión de línea rugió en el cielo, ahogando su grito,

mientras Félix le hacía dar media vuelta y comenzaba a arrastrarla hacia la casa.

A pesar de la rabia y del miedo que sentía, encontró tiempo para maldecirse por haber olvidado aquella afectación característica de su padre. ¡Cuántas veces de pequeña le había visto hacer lo mismo: adoptar falsamente una actitud desmayada y pasiva antes de saltar sobre ella como un enemigo! ¡No tenía que haberse dejado engañar! Pero, claro, ¡cuántas veces también la memoria borra las miserias de la realidad!

Una vez hubo logrado hacerla entrar en el vestíbulo, la arrastró hacia la puerta lateral que daba al garaje. Anna recobró el aplomo y le dio una patada en la pierna con el talón. ¡Era inmensamente fuerte! Juntos tropezaron con los cables a la entrada del garage y estuvieron a punto de caer sobre el escalón que había en la puerta. Anna consiguió librarse de su presa, pero él logró sujetarla de nuevo y quedaron cara a cara por un instante.

—¡Eres el enemigo! —exclamó él—. ¡Eres uno de los no humanos!

Sobre sus cabezas había varios estantes de madera, toscamente sujetos a la pared con soportes y cargados de cajas y de rollos de alambre forrado de plástico. Inmovilizando a su hija contra la pared, Félix alzó una mano y tiró de uno de los rollos. Aquel movimiento volcó un par de cajas, haciendo que una cascada de clavos cayera sobre ellos. Forcejeando salvajemente con Anna, Félix comenzó a enrollar cable alrededor de sus muñecas y tobillos.

Estaba acabando de hacerlo cuando se oyeron unos golpes distantes. Félix se enderezó. Se retiró el flequillo de los ojos.

—Debe de ser el de la tienda de comestibles. Anna, no hagas un solo ruido o me veré forzado a... Bueno, ¡ya sabes a qué me veré forzado!

Le dirigió una mirada fija y dura con la que expresó que no la reconocía como un ser humano.

En cuanto hubo salido del garage en dirección a la cocina, de donde procedían los golpes, Anna se puso en pie como pudo y a saltos se acercó a la puerta. Era imposible salvar el escalón con los tobillos atados; cayó de bruces sobre él. Antes de que pudiera volver a ponerse en pie, su padre estaba ya de vuelta. Llevaba una carta en la mano y estaba sonriente.

—Matasello de Glasgow; tiene que ser del profesor Nicholson. El tendero me hace el favor de traerme la correspondencia. Es un buen tipo, muy amable. Ha reconocido tu coche y le he dicho que sí, que contaba con el placer de tu visita. Y ahora, querida mía, vamos a llevarte arriba. Si colaboras un poco no será tan doloroso.

—Papá, ¿qué vas a hacer conmigo? ¡Déjame ir, por favor! Ya no soy una niña pequeña para que me castigues cuando desobedezco tus órdenes.

Félix se echó a reír.

—No, desde luego que no, Anna. Precisamente lo que me propongo descubrir es hasta qué punto no lo eres.

Aturdida por aquella respuesta, Anna se quedó mirándole fijamente como si por primera vez se hubiera dado cuenta de lo desesperado de su situación. Él leyó su expresión y soltó otra carcajada, mucho más desagradable que la anterior.

—Oh, no, querida —añadió—, no me refería a lo que estás pensando, cualesquiera que sean las fantasías que abrigues en las profundidades de tu mente.

—¡Tú no sabes lo que estoy pensando!

—¡No quiero saberlo! ¡Qué miserable generación la vuestra, obsesionada por el sexo y sin embargo, totalmente incapaz de avenirse con su propia sexualidad! ¡Tu madre y yo lo pasamos mucho mejor de lo que tú y cualquiera de tus amigos lo pasaréis nunca!

A fuerza de empujar y levantarla en brazos logró subir las escaleras con ella. Una vez arriba, la arrastró hasta la habitación situada al final del pasillo. Anna se encontró en un dormitorio de la parte trasera de la casa y lo reconoció de haberlo visto antes en la pantalla.

—¡Bueno! —exclamó él, mirando a su alrededor con el ceño fruncido.

Le aflojó un poco el alambre que le ceñía los tobillos, la acercó a la cama y le ató las piernas a una pata de la misma.

Luego desapareció. Anna le oyó bajar las escaleras. Al cabo de un minuto estaba de vuelta, con una sierra en la mano. Se arrodilló junto a la puerta y comenzó a aserrar la parte inferior del borde opuesto a las bisagras. Cuando hubo aserrado unos quince centímetros, se levantó y le propinó una contundente patada. La madera se astilló y el ángulo de la franja inferior se abrió. Siguió dándole patadas hasta que se separó por completo.

Ahora los cables no impedirían que la puerta se cerrase.

Tras dirigir a Anna una significativa mirada, salió y cerró la puerta con llave. Era una prisionera con todas las de la ley. Escuchando impotente, le oyó bajar las escaleras. Silencio, y luego el motor del Triumph poniéndose en marcha.

¡Qué tonta había sido al dejar la llave en el contacto, y no era ni mucho menos la primera vez! Claro que, en caso contrario, él podía haberla cogido de su bolso; lo había dejado en la cocina.

Oyó que el motor se paraba casi inmediatamente. Por lo tanto, había rodeado la casa por un lado y lo había dejado más allá de la puerta de la cocina, donde no se vería desde la carretera.

Quizá el tendero lo vería cuando volviera, pero ¿cuándo sería eso? Evidentemente, el cartero no llegaba hasta allí, al haber consentido el tendero en traer la correspondencia de su padre. Tal vez fuera el único que se acercase a aquel extremo de la carretera cortada; podía ser muy bien que su padre le encargara a éste

todo lo que necesitase. Claro que le había dicho a Trevor y a algunos de los compañeros de los laboratorios a dónde iba, pero de Trevor no podía esperar nada y a los demás no se les ocurriría pensar en ella hasta el lunes, cuando no fuera a trabajar. Estaba sola.

Bueno, tampoco era nada nuevo. Lo único que ocurría era que la situación era más extrema de lo acostumbrado.

Comenzó a probar de soltarse las manos. Debía ser posible. Ya había notado que su padre —por descuido o a propósito— había dejado la sierra en el suelo, junto a la puerta. Podía serle útil.

La puerta de entrada se cerró de golpe.

Naturalmente, Félix podía observarla a través del Omnivisor. Dirigió una colérica mirada al exánime objetivo de la cámara sujeta a la pared frente a la chimenea en desuso, a unos treinta centímetros del suelo. Sólo podía abrigar esperanzas de que él no pudiera vigilarla todo el rato.

El alambre que le sujetaba los pies estaba menos apretado que el de las muñecas. Tras forcejear durante un rato con sumo cuidado, logró quitarse uno de los zapatos y deslizar un pie entre las ligaduras. El otro salió fácilmente y así pudo caminar por la habitación.

Luchando por soltarse las manos, se acercó a la ventana y miró hacia afuera.

El cielo estaba cubierto de nubes. La tarde era aletargante. Anna observó lo que tiempo atrás había sido un huerto; ahora estaba cubierto de maleza impenetrable que se interrumpía en la tela metálica de la interminable cerca. Al otro lado de ésta se extendía el aeropuerto, llano y uniforme. No se veía un solo edificio; únicamente un avión solitario en una pista lejana.

El panorama resultaba monótono y hostil. No era como para cobrar ánimos.

Apoyando el rollo de alambre en el pestillo de la ventana, tiró y forcejeó; un minuto después tenía las manos libres. Mientras se frotaba las muñecas, permaneció atenta por si oía los pasos de Félix en la escalera.

¿Hasta qué punto era peligroso? No se veía capaz de evaluar una cuestión como aquella. El hecho de que fuera su padre la hacía aún más difícil de enjuiciar, más grotesca. Si subía, ¿no sería esta vez, por fin, para rodearla con sus brazos y darle cariño y perdonarla por todos sus defectos?

¡No, maldita sea, no sería para eso!

La puerta estaba cerrada, como era de esperar. Anna fue a contemplar el cuadro que colgaba sobre la cama; se trataba de una reproducción en color sepia, encuadrada en un sólido marco de roble. Lo descolgó y vio que representaba una escena en la que un centinela romano montaba guardia ante la puerta de un patio iluminado con estridencia; en el interior del mismo, muertos y moribundos yacían bajo una luz chillona semejante a unas llamaradas que caían del cielo. El cuadro llevaba por título

Firmes hasta la muerte. Apoyándolo en una silla, lo situó delante de la cámara para obstruir su visión.

Entonces abrió la ventana y sacó la cabeza.

Félix Macguire, de pie entre la maleza, la apuntaba con un arma. Un rifle, probablemente. Apuntando hacia ella. A punto de desmayarse, se echó hacia atrás instantáneamente.

Apoyada en la pared, tratando de recuperarse, le oyó gritar:

—Te habría disparado si hubieras intentado saltar. ¡Te lo advierto, Anna! Quizá no comprendas del todo la situación, pero yo sí. El hecho de que seas mi hija no supone ninguna diferencia. No vas a salir de aquí, o por lo menos no lo harás hasta que yo te dé permiso para hacerlo. Mañana llega el profesor Basil Nicholson y quiero que te vea. Pórtate bien y no sufrirás ningún daño. Si no te portas bien, te encerraré en el armario del rellano, sin comida. Olvídate de que eres mi hija y recuerda que eres mi prisionera. Y ahora, cierra esa ventana. ¿Me has oído? ¡Cierra esa ventana!

Anna logró hacer suficiente acopio de valor para mirar hacia afuera y decir, aunque sin el brío que hubiera deseado:

—¡Trata de darte cuenta de lo que estás haciendo y diciendo, papá! Estás renunciando a mí como hija tuya, que es lo que has deseado hacer toda tu vida. ¡Y me estás amenazando con pegarme un tiro!

—Esto es una carabina francesa que se utilizaba contra revoltosos y amotinados —repuso él, airadamente—. Si no te apartas de la ventana, dispararé. Hablo muy en serio.

—¡De eso estoy segura! No lo dudo ni por un instante. Estoy segura de que te encantaría disparar, pero deberías darte cuenta de lo que significa. Acabas de cruzar la línea que separa la cordura de la locura. ¡Y estás cometiendo un acto criminal!

—¡Métete dentro y cierra...!

Sus palabras quedaron ahogadas por un avión que se disponía a aterrizar, pero a Anna le bastó con lo amenazador de sus gestos. Metió la cabeza y cerró la ventana con gesto abatido. Se echó en la cama y trató de pensar qué debía hacer. Tenía el estómago revuelto.

El problema era comprender por qué las cosas habían degenerado tan rápidamente entre ellos. ¿Era sólo porque ella había olvidado estar atenta a su demostración, o por algún otro error del que no era consciente? ¿Y en qué había consistido la demostración? En algo de poca importancia, desde luego, a pesar de los preliminares; eso estaba claro. Quizá se trataba simplemente de observar a su padre en la cocina a través del circuito cerrado. En lugar de eso, ella se había quedado absorta contemplando una habitación vacía; aquella misma habitación.

«Hacernos con el control de la realidad», ésa había sido la frase. ¿Acaso su todopoderoso e intocable padre había sido recompensado por sus años de aislamiento

—ya fuera éste forzoso o autoimpuesto— con cierta idea maravillosa sobre las condiciones físicas que gobernaban al hombre? ¿Realmente había dado con un equivalente a la comprobación de Galileo del sistema heliocéntrico? No era algo que estuviera fuera de los límites de la credibilidad... Claro que, actualmente, nada superaba esos límites. Y si lo había hecho, era natural que se impacientara —aunque difícilmente podía decirse que impacientarse fuera la palabra— con cualquier tonta que no lograra seguir lo que trataba de explicar.

Estaba echada con la vista fija en el cielorraso. Oía la lluvia cayendo afuera, y otro tenue sonido. La cámara seguía funcionando. Una sensación de calor y comodidad se apoderó de ella.

Tal vez las aspirinas estuvieran haciéndole efecto; ya no le dolía la cabeza. Comenzó a recordar los días de verano pasados en la vieja casa, durante su infancia, cuando su madre vivía. Ella estaba echada en la cama, como ahora, leyendo un libro; la ventana estaba abierta a la brisa estival y oía a sus padres intercambiar alguna que otra frase ocasional en el jardín. Su madre cuidaba las plantas y su padre preparaba una monografía sobre las lagunas en la teoría de la evolución, que nunca llegó a publicarse. La teoría evolucionista había sido siempre su pasatiempo favorito: un total contraste con el activo mundo de la electrónica, al que su trabajo le había llevado. Ella había dejado el libro y se había acercado —sí, iba descalza— a la ventana y sacado la cabeza. Su padre la había saludado con la mano, diciéndole algo al mismo tiempo...

—Papá, ¿me oyes? No era mi intención perderme la demostración cualquiera que fuese, si es por eso que me castigas. Me gustaría poder comprenderte y ayudarte, si fuera posible. Podría ser que, cuando estaba contemplando la pantalla grande, observara algo que tuviera que ver con lo que me decías sobre la realidad. De una forma que no sé definir, mirar por la pantalla es distinto a mirar directamente, ¿no?

Silencio. Siguió mirando el cielorraso, escuchando. Solía escuchar así antes de dormirse cuando era niña, preguntándose si alguien subiría a hacerle una visita. Su visión se hizo borrosa; sensación de calor y otros indicios de somnolencia; se durmió.

Félix Macguire, sentado frente al tablero de mandos con un codo apoyado en la mesa, se frotaba la barbilla con la mano mientras contemplaba asombrado la imagen que mostraba la pantalla grande. En ésta aparecía parte de una escena acaecida en el año 79 de nuestra era en la puerta Herculana de Pompeya, cuyos habitantes, según lo representado, estaban a punto de ser aniquilados; en primer plano, un soldado de rostro atemorizado alzaba la vista hacia lo desconocido.

Las tonalidades de luz de la cara del soldado cambiaban casi imperceptiblemente cuando Félix rebobinaba la cinta y hacía que el magnetófono volviera a reproducir lo que su hija había dicho.

—...observara algo que tuviera que ver con lo que me decías sobre la realidad.

De una forma que no sé definir, mirar por la pantalla es distinto a mirar directamente, ¿no?

Volvió a pasarla, prestando atención principalmente al tono de voz de su hija.

—No era mi intención perderme la demostración, cualquiera que fuese, si es por eso que me castigas. Me gustaría poder comprenderte y ayudarte, si fuera posible. Podría ser que, cuando estaba contemplando la pantalla grande, observara algo que tuviera que ver con...

Detuvo la cinta. Siempre ese tono implorante y engatusador que ya tenía de niña. Un tono desagradable. No era de extrañar que no se hubiera casado.

En la habitación donde ahora estaba ella, había silencio. Pero no era el silencio que habitualmente llegaba del dormitorio número dos. El silencio habitual tenía una calidad de aturdimiento poco denso y anguloso, única en cierto modo, semejante a la superficie de una tela de Vermeer, y con una sensación similar de planificación, podría decirse, en el fondo. Lo recordó como un silencio intelectual y, naturalmente, difería de los silencios de las demás habitaciones. Con la presencia de Anna, el silencio adquiría un peso totalmente distinto y se convertía en una sensación de arracimamiento que le disgustaba.

Los medidores de sonido eran tan buenos que podía detectar cuándo su hija comenzaba a dejarse llevar por el sueño. Era su forma de eludir la realidad; una pequeña dosis de montaje la devolvería en poco tiempo a su incómoda vigilia.

Se despertó de pronto y se incorporó en la cama, consciente de haber abierto la boca. Alguien susurraba en la habitación. Había percibido el sonido de su propia voz.

—...algo que tuviera que ver...

Luego la voz de su padre, indistinta, y después la suya, perfectamente clara:

—Papá, ¿me oyes?

Y la respuesta de él:

—¿Por qué no mirabas lo que tu madre y yo estábamos haciendo? Ya tienes edad suficiente para saber estas cosas.

—No era mi intención perderme la demostración, cualquiera que fuese, si es por eso que me castigas.

—¿Que quieres decir con eso de cualquiera que fuese, Anna? Vuelve a nuestro cuarto y observa; estábamos a punto de empezar otra vez.

—Me gustaría poder comprenderte y ayudarte, si fuera posible.

—Así me gusta. Anda, métete en la cama, junto a tu madre. Pronto aprenderás.

Se sentó en el borde de la cama, ruborizada de vergüenza.

—¡Estás totalmente desquiciado, papá! —dijo en voz alta—. Haz el favor de dejarme salir de aquí y volver a casa. ¡Te aseguro que no te molestaré nunca más!

Él entró en la habitación, sonriendo de forma inquietante.

—Olvida todo eso. No era más que un poco de diversión inocente. ¿Has visto lo

que puede hacerse con la realidad? Ahora, veamos, Anna, tengo un pequeño problema contigo. Debo retenerte aquí esta noche, así que es mejor que te resignes. Mañana llega Basil Nicholson, y su visita es muy importante para mí porque, por primera vez, voy a presentar mis hallazgos a un observador imparcial. Nicholson y yo hemos permanecido en contacto durante meses y está lo bastante impresionado por lo que le he dicho como para venir y verlo por sí mismo.

»Tú podrías serme útil de varias formas, de modo que tienes que quedarte aquí y comportarte como es debido. Si todo va bien, mañana por la tarde podrás irte a casa, ¿de acuerdo?

Ella siguió mirándole sin responder. Todo aquello era demasiado horripilante como para creerlo.

Félix cogió el grabado y volvió a colgarlo en la pared. Al dirigirse hacia la puerta, recogió la sierra. Sonrió a Anna y se despidió de ella con la mano: un ademán en parte amistoso y en parte amenazador.

—¿Por qué no me matas, papá? Sabes que nunca podré perdonarte. Apuntar a tu propia hija con un arma... Vi la muerte en tus ojos, te lo aseguro.

Él se detuvo con una mano apoyada en el tirador de la puerta.

—¿Nunca podrás perdonarme? No puedes decirlo. ¿Nunca? Piensa en lo largo que es el viaje entre el nacimiento y la muerte. Cualquier cosa puede ocurrir en el camino.

—¡Vete al infierno!

—Piensa en el largo trayecto que tú y yo hemos recorrido, Anna. Aquí estamos tú y yo, juntos en esta casa; puede que en cierto sentido siempre hayamos estado aquí. Quizá no importa que no nos comprendamos mutuamente. A lo mejor nos odiamos, ¿quién sabe? Hacemos el viaje en compañía. Es como cruzar un glaciar: en momentos de peligro, todas las diferencias que pueda haber entre nosotros pierden importancia y nos vemos forzados a ayudarnos para sobrevivir. No habrá forma de encontrar el sentido a estos desafiantes viajes hasta que contemos con las herramientas que nos permitan comprender en qué consiste la vida humana.

Anna hurgó en su bolsillo en busca de un pañuelo. Tenía la nariz tapada debido a aquel resfriado incipiente.

—No me interesan tus divagaciones filosóficas.

—Pero tienes que comprender lo que estoy diciendo. Nadie vive toda su vida sin que llegue un momento en que, al verse en un espejo o en una pantalla, se pregunte: «¿Qué estoy haciendo yo aquí?». Antes, ésta era una pregunta de cariz religioso. Luego pasó a explicarse más bien en términos socioeconómicos. Tu generación trató de responder a ella en términos de evasión individual, con resultados lamentables. Yo intento proporcionar una solución a partir del proceso de evolución, que abarcará todos los demás aspectos.

Parecía tan razonable. Sus cambios de humor la desconcertaban por completo; siempre había sido así.

—Si no querías que viniera, tenías que haberme telefoneado para decírmelo. ¿Cómo puedes tratarme tan mal? Nunca te he hecho daño. ¡Apuntarme con un arma! Quiero irme; no sé si podré recobrar alguna vez de lo que me has hecho.

—Y dale con lo mismo. Haz el favor de serenarte, Anna. Somos padre e hija y nada puede interponerse entre nosotros, ni siquiera si hubiera tenido que matarte.

Él la había rodeado con el brazo pero ella se apartó, mirándole con cara de aprensión al no ver en sus ojos más que negrura y en su boca un gesto cruel de alejamiento.

—Quiero irme ahora, papá, si no te importa. Deja que me vaya, por favor. No te he hecho ningún daño. ¡Déjame ir y nunca más volveré a molestarte!

Félix seguía inmovible.

—¿Que nunca me has hecho daño? ¿Qué niño no ha hecho daño a sus padres? ¿No te interferiste entre tu madre y yo cada día de tu vida, con tu insaciable apetito por recibir atención? ¿Acaso no la llevaste a una muerte prematura, con tus perpetuas exigencias? De no ser por ti, ¿no estaría aquí con nosotros ahora, en esta misma cama?

—Respecto a tu teoría sobre la evolución, papá, ¿estás seguro de que deberías hablarle a Nicholson sobre ella? ¿No deberías publicar primero un artículo sobre tu idea, o escribir a *Nature*?

Él se había puesto en pie y ella permanecía acurrucada en la cama, con las piernas encogidas.

—Estás asustada, ¿eh? —dijo él, mirándola de arriba abajo—. ¿Cómo es que te interesas por mis teorías? A...

El rugido de un avión engulló su frase. Por unos instantes, la habitación se oscureció con la sombra del avión que cruzaba sobre la casa. Aquello pareció distraer la atención de Macguire. Fue hasta la ventana.

—Cuanto antes nos hagamos con el control de la realidad, mejor. Uno de estos días no se limitarán a volar por encima de mí: dejarán caer una bomba H justo en la chimenea, puesto que han visto que sus advertencias no me intimidan. —Se volvió hacia ella—. Debo preparar mis notas para cuando llegue Nicholson. Será mejor que bajas y arregles un poco la casa. Si nos queda tiempo, te haré la demostración que tengo preparada para él, a ver si te gusta. Y esta vez, será mejor que estés atenta.

—Oh, claro que sí, papá.

Félix salió de la habitación con la sierra en la mano. Anna vaciló unos instantes y después bajó de la cama y le siguió.

—A propósito, Anna, la puerta de entrada está cerrada y tengo la llave en el bolsillo.

—No estaba pensando en marcharme.

—¿No? Bueno, está lloviendo; lo decía tan sólo por si se te había pasado por la cabeza.

Entró en la sala de estar y fue a sentarse ante el tablero de mandos como si nada hubiera sucedido. Anna fue a la cocina, apoyó los codos en el alféizar de la ventana y escondió la cara entre las manos.

Al cabo de un rato, el temblor involuntario de sus miembros fue desvaneciéndose poco a poco y levantó la vista. En la casa reinaba un silencio absoluto. No, absoluto no. La cámara llevaba a cabo su sigiloso registro. Prestando mucha atención llegó a oír los ligeros movimientos de su padre en la habitación contigua. Consultó su reloj, decidió prepararse una taza de té y comenzó a realizar los tradicionales y relajantes preparativos: poner el agua a hervir, sacar la bandeja, disponer la tetera y la cajita de té...

—Como la hija servicial que eres, vas a prepararme una taza a mí también, ¿verdad que sí? —se oyó por un altavoz.

—Claro, papá.

¿Cómo podía convencerle de que le quería? Era imposible, porque no le quería. No había logrado quererle. ¿Acaso el amor no debía nacer espontáneamente en ella, sin que importara la conducta de él, tal como las flores —las modestas e incorregibles campanillas de invierno— brotaban y florecían, aun siendo azotadas por los vientos helados? La verdad era que se comprendía tan poco a sí misma... Podía ser que incluso tuviera la esperanza de que él llevara a cabo sus directas amenazas.

Cuando el té estuvo a punto, colocó las tazas y la tetera en la bandeja y pasó a la sala de estar. Félix le dirigió una sonrisa y le indicó una mesa donde colocar la bandeja. Al hacerlo, vio la carabina. Su padre la había dejado apoyada en el rincón que tenía tras de sí. Lista para ser utilizada, pensó. ¿Estaría pensando en echar mano de ella y dispararle?

—En el armario que hay sobre el fregadero encontrarás galletas de chocolate, si quieres. Antes te gustaban mucho, Anna.

—Y da la casualidad de que me siguen gustando.

Trajo las galletas.

Félix se bebió el té en actitud ausente, observando con atención las pantallas, transfiriendo en ocasiones la imagen de una de ellas a la pantalla grande y escrutando su estático universo. Finalmente se decidió por la que recogía la cámara número seis, con la mesa del comedor, cargada de equipo electrónico, ocupando un lado de la pantalla y en el resto de la misma, la mayor parte, la pared y la lóbrega chimenea. Aquella triste escena retuvo su atención durante tanto rato que el té acabó por enfriarsele.

Anna permanecía sentada, mirando fijamente la carabina.

Al cabo de un rato, Félix dejó escapar un suspiro y levantó la vista hacia ella.

—Hermoso, ¿no crees? Entorno humano con humanos absortos. Casi una nueva forma de arte, y completamente ignorada. Pero eso no es ni aquí ni allá.

Silencio.

—Papá, ¿te molestaría explicarme qué ves en la pantalla?

—Lo veo todo. La historia del mundo en esa única toma. La chimenea, construida para quemar árboles fósiles sepultados en la tierra desde que crecieron en las selvas del período carbonífero. Mira ese motivo *art nouveau* que tiene en el dosel de plomo negro. Totalmente anticuado. Una gran era de la humanidad desaparecida para siempre. Nunca volverá a arder el fuego ahí, nunca volverá a liberarse la energía prehistórica. Ahora, la única función de esa chimenea es formar parte de esta imagen. La función de la imagen es activar parte de mi cerebro.

»Mi cerebro ha sido activado por configuraciones retinales, formadas en esta casa, nunca vistas anteriormente. Yo las veo cada día. Me han hecho consciente de mi propia estructura cerebral, que a su vez ha sido modificada por esa estructura, lo cual me ha permitido encajar unos hechos con otros, hechos accesibles a cualquiera a través del estudio y la evolución, e integrarlos en una nueva totalidad. Una nueva totalidad, Anna. Nunca lo entenderías.

Hizo una pausa y se bebió el té frío.

Procurando mantener el control de sí misma, Anna reflexionó sobre las virtudes de la cordura; no era ni la mitad de aburrida que la locura. Con súbita impaciencia, dijo:

—Ahórrame los razonamientos, por favor, y exponme los hechos. ¿En qué consiste exactamente esa teoría de la que haces tanto alarde?

Félix la miró con una cierta expresión de culpabilidad.

—Debes dejar que penetre en ti gradualmente. Se precisa práctica para comprender.

—Lo siento, papá, pero tengo un trabajo al que acudir. Puede que a ti no te parezca importante, pero para mí lo es. Si no me lo explicas con claridad, tendré que irme sin haberlo entendido, antes de que se haga oscuro.

Lo encajó sin alterarse.

—Esperaba que te quedases a tomar un bocado conmigo.

Aquellas apacibles maneras hacían pensar que había olvidado sus amenazas previas.

—¿Por qué tendría que hacerlo, después de la forma en que me has tratado? Explícate de una vez o me voy.

—Como quieras —dijo, alzándose de hombros.

Dejando a un lado la taza de té, accionó nerviosamente varios interruptores, se levantó, desapareció tras el tabique, donde se le oyó trajinar, y luego dijo:

—Bueno, observa esto atentamente.

Anna desvió la vista del arma que permanecía apoyada en el rincón. La pantalla grande se encendió. Anna miró con interés, pero ahí no había más que otra vista del interior de la casa.

Era la cámara número tres la que funcionaba: se movía lentamente, descendiendo desde el rellano hasta el vestíbulo, realizando una pausada toma en movimiento del armario y enfocando finalmente a través de la puerta abierta hacia el garaje. En el reducido sector del garaje que aparecía, podía apreciarse la puerta que daba al taller. Sólo el eterno relucir de los cables negros, extendidos por el suelo, daba alguna sensación de vida. En aquel momento vio una sombra que se movía en el interior del taller. Un hombre salió de él y entró en el garage. Anna dejó escapar una exclamación.

—No te asustes. Es una grabación.

El hombre llegó al vestíbulo. Era Félix, con rostro bastante inexpresivo y el flequillo caído sobre la frente. Sin detenerse, siguió por el pasillo hacia la cocina.

Ahora la imagen volvía a estar vacía. La cámara recorrió el escenario de forma un tanto vaga. Una sombra se movió en las profundidades de la escena y un hombre pasó del taller al garaje. Anna se inclinó hacia adelante instintivamente, esperando algo, no sabía qué: algo que la asustase. El hombre dejó atrás el garage y entró en el vestíbulo. Era su padre, con rostro más bien inexpresivo. Sin detenerse, salió del campo visual de la cámara en dirección a la cocina.

—Sigue mirando —ordenó Félix.

En la pantalla se mantenía la imagen del vestíbulo, con sus sombras y con los ángulos y perspectivas que creaban las sucesivas puertas: una configuración que, debido a la constante y tediosa repetición, parecía aniquilar el sentido y adquirir al mismo tiempo una ominosa significación; igual que la nota única del grifo que gotea, que si se escucha durante el tiempo suficiente acaba por convertirse en una esquiva melodía. Cuando algo se agitó entre las sombras, por detrás del último umbral, Anna estaba preparada para ello, preparada para ver al hombre que pasó del taller al garaje y luego, tras una breve pausa, del garaje al vestíbulo. Era su padre, vestido con su viejo jersey. Sin detenerse, inexpresivo, caminó hacia la cocina y se perdió de vista.

El vestíbulo estaba vacío. Tras un corto lapso, toda aquella acción insignificante se repitió tal como antes. Después se repitió otra vez. Y otra. En cada ocasión ocurría lo mismo.

Finalmente la pantalla se quedó en blanco, justo cuando Anna pensó que tendría que gritar si aquello volvía a suceder.

—¿Qué has visto, Anna?

—Pues, mira, tú saliendo del garaje un millón de veces.

—¿Era una imagen grabada o en directo?

—Grabada, evidentemente. La primera vez hubiera dicho que era en directo... bueno, de no haber estado tú aquí. ¿Qué prueba todo esto?

—Si yo hubiera estado escondido en la cocina, no podrías haber dicho lo que era en directo o repetición grabada, si éstas hubieran aparecido primero en la pantalla.

—Supongo que no.

—¿Cuántas veces me has visto entrar en el vestíbulo?

—He perdido la cuenta. ¿Doce? ¿Dieciocho?

—Nueve veces. ¿Crees que todas eran repeticiones de una sola ocasión?

—Evidentemente.

—No es evidente. Estás equivocada. Lo que has presenciado era yo entrando en el vestíbulo en tres ocasiones diferentes; en tres días diferentes, de hecho. Cada una se ha repetido tres veces. ¿Y no has notado la diferencia?

—Pues cada vez debía ser muy parecida a la otra. —Estaba harta de la falta de sentido de su solemnidad—. Tú tenías siempre el mismo aspecto. La luz siempre parecía la misma. Y obviamente la casa siempre era igual.

—De acuerdo. Estás hablando de la teoría científica de la convergencia.

Pulsó una tecla que hizo rebobinar la cinta de video hasta que una vez más se le vio pasar del garaje al vestíbulo; entonces, detuvo la cinta. Contemplando su propia imagen, dijo:

—Es evidente que las maneras que hay de pasar de una habitación a otra son siempre muy parecidas, ¿cierto? Tanto que tú las has tomado por idénticas. He tratado de eliminar las diferencias entre una y la siguiente en este entorno tanto como he podido. Pero yo, el ser vivo, soy consciente del cambio entre un día y el siguiente, mientras que tú no lo eras cuando presenciabas ese cambio en la pantalla. Los animales que se adaptan a entornos similares y tienen las mismas propensiones, tienden también a parecerse entre sí. Por más distintos que puedan ser los animales entre sí, sólo hay un número determinado de maneras de pasar por una puerta o de vivir en un desierto o de nadar en el mar. Para volar hay que tener alas; existen animales que se asemejan a los pájaros en ese aspecto, y constituyen ejemplos de convergencia.

Pulsó una de las teclas que tenía enfrente y apareció una toma de la pared del taller, una imagen gris sin nada en lo que fijar la atención excepto tres fotografías ampliadas, colocadas una encima de la otra en la pared. En ellas aparecían tres gigantescas criaturas marinas, cada una de ellas notablemente parecida a la siguiente en su funcional y fusiforme silueta.

Félix las dejó a la vista durante un rato antes de hablar.

—Esto podría decirse que es parte de la gran pieza de caza que he estado acosando durante cuatro años. ¿Sabes lo que son?

—¿Son todos tiburones? —preguntó Anna.

Un avión rugió sobre sus cabezas. La casa vibró y la imagen de la pantalla se estremeció y se resquebrajó, convirtiéndose en un laberinto de líneas y puntos. Cuando volvió a cobrar forma y el ruido se desvaneció, Félix dijo:

—El de arriba es un tiburón. El siguiente una marsopa. Y el de abajo es un ictiosaurio. Todos tienen un aspecto muy parecido; son excelentes ejemplos de convergencia. Sin embargo, uno es un pez cartilaginoso, otro un mamífero marino y el otro un reptil marino extinguido. Interiormente, no se parecen en absoluto.

Anna se impacientó un poco. Se estaba haciendo oscuro y quería alejarse de la casa y del loco pedante que albergaba. Había dejado de llover; todo estaba tranquilo afuera, con la tranquilidad que se respira al oír caer las gotas de los árboles.

—Eso no puede decirse que sea un descubrimiento, papá. Se sabe desde hace mucho tiempo.

Félix dejó caer la cabeza y los hombros al mismo tiempo. Anna temió que fuera a estallar en uno de sus demenciales arrebatos. Cuando volvió a levantar la vista tenía el rostro contraído por la ira, tanto que ella apenas le reconoció, como si hubiera sufrido una ignorada transformación Jekyll-Hide. Ella dio un paso atrás instintivamente, pero él habló con cierta calma en su voz:

—No crees en mí, estúpido vegetal... Ten por lo menos el juicio de acabar de escucharme, cuando trato de explicarlo todo en lenguaje profano y por analogía. Mi descubrimiento es que hay criaturas, tan extrañas como los peces y los reptiles extinguidos, que se pasean por el mundo... ¡bajo la misma forma que los hombres!

El primer y aterrorizado pensamiento de Anna fue que él era la prueba viviente de su propia hipótesis. ¿Acaso no había en aquella abigarrada sotabarba, en aquel rostro prognato, en aquellos ojos centelleantes, algo que contradecía todo origen humano y sugería la existencia de un cerebro de reptil, latente como la vida de un huevo, en el interior de aquel óseo nido craneano?

Félix se puso en pie y miró a su hija directamente a los ojos con expresión iracunda; entre ambos rostros no había siquiera dos palmos de distancia.

—Reptiles similares al hombre en estructura —dijo—. Formas casi idénticas, pero con intenciones completamente distintas. ¿Por qué está siendo destruido nuestro mundo? ¿Por qué se contaminan los mares, por qué las armas nucleares proliferan, llevándonos hacia el holocausto? ¿Por qué los seres humanos se sienten cada vez más impotentes? Porque hay entre nosotros un enemigo del que diferimos tanto como difieren el sol y la luna; un enemigo dispuesto a borrar a la civilización humana de la faz del planeta y volver a un mundo jurásico que aún lleva en su mente. Estos enemigos son viejos, Anna, mucho más que la humanidad. ¡Llevan consigo la herencia del mesozoico en que se formaron, y esperan la oportunidad de volverlo a instaurar!

Con una ráfaga de luz y sombra a la vez y haciendo que todo en la habitación

—incluso Anna— vibrara con violencia, otro avión pasó atronando sobre la casa. Félix levantó la vista hacia el techo.

—¡Ahí van! Poco a poco se hacen con el poder, con el poder de la destrucción. ¡El hombre da impulso a la tecnología, y los hombres-reptiles se apoderan de sus hallazgos para utilizarlos con fines destructivos!

Anna se llevó una mano a la garganta para ayudarse a articular.

—Papá... Es una idea terrorífica, pero... pero... ¿no serán imaginaciones tuyas?

El rostro de Félix conservaba aún aquella turbia e intensa mirada.

—Existen pruebas arqueológicas. Nicholson lo sabe. Él posee algunas. Las pruebas que el pasado nos ha legado son demasiado escasas. Ésa es mi objeción al darwinismo, el hecho de que haya pintado un hermoso cuadro sobre la evolución contando con muy pocas pruebas. El lego cree en esa descripción engañosamente completa de dinosaurios que desaparecen y mamíferos que evolucionan, con el *Homo sapiens* surgiendo finalmente de los diversos homínidos extinguidos; pero el lego no se da cuenta de que dichas escenas han sido evocadas partiendo tan sólo de unos cuantos fragmentos de hueso, de un fémur roto aquí, de un amarillento trocito de diente allá... Y este cuadro, que hoy en día aceptamos, es erróneo en varios aspectos vitales.

»Tal vez sepas que no se ha dado con la explicación de por qué todas las especies de los dos géneros de dinosaurios, los *Saurischia* y los *Ornithischia*, desaparecieron repentinamente. ¡Ja! La razón de esta falta de comprensión es que *no* desaparecieron. Tanto una especie como la otra contaban con una enorme variedad de especímenes que se adaptaron a toda clase de condiciones, incluso a volar por los aires. Ambas dieron lugar a animales que caminaban erguidos, como el hombre. Pero además, la especie de los *Saurischia* dio origen a un homínido, resultado de la evolución de la línea de los pterópodos.

—¿Hay pruebas materiales de la evolución de esa criatura?

—No hay pruebas materiales de la evolución de ningún dinosaurio. Por lo que sabemos, el brontosaurio y el tiranosaurio podrían haber desaparecido del mapa de la noche a la mañana... Pero se han hallado unos pocos restos de un espécimen posterior del hombre-reptil. Supongo que habrás oído hablar del hombre de Neanderthal.

—Por supuesto, pero... no irás a decirme que el hombre de Neanderthal procedía de un dinosaurio.

—Procede de la misma familia que los dinosaurios. Probablemente nunca llegó a ser muy numeroso, pero contribuyó a la desaparición de los grandes saurios. La idea popular de que el hombre y los dinosaurios coexistieron no es más que la pura verdad; podría tratarse de una especie de recuerdo ancestral.

—¿Puedo encender las luces? Empieza a estar muy oscuro aquí dentro. Pero dices

que esa línea desapareció, ¿no?

—Yo no digo eso. Se dice que el hombre de Neanderthal desapareció, pero no existe ninguna prueba. El hombre-reptil Neanderthal se mezcló con la raza humana, con la raza humana mamífera, y desde entonces no hemos podido separarlos de nosotros.

Anna estaba de pie junto a la puerta, con una mano en el interruptor de la luz, pensando otra vez en alzar el vuelo. Al encenderse la luz de la habitación, las imágenes de las tres criaturas marinas de la pantalla palidieron y cobraron una apariencia espectral que las hacía parecer más aptas para volar que para nadar por el agua.

—Papá, me vuelve a doler la cabeza. ¿Puedo ir arriba y echarme en la cama a pensar en lo que me has dicho?

Él se acercó un poco.

—¿Crees en lo que te he dicho? ¿Lo comprendes? ¿Eres capaz de comprenderlo?

—¿Cómo es que la medicina moderna no ha advertido la existencia de estos hombres-reptiles, si todavía existen, por medio de los análisis de sangre o de algo parecido?

—Ya lo ha hecho, pero ha interpretado mal las pruebas. No entraré en los detalles de algo tan complejo como la cuestión de los grupos sanguíneos; otro problema es que los hombres-reptiles y la raza humana se han cruzado. Las líneas son confusas. Hay razones para creer que las enfermedades venéreas son producto del cruce de ambas razas; otra forma intravenosa mediante la cual ambas especies tratan de destruirse. ¿Quieres una aspirina?

—Tengo colonia en el coche, en la maleta. ¿Puedo ir a buscarla?

—Tú ve arriba. Yo iré a buscar tu maleta.

Anna vaciló por unos instantes, mientras le observaba. No le gustó nada lo que vio y echó a andar con desgana por el pasillo, dio vuelta a la derecha y, apoyando una mano en la barandilla, subió las escaleras bajo la mirada de la cámara número tres. Se detuvo al llegar arriba.

¡Hombres-reptiles!

Siguió adelante, entró en su habitación, dirigió una mirada desesperada a *Firmes hasta la muerte*, tétrico a la luz del crepúsculo, y se echó en la cama. Podía haberse encerrado con llave, pero ¿de qué hubiera servido? Loco como estaba, su padre echaría la puerta abajo si quería. Quizá subiera y la matara; quizá imaginaba que ella era de ascendencia reptiliana.

Jugó con aquella idea, imaginando las extrañas y aberrantes fidelidades a que aquello podía someterla, fidelidad a deslucidas plantas verdes y sin flor, a piedras húmedas, a formas inmensas que sólo se movían cuando el sol las impulsaba a ello, a lánguidos lapsos que no podían hallar alojamiento legítimo en la conciencia del

hombre. La mera idea de ser de sangre fría la hizo estremecer y se cubrió con las mantas buscando calor.

Una luz pálida, verde, deslucida, bañaba la habitación. Otro inoportuno avión pasó volando e hizo temblar a toda la casa.

Abajo, Félix oyó y sintió el paso del avión. Alzó sus abotagados ojos hacia el rumbo del aparato, imaginándolo coleóptero y cubierto de pelaje, y dijo:

—Un día también tú yacerás, pétreo y quebrado, en una resquebrajada capa de arenisca.

Se colocó frente a la pantalla grande, con la cámara número uno enfocándole, proyectando su imagen sobre su cuerpo. Ojos, boca, cabeza y miembros se hicieron dobles, se separaron y volvieron a su lugar cuando el estruendo hubo amainado.

De lejos le vino el recuerdo de haber dicho que iría al coche a buscar la maleta de Anna.

Caminando con apatía se acercó al tablero de mandos y puso en movimiento la cámara número uno hasta que quedó enfocada sobre la puerta del comedor, a través de la puerta de la sala de estar. Aquello era lo máximo que podía hacer para cubrir la puerta trasera; algún día debía instalar una décima cámara en el pasillo, para que la puerta trasera quedara cubierta. Todo lo que ahora podía ver en la pantalla era la antiestética concatenación de ángulos formada por las dos puertas. Salió al pasillo y se dirigió hacia la puerta con dos paneles de cristal que siempre tenía cerrada con llave. Dio vuelta a la llave, abrió la puerta y salió.

A su derecha se extendía la pared trasera de la casa. En ángulo recto con ésta, se alzaba hacia la izquierda otra pared, interrumpida por las ventanas de la despensa y de la antecocina. Un sendero irregular flanqueaba su paso. Avanzó lentamente por él. Las losas de buena piedra de York que antes lo cubrían habían desaparecido bajo las hierbas y la maleza.

Los ojos vacíos de la despensa y de la antecocina le observaron.

Ahora la luz era plomiza. El tiempo y el crepúsculo se habían congelado y habían quedado fijos, como la mirada de un ojo muerto. Como algo visto en un largo espejo, estaba incrustado en el pasado lejano, junto con las gimnospermas, las cochinillas, los primeros y desgarrados anfibios y otros seres aún no identificados por la furtiva mirada del hombre.

Cuando torció hacia la izquierda, rodeando la esquina de la leñera, Macguire quedó a escasa distancia de la estéril valla metálica verde. Sabía muchas cosas sobre el color verde; el verde intervenía más que ningún otro color en la ruina de la raza humana.

Torció otra vez a la izquierda, apartando con la mano las ramas del saúco sin podar. Aún daban flor, unas florecillas que aparecían ante los ojos de Félix como galaxias en un desordenado universo pálidamente iluminado. Ahora caminaba a lo

largo de la pared sudoeste de la casa. La maleza reseca se aplastaba y crujía bajo sus pies.

Allí estaba el coche, bajo los árboles exuberantes. Cada año, las ramas de las hayas se acercaban más a la casa. Algunas de ellas rozaban ya los ladrillos con sus más tiernos brotes.

Miró con desprecio a través de las ventanillas del coche hacia los asientos vacíos, esperando pasajeros. Un interior raído y desocupado: otro inhóspito entorno humano, despoblado. La maleta estaba en el asiento trasero. Macguire abrió la puerta, agarró la maleta por el asa y la sacó del coche. Se quedó quieto donde estaba, con una mano apoyada en el coche, mirando a su hija.

Anna había aparecido rodeando la parte delantera de la casa; sostenía la carabina con destreza y le apuntaba al estómago. Él la miró a la cara y vio que también ésta hacía juego con las perdidas gimnospermas, las cochinillas y los anfibios ocultos hacía mucho tiempo tras la despensa, engendrando únicamente extinción.

—Puedes irte si no me disparas, Anna. Soy el único que ha logrado completar la teoría, aunque hay mucha gente que está comenzando a atar cabos. Es cuestión de tiempo... No es una carrera. Quiero decir que no tiene emoción; ya no le queda tiempo al hombre para derrotar a los hombres-reptiles; han tenido mucho tiempo y ya casi se han hecho con el mando. Mira la luz que hay bajo estos árboles; si eres capaz de comprender este tipo de cosas, la luz misma te dirá que estamos vencidos, de modo que no hay razón para que me dispires.

—Voy a disparar.

Las palabras surgieron de su boca. Félix se imaginó el diagrama de aquella boca, pensando en lo fácil que era comprender el habla humana cuando se tenían los conocimientos básicos relativos a la manera de funcionar de la mandíbula y del tórax y a la formación de los fonemas en la laringe mediante el control preciso del aire, y en cómo esos sonidos eran transportados hasta el interior de los laberintos auditivos de los presentes. Su hija dominaba aquella ciencia a la perfección.

—Podría enseñarte metros y metros de cinta con pruebas de todo lo que digo. Soy el único que ha podido estudiar a un ser humano lo bastante a fondo como para afirmarlo. Me he visto a mí mismo, me he pillado desprevenido. Tengo que considerarme heteromórfico. La sangre del reptil corre también por mis venas.

—Apártate del coche.

Sintiendo que la tensa inquietud del miedo le contraía los labios, los dientes y la lengua, Félix dijo:

—Anna, no es el momento de... Justo ahora que estoy haciéndome con el control de la realidad... Tú también eres reptil, créeme, y en mayor proporción que yo; por eso eres tan hostil. ¡Déjame ir! ¡No te haré daño! ¡Deja que te lo enseñe!

El punto de mira descendió ligeramente. Una polilla cruzó el espacio que

separaba a aquellos dos lívidos rostros y desapareció bajo los árboles.

—¿Qué quieres decir?

—Lo tengo todo grabado. Ven a verlo por ti misma. Se parecía en ciertos movimientos, movimientos que no son humanos. El ademán de una mano, la forma en que una rodilla se dobla, la tensión de la columna, la flexibilidad de las caderas y una docena de detalles de la expresión facial. Lo he observado todo en mí mismo. Tengo registradas ciento treinta y una diferencias.

»A lo largo de la vida y desde sus primeros años, en que empiezan a aprender por imitación, se induce a los seres humanos a observar a los demás y no a sí mismos. Hace años que me di cuenta de que no era totalmente humano. Con la edad nos hacemos menos humanos: el saurio ancestral se insinúa en nosotros cada vez más; al fin y al cabo, es la raza básica. Por eso la gente mayor se vuelve en contra de los placeres humanos. Tú no has tenido demasiado tiempo para dedicarlo a los placeres humanos...

—Papá...

Más tarde se preguntaría si había comenzado a caer antes de que ella disparase. El primer tiro le hizo encorvarse. Volvió a disparar. Esta vez se enderezó con una sacudida y echó la cabeza hacia atrás, manteniéndose aún en pie, y ella se fijó en lo largo y arrugado que tenía el cuello. Félix abrió un poco la boca. Ella pensó por un instante que, ileso, le dirigía una mirada altiva y se reía de ella. Disparó una tercera bala, pero temblaba ya con tanta violencia que no dio en el blanco. Un avión pasó por encima volando tan bajo que volvió a disparar de puro pánico. La bala silbó entre las hojas de los árboles y su padre seguía aún en pie, tambaleándose un poco, con las manos clavadas en el estómago como garras. Entonces cayó hacia atrás, sin doblar las piernas. Cuando llegó al suelo, la fuerza del impacto hizo que los brazos se le abrieran de golpe.

Quedó tendido entre la maleza en esa actitud de no saber, y no volvió a moverse. Las hayas goteaban sobre él las erosiones de su último julio.

Cuando Anna consiguió moverse, el cabello de Félix estaba completamente mojado. Dejó caer el arma y luego tuvo la presencia de ánimo de recogerla y arrojarla al interior del coche. Cogió la pequeña maleta y la arrojó también al interior. Se quedó de pie junto al cuerpo.

—¿Papá? —dijo.

Permanecía en su actitud de no saber.

Superando su rigidez, se sentó al volante del coche. Tras varios intentos, consiguió poner el motor en marcha y se retiró hacia atrás hasta la parte frontal de la casa. Dirigió una última mirada hacia aquel pasado gris verdoso, allá bajo las hayas, donde el tiempo se había detenido, y enfiló hacia la verja.

Al cruzarla con una leve sacudida y salir a la carretera, un recuerdo centelleó en

su memoria. Pensó en la luz eléctrica todavía encendida, en la cámara captando aún el espíritu de la casa vacía, en la gran pantalla mostrando todavía el decrecer de la luz diurna entre un antiestético ángulo de puertas y en la inhumana secuencia del tiempo deslizándose hacia la superficie de la cinta magnética.

Pero no se detuvo, no dio media vuelta, sino que apretó el acelerador, encendió los faros, se encorvó sobre el volante para dominar su temblor y avanzó con firmeza hacia el cruce de carreteras que quedaba entre ella y Ashmansford. Miraba hacia adelante. Las hayas, más azuladas a medida que la noche caía, se reflejaron momentáneamente en sus ojos.

Por encima de ella, otro avión pasó atronando y centelleando con sus luces de posición, a punto de tomar tierra.



BRIAN WILSON ALDISS. Nació en East Dereham en el condado de Norfolk. Después de terminar los estudios primarios en 1943, prestó el servicio militar en Birmania y Sumatra, donde permaneció hasta el fin de la Segunda Guerra Mundial. En 1948 volvió a Oxford y comenzó a trabajar como librero, hasta que, en 1955, ganó el primer premio del certamen convocado por el periódico inglés *The Observer* con la narración *Not for an Age*. No obstante, antes de ganar el premio había conseguido publicar algunas historias, como en la revista *The Bookseller* y ya en 1954 publicó una historia en la revista *Science Fantasy Magazine*.

Su arranque como escritor profesional, sin embargo, hay que situarlo en el año 1958 con la publicación de *Non-Stop* (en español *La nave estelar*; también publicado como *Viaje al Infinito* por la colección NEBULAE). El éxito en Estados Unidos le llegó en 1958 con la narración *Judas Dancing*, ganando al año siguiente una mención especial en el Premio Hugo como autor novel. En 1962 ganó el premio en la categoría de narración breve del mismo certamen con *Invernáculo*.

A partir de ahí publicó *Cuando la Tierra esté muerta*, *Barbagrís*, *Los oscuros años luz* y *Earthworks* (1965), lo que le hizo ganar el respeto del público y la crítica por su estilo y su elaborada narrativa.

Esta literatura difícil provocó un descenso en las ventas y en la acogida de sus obras por parte del público, lo que le llevó durante un tiempo a retirarse del panorama literario. A comienzos de los 70 se reencontró con el Mainstream y escribió una trilogía sobre problemas de la juventud, de la cual sólo el primer tomo alcanzó

puestos altos en las listas de ventas. En 1973 publicó su *Frankenstein desencadenado*, considerado por muchos como la más floja de sus obras, basada en la obra de la autora Mary Shelley, muchos críticos la consideraron aquélla un quasi plagio de ésta. En esta misma línea publicó *La otra isla del Doctor Moureau*, basada en la obra de Wells.

Tras algunas otras novelas menores de ciencia-ficción, Aldiss escribe y publica en 1981 su serie de *Heliconia*, que concluye en 1985. Esta obra describe un mundo en un sistema de dos estrellas a lo largo de siglos. El tema principal es el alzamiento y caída de las civilizaciones en el transcurrir de las estaciones. Apunta claramente al concepto hegeliano de la dialéctica histórica.

Notas

[1] Se refiere a L'Estrange Head; *head*, en inglés, significa cabeza. <<

[2] *Doble Romeo*, de Paul Day. Copyright © 1981, Bedderwick Walker Entertainments Ltd. Todos los derechos reservados. <<

[3] *Año tras año el mal se acrecienta*, en *New Writings in SF 27*, editado por Kenneth Bulmer, 1976. <<

[4] Colwyn Thomas, *Los dos disparos que se oyeron en todo el mundo*, Sunday Times, 23 de mayo de 1982. <<

[5] En inglés, *chateau* y *shadow*, castillo y sombra respectivamente, tienen una pronunciación similar. <<